

**UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO GRANDE DO SUL
INSTITUTO DE FILOSOFIA E CIÊNCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM ANTROPOLOGIA SOCIAL**

MARIA PAULA SALDAÑA PARRA

**VÍNCULOS SINTIENTES:
RELACIONES MULTIESPECIE Y VIDA CAMPESINA EN LOS
CAFETALES DE LA MERCED, CALDAS, COLOMBIA**

PORTO ALEGRE - RS

2026

MARIA PAULA SALDAÑA PARRA

**VÍNCULOS SINTIENTES:
RELACIONES MULTIESPECIE Y VIDA CAMPESINA EN LOS
CAFETALES DE LA MERCED, CALDAS, COLOMBIA**

Dissertação apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, como requisito parcial para obtenção do título de Mestra em Antropologia Social.

Orientador: Prof. Dr. Bernardo Lewgoy

Porto Alegre - RS

2026

CIP - Catalogação na Publicação

Saldaña Parra, Maria Paula
Vínculos Sintientes: Relaciones multiespecie y vida
campesina en los cafetales de La Merced, Caldas,
Colombia / Maria Paula Saldaña Parra. -- 2026.
122 f.
Orientador: Bernardo Lewgoy.

Dissertação (Mestrado) -- Universidade Federal do
Rio Grande do Sul, Instituto de Filosofia e Ciências
Humanas, Programa de Pós-Graduação em Antropologia
Social, Porto Alegre, BR-RS, 2026.

1. Vínculos Sintientes. 2. Relaciones multiespecie.
3. Vida campesina. 4. Conocimientos botánicos. I.
Lewgoy, Bernardo, orient. II. Título.

Elaborada pelo Sistema de Geração Automática de Ficha Catalográfica da UFRGS com os
dados fornecidos pelo(a) autor(a).

Aprovada em 02 de março de 2026.

BANCA EXAMINADORA:

Prof. Dr. Bernardo Lewgoy (Orientador)
PPGAS/UFRGS

Profa. Dra. Ana Gabriela Morim de Lima
UFES

Prof. Dr. Caetano Sordi
UFSC

Profa. Dra. Ana Luiza Rocha
PPGAS/UFRGS

Agradecimientos

Quiero agradecer, en primer lugar, a las circunstancias de la vida que un día me llevaron por primera vez a La Merced. Ese encuentro inicial fue el que forjó una relación en la que me sentí profundamente inspirada por la calidez de los campesinos y por sus formas de relacionarse con las plantas. A veces la vida da tantas vueltas que terminamos conociendo personas que se vuelven esenciales en nuestras vidas, y es desde esas circunstancias inesperadas que nacen encuentros, relaciones y afectos que nos transforman.

Quiero agradecer especialmente a doña Blanca, a quien conocí casi por azar, atraída primero por su jardín —ese espacio vivo que llamó mi atención y me invitó a quedarme— y, con el tiempo, por su manera generosa de habitar el mundo. Poco a poco, entre conversaciones, plantas compartidas y silencios acompañados, me sentí adoptada, como una nieta más. Desde ese vínculo tejido con cariño y respeto, me enseñó no solo sobre plantas, sino también sobre la vida misma: sobre aquello que merece ser cuidado, sobre la paciencia que exige el crecimiento y sobre las formas sensibles de acompañar los procesos. Vivir con ella fue una experiencia transformadora que me llevó a repensar mis propias maneras de habitar junto a las plantas, de escuchar los ritmos del entorno y de comprender que el cuidado es, ante todo, una práctica cotidiana, un gesto amoroso que se aprende en la convivencia.

Igualmente, un agradecimiento especial a don José y doña Esneda, por recibirme siempre con las puertas abiertas, por compartir conmigo comidas, tazas de café y largas conversaciones, y por permitirme sentirme parte de su casa y de su cotidianidad. Gracias por poner a disposición sus palabras, sus compañías y sus lugares de habitación, por hacerme espacio en sus tiempos y en sus afectos. Agradezco profundamente que siempre me dejaran entrar al cafetal y permanecer allí libremente, observando, sentándome por horas, ya fuera para conversar, para mirar el río Cauca o para escribir. En esos gestos sencillos se tejió una forma de pertenencia que hizo posible esta investigación.

A ellos, y también a los vecinos del barrio Río Bamba, les agradezco por dejarme ser parte de la red viva de su comunidad, por enseñarme otras maneras de vincularse, de cuidar

y de acompañar. Gracias por hacerme digna de su amabilidad, de su respeto y de su cariño, y por recordarme que el conocimiento también se construye desde la hospitalidad, desde la confianza y desde los afectos que nacen al compartir el territorio.

A Daniel, gracias por las charlas y el interés mutuo: por su entusiasmo por la investigación, por las caminatas compartidas y las conversaciones sobre plantas. Encontrar contemporáneos que comprendan la belleza de la vida compartida a través de los vínculos es un regalo poco común. Le agradezco por recordarme que las decisiones nacen de la convicción y que, cuando nos reunimos en torno a la generosidad, siempre hay cosechas buenas, cargadas de afecto y sentido.

Agradezco también a su abuelita, doña Margarita, quien siempre me recibió en su casa con comida, palabras y caminos abiertos. Gracias por llevarme a conocer lugares donde pudimos disfrutar del privilegio de alimentarnos de frutos recién bajados de los árboles; como aquella tarde en que volvimos a casa con bolsas llenas de nísperos, naranjas, plátanos y bananos. Esos gestos simples, esos recorridos compartidos, que me recuerdan que el alimento también es memoria, territorio y encuentro.

Agradezco profundamente a mi orientador, Bernardo Lewgoy, por acompañar este proceso con palabras, gestos y presencias, guiándome con generosidad por los caminos teóricos de la antropología y los estudios multiespecie. Su curiosidad innata por la vida humana —y por aquello que la rodea— lo convierte en una persona siempre dispuesta a conocer, compartir y abrir diálogos, a construir espacios de encuentro donde pensar se vuelve una práctica colectiva. Le agradezco por su escucha atenta, por sus preguntas precisas y por su manera sensible de orientar, que me permitió explorar nuevas formas de mirar, sentir y escribir el mundo. Gracias también por estar presente en los momentos de duda y de crisis existenciales, cuando el cansancio o la incertidumbre hacen tambalear las propias certezas. Aprecio profundamente su acompañamiento en esos instantes, por fomentar la confianza en mis capacidades y por recordarme que investigar también es un proceso de transformación personal.

Agradezco a la UFRGS y al Programa de Posgrado en Antropología Social por ofrecer los espacios institucionales donde este proceso pudo tomar forma. A las profesoras, profesores y colegas, gracias por las aulas compartidas, las bibliografías que abrieron nuevos horizontes, los debates que afinaron mis preguntas, y también por los consejos, las conversaciones y los afectos que acompañaron este camino. Cada encuentro contribuyó a ampliar mis formas de pensar y de sentir la antropología. A CAPES, agradezco por la beca que hizo posible este proceso, permitiéndome dedicar tiempo y cuidado a esta investigación, sostener mi estancia y caminar con mayor tranquilidad por este trayecto académico y vital.

A mi familia, gracias por sostenerme durante todo este trayecto con amor, paciencia y comprensión, por acompañar mis decisiones y permitir que persiga sueños, incluso cuando estos implican distancia, cambios y búsquedas inciertas. Gracias por ser una red que me sostiene y me permite explorar otras formas de habitar lo cotidiano, de pensar la vida y de caminar el mundo.

A mis amigas y amigos de Colombia y Brasil, gracias por acompañarme en caminatas, comidas compartidas, miedos e incertidumbres, pero también en las conversaciones sobre futuros posibles, posicionamientos políticos y luchas por el mundo que imaginamos. Gracias por recordarme constantemente que los actos son políticos y que la compañía —siempre humana y más-que-humana— es fundamental en nuestros caminos como especie.

Cada palabra, cada saludo, cada gesto de ánimo, cada comida compartida, cada planta y cada conversación hicieron posible la existencia de este documento. Esta no es una obra individual: es el resultado de múltiples voces, presencias y acciones que han influido, sostenido y acompañado esta escritura.

Resumen:

Esta disertación desarrolla una etnografía de relaciones multiespecie en el contexto de pequeños productores de café en el municipio de La Merced, Caldas, Colombia, enfocándose en los diversos vínculos que campesinas y campesinos establecen con distintas especies vegetales. En estas relaciones emergen narrativas de afecto y cuidado, contrapuestas a los sistemas productivistas que reducen las plantas a mercancías de exportación, como el grano de café. La investigación se fundamenta en los estudios multiespecie —especies compañeras (Haraway), ritmos polifónicos (Tsing), cuidado multiespecie (Puig de la Bellacasa) y vínculos animados (Kazic)— y adopta un enfoque etnográfico combinado con narrativa especulativa, construido a partir de testimonios, relatos e historias de vida, en los cuales campesinas y campesinos ocupan un lugar central como coautores. Se propone la noción de **vínculos sintientes** como forma de reconocer y relacionarse con el mundo botánico. A través del cuidado constante, los campesinos acceden a un lenguaje tenue, pero inteligible, mediante el cual las plantas se comunican y ejercen su agencia. La disertación busca contribuir a los estudios multiespecie con narrativas que posibiliten relaciones más cuidadosas con otras especies en el contexto actual de crisis ecológica.

Palabras clave: vínculos sintientes; estudios multiespecie; cuidado multiespecie; cafetales en Colombia; campesinos.

Resumo:

Esta dissertação desenvolve uma etnografia de relações multiespécie no contexto de pequenos plantadores de café no município de La Merced, Caldas, Colômbia, focalizando os diversos vínculos que camponesas e camponeses estabelecem com diversas espécies vegetais. Nessas relações emergem narrativas de afeto e cuidado, contrapostas aos sistemas produtivistas que reduzem as plantas a mercadorias de exportação, como o grão de café. A pesquisa fundamenta-se nos estudos multiespécie — espécies companheiras (Haraway), ritmos polifônicos (Tsing), cuidado multiespécie (Puig de la Bellacasa) e vínculos animados (Kazic) — e adota uma abordagem etnográfica combinada com narrativa especulativa, construída a partir de depoimentos, relatos e histórias de vida, nas quais camponesas e camponeses ocupam lugar central como coautores. Propõe-se a noção de *vínculos sencientes* como forma de reconhecer e se relacionar com o mundo botânico. Por meio do cuidado constante, os camponeses acessam uma linguagem tênue, porém inteligível, pela qual as plantas se comunicam e exercem sua agência. A dissertação busca contribuir para os estudos multiespécie com narrativas que possibilitem relações mais cuidadosas com outras espécies no contexto atual de crise ecológica.

Palavras-chave: vínculos sencientes; estudos multiespécie; cuidado multiespécie; cafezais Colômbia; camponês.

Abstract:

This dissertation provides an ethnography of multispecies relations among small-scale coffee growers in the municipality of La Merced, Caldas, Colombia, focusing on the relationships that peasant men and women establish with diverse plant species. Within these relationships, narratives of affection and care emerge, opposed to productivist systems that reduce plants to export commodities, such as coffee beans. The research draws on multispecies studies — companion species (Haraway), polyphonic rhythms (Tsing), multispecies care (Puig de la Bellacasa), and animated bonds (Kazic) — and adopts an ethnographic approach combined with speculative narrative, built from testimonies, accounts, and life stories, in which peasant men and women occupy a central place as co-authors. The notion of *sentient bonds* is proposed as a way of recognizing and relating to the botanical world. Through constant care, peasants access a tenuous yet intelligible language through which plants communicate and deploy their agency. The dissertation seeks to contribute to multispecies studies with narratives that enable more careful relationships with other species in the current context of ecological crisis.

Keywords: sentient bonds; multispecies studies; multispecies care; coffee plantations Colombia; peasant.

Índice

| | |
|--|----|
| <i>Agradecimientos</i> | 5 |
| LISTA DE FIGURAS | 13 |
| LISTA DE ABREVIATURAS E SIGLAS | 15 |
| <i>Introducción: entre plantas, campesinos y cafetales</i> | 16 |
| El camino hacia La Merced: una trayectoria de encuentros y retornos..... | 16 |
| El problema de investigación: vínculos sintientes en tiempos de crisis multiespecie | 20 |
| Objetivos de la investigación..... | 22 |
| Vínculos sintientes: una apuesta conceptual | 22 |
| Posicionamiento teórico-metodológico: entre la antropología multiespecie y el campo colombiano | 24 |
| Volver, estar, acompañar: metodología del habitar | 25 |
| Estructura de la disertación..... | 29 |
| <i>Capítulo 1 – La Merced: territorio, café y vida campesina</i> | 31 |
| 1.1 Tramas del café en La Merced | 35 |
| 1.2 Colonización Antioqueña en el noroccidente de Caldas: Oro y Café | 36 |
| 1.3 Café como institución y técnica | 38 |
| 1.4 Los campesinos y la tierra | 41 |
| 1.5 Globalización, tenencia de Tierra y agroexportación..... | 42 |
| 1.6 Plantas como vehículos de memoria y afecto | 43 |
| <i>Capítulo 2 – Habitar mundos compartidos: vínculos sintientes como propuesta conceptual</i> | 45 |
| 2.1 Jardines, solares y plantas maestras: etnografía como punto de partida | 45 |
| 2.2 Plantas animadas y ontologías campesinas | 48 |
| 2.3 Estudios multiespecie: conjuntos polifónicos y especies compañeras | 49 |
| 2.4 Vínculos sintientes: una proposición teórico-conceptual..... | 52 |
| <i>Capítulo 3 – Caminar, cuidar, cultivar: vidas entrelazadas en La Merced</i> | 59 |
| 3.1 Caminar por los solares y cafetales, un primer contacto con los Vínculos sintientes..... | 62 |
| 3.2 <i>Hay que bajar con mañita</i> : cafetales y casas cafeteras | 68 |

| | |
|---|------------|
| 3.3 “Yo nací en el cafetal”: vínculos sintientes con la planta del café | 75 |
| 3.4 Compañeras incómodas del cafetal: la roya y la broca | 79 |
| 3.5 Entre granos y escamas: un día de cosecha | 85 |
| 3.6 Leer el cafetal: cuidado, abandono y memorias vegetales..... | 91 |
| <i>Capítulo 4 – Tierra viva: cuidados multiespecie y cambalache</i> | <i>96</i> |
| 4.1 Tierrita fértil para crecer | 97 |
| 4.2 Días entre solares | 102 |
| 4.3 Relaciones a través de intercambios | 105 |
| <i>Consideraciones finales.....</i> | <i>112</i> |
| <i>Entrevistas</i> | <i>118</i> |
| <i>Referencias</i> | <i>119</i> |

LISTA DE FIGURAS

| | |
|---|----|
| Figura 1 – Vista del solar de doña Esneda y don José desde la ventana de su cocina | 20 |
| Figura 2 – Ubicación de Colombia en América del Sur | 25 |
| Figura 3 – Mapa del área de estudio con delimitación aproximada | 28 |
| Figura 4 – Mapa del departamento de Caldas, Colombia | 33 |
| Figura 5 – Mapa del municipio de La Merced – Caldas | 33 |
| Figura 6 – Entre cordilleras y el río: configuración territorial | 37 |
| Figura 7 – Cafetal con vista a la cordillera Occidental desde la vereda El Tambor, La Merced (Caldas) | 38 |
| Figura 8 – Algunas de las plantas con las que llegaba a la casa | 46 |
| Figura 9 – Ninfa, insecto predador entre las plantas del solar de doña Blanca | 47 |
| Figura 10 – Neblina de invierno | 60 |
| Figura 11 – Doña Blanca en la parte alta del solar | 64 |
| Figura 12 – Entre cafetales: caminata con Don José en un día de invierno | 70 |
| Figura 13 – Recorrido por el cafetal que trabaja don Luis | 76 |
| Figura 14 – Don Luis mostrándome las manchas que deja la roya | 82 |
| Figura 15 – Secado de café: granos sanos y afectados por la broca | 84 |

| | |
|---|-----|
| Figura 16 – Serpiente Boa Esmerada (Corallus batesii) | 91 |
| Figura 17 – Café con tomate cherry enredado | 93 |
| Figura 18 – La ventana de doña Blanca | 98 |
| Figura 19 – Daniel cosechando yuca | 110 |

LISTA DE ABREVIATURAS E SIGLAS

CENICAFÉ - Centro Nacional de Investigaciones de Café

DANE - Departamento Administrativo Nacional de Estadística

FNC - Federación Nacional De Cafeteros De Colombia

FoNC - Fondo Nacional del Café

PCCC - Paisaje Cultural Cafetero de Colombia

UNESCO - Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Introducción: entre plantas, campesinos y cafetales

El camino hacia La Merced: una trayectoria de encuentros y retornos

Desde que era una niña, desarrollé una profunda fascinación por los colores de las plantas y por su extraordinaria capacidad de manifestarse en una amplia gama de tonalidades; siempre atenta a su presencia, tocándolas, creciendo cerca de ellas y dejándome cautivar por las múltiples formas de vida que las rodean. Esta sensibilidad hacia el mundo vegetal se forjó, sin embargo, en un entorno urbano —en la capital del departamento del Tolima—, donde predominan los edificios y el cemento que zonas verdes.

Durante mi adolescencia, por motivos personales, comencé a experimentar dificultades relacionadas con las formas convencionales de cuidado de la salud, particularmente en el uso de medicamentos y otros tratamientos. Estas experiencias marcaron un punto de inflexión en mi manera de comprender el bienestar. Con el paso del tiempo, la tensión entre mi cercanía cotidiana con las plantas y el modelo biomédico occidental en el que fui criada me llevó a cuestionar sus alcances y limitaciones. De este proceso surgió una creciente curiosidad por otras formas de comprender y atender el dolor, especialmente a través del uso de plantas medicinales.

Dichas motivaciones se materializaron en mis primeras aproximaciones etnográficas, marcando el inicio de una trayectoria investigativa orientada a explorar las relaciones entre nuestra especie humana y el mundo vegetal en el que vivimos. Este interés se consolidó en 2019, durante una salida de campo al municipio de La Merced. Como parte de este ejercicio, diseñé un proyecto de corta duración que pudiera desarrollarse en el transcurso de una semana. A partir de una revisión preliminar del contexto local, identifiqué que el hospital público del municipio tenía poco más de una década de funcionamiento, lo cual sugería la existencia de saberes previos entre la población campesina en torno al cuidado de la salud, particularmente mediante el uso de plantas medicinales.

Una vez en el territorio, inicié un recorrido por jardines y espacios domésticos en busca de personas que cultivaran especies con usos terapéuticos, como el romero o la yerbabuena. Fue en este proceso que llegué a la casa de doña Blanca, campesina del municipio. El encuentro con ella resultó significativo, no solo por lo conocimientos y saberes que me compartió, sino porque me permitió evidenciar que el vínculo con las plantas trasciende un interés individual y se inscribe en una forma de habitar el mundo. Las plantas no son únicamente recursos: constituyen parte fundamental de nuestros entornos de vida y de nuestras prácticas cotidianas.

Las palabras de doña Blanca, así como la manera en que cuida y organiza su espacio de cultivo, despertaron en mí el interés por profundizar en las relaciones entre los seres humanos y el mundo botánico desde otras perspectivas y vínculos. A partir de esta experiencia, surgió el propósito de aprender sobre las plantas medicinales directamente de quienes las siembran, reconociendo en estos saberes una dimensión clave para comprender otras formas de conocimiento, cuidado y relación con la naturaleza.

Tras la pandemia de Covid-19 —dos años de enfermedad, aislamiento, muertes y cambios—, aprender sobre plantas se volvió más necesario. Esto me motivó a escribir mi trabajo de pregrado sobre plantas medicinales, impulsada por la preocupación ante el desplazamiento de estos conocimientos y la pérdida de biodiversidad causada por la falta de saber botánico. El recuerdo de doña Blanca y su casa llena de flores me llevó a volver a La Merced en 2022; le pregunté si quería ayudarme en esta tarea de aprender sobre plantas medicinales. Ella me aceptó.

Viví en su casa durante ese año (2022). Desde allí, observé diversas situaciones y comencé a hablar, buscar y conocer personas expertas en plantas. A través de ellas, encontré campesinas y campesinos que establecen relaciones y amistades con las plantas. Estos conocimientos, compartidos por estas personas, se describieron en mi tesis de pregrado, titulada *De las plantas medicinales a las relaciones interespecie. Etnografía sobre los conocimientos de plantas de uso medicinal en el barrio Riobamba del municipio de La Merced, Caldas* (Parra, 2023). Allí expuse los usos de 37 plantas que crecen y son cuidadas por quienes me enseñaron.

Ese trabajo dejó explícitas varias ideas: quien conoce es quien experimenta; las plantas comparten características que las hacen confundibles (y una confusión puede llevar a intoxicaciones); son medicinales porque las usamos para eso, pero realmente son seres que actúan e interactúan con otras formas de vida. Las plantas de solares y jardines suelen compartirse con vecinos, funcionando como canal de intercambios; muchos frutos intercambiados socialmente provienen de interacciones con polinizadores. Como alrededor de las plantas circula la vida —“son el motor de muchos ecosistemas, cumpliendo papeles vitales no solo para la especie humana, sino también como alimentadoras y dadoras del sustento de la vida en general” (Parra, 2023, p. 69)—, no son solo acompañantes humanas, sino sujetos que moldean activamente el ecosistema y las relaciones humanas.

Esta investigación dejó abiertos intereses, dudas y preocupaciones, que esta disertación expande hacia una etnografía multiespecie en cafetales. Lo primero que me sorprendió fue la variedad de plantas medicinales en los solares: una lista amplia que, sin embargo, no incluye especies de otros espacios como potreros —lugares donde pasta el ganado—, caminos o cultivos asociados. Este trabajo dejó en evidencia un rico acervo de conocimientos botánicos, que no reside en manuales, sino en la coexistencia cotidiana con las plantas y su uso práctico.

Las dudas surgieron en torno a esas categorías divisorias y excluyentes, al contrastar el policultivo —forma de trabajo vinculada a las plantas medicinales— con el cafetal, cada vez más orientado al monocultivo. La planta de café acompañó esta investigación previa, apareciendo en conversaciones, espacios y recorridos, como especie clave del ecosistema y del modo de vida campesino. Sin embargo, su presencia no había sido descrita en profundidad dentro del trabajo sobre plantas medicinales.

Este vacío abrió nuevas preguntas sobre la cohabitación con la planta del café, basadas en los relatos que los campesinos hacían sobre ella, y dio lugar a un interés por explorar las relaciones multiespecie implicadas en su cultivo desde la perspectiva campesina de La Merced. Allí ya se había evidenciado una relación profunda con otros tipos de plantas, pero el café emergió como un actor central que reorganiza prácticas, tiempos, afectos y territorios.

Las preocupaciones se centraron en la pérdida de conocimientos sobre las plantas. Durante una estancia en La Merced se hizo evidente que muchas de las especies que comúnmente se observan en aceras o jardines en Colombia poseen usos medicinales, saberes que permanecen activos en contextos campesinos pero que se tornan difusas en los entornos urbanos. Esta observación abrió una reflexión más amplia sobre el distanciamiento contemporáneo respecto al origen de los alimentos: mientras que en La Merced las personas se alimentan de plantas conocidas íntimamente —se reconoce la forma del tomate, la lechuga o el maíz, conocen sus ciclos y cuidados—, en las grandes ciudades el consumo ocurre sin conciencia del proceso ni del territorio que lo sostiene. La alimentación se fragmenta, y aquello que fue orgánico termina convertido en residuo de basura.

Esta desconexión puede leerse desde lo que Wandersee y Schussler (1999) denominan “ceguera botánica”: una condición en la que, aun estando rodeados de vegetación, ignoramos la vida vegetal o la reducimos a recurso y mercancía. En contraste, las relaciones que emergen al sembrar, identificar y convivir directamente con las plantas del entorno producen formas de atención situadas, donde se observa la vida que circula a través de ellas —cómo atraen, repelen y sostienen lo más que humano—. Estas prácticas cotidianas revelan que el conocimiento vegetal no es solo técnico, sino profundamente relacional, y constituye una manera de habitar el mundo en co-presencia con otras formas de vida (Figura 1).

Figura 1– Vista del solar de doña Esneda y don José desde la ventana de su cocina



Fuente: Archivo de la autora (2023).

Nota: Al fondo se distinguen las plantas de plátano, café y caña, así como la montaña.

El problema de investigación: vínculos sintientes en tiempos de crisis multiespecie

El trabajo de campo en La Merced abrió una pregunta central: ¿cómo se produce el conocimiento en contextos campesinos? Más allá de información técnica sobre cultivos, emergió una comprensión situada, construida en la práctica diaria de sembrar, observar, cuidar y recorrer el territorio. Reconocer cuándo la planta requiere agua o identificarla por la textura del tallo no responde a un aprendizaje formal, sino a una atención prolongada al entorno, desarrollada a lo largo de los años. Este saber se configura en relaciones continuas

con plantas, suelos y paisajes, sostenido en la experiencia compartida entre cuerpos humanos y más que humanos.

En esta disertación propongo pensar estas relaciones como “vínculos sintientes”. Apoyada en la idea de que ciertos conocimientos emergen solo mediante contacto prolongado con el entorno, estos vínculos se construyen en retornos constantes: caminar repetidamente los mismos senderos, atender los cambios estacionales, acompañar el crecimiento de las plantas a lo largo de los años. Así se forman disposiciones sensibles que orientan percepción y acción. Doña Blanca no solo mira su solar; lo reconoce desde una memoria acumulada, donde cada experiencia presente está atravesada por encuentros previos. Las plantas dejan de ser categorías botánicas para volverse presencias singulares, inscritas en historias compartidas. Estos vínculos, tejidos en repetición y permanencia, revelan un modo de conocer que se cultiva lentamente, solo posible en el habitar juntos.

Esta investigación se sitúa en un contexto más amplio de crisis relacional, donde las formas de coexistencia entre especies están siendo profundamente alteradas. En La Merced, esta crisis se manifiesta en tensiones específicas: la presión del monocultivo cafetero convive con prácticas heredadas de policultivo; los insumos industriales y las recomendaciones técnicas se entrelazan con saberes tradicionales; las fluctuaciones del mercado internacional impactan decisiones cotidianas de siembra y cuidado. Esta no es una contradicción sino un ensamblaje complejo, donde diferentes lógicas —algunas que erosionan vínculos, otras que los sostienen— coexisten en el territorio.

Situar estos vínculos implica evitar su idealización. La vida campesina no ocurre al margen del capitalismo ni de las instituciones cafeteras. En La Merced conviven prácticas heredadas con insumos industriales, recomendaciones técnicas y fluctuaciones del mercado internacional. Esta coexistencia no es contradicción, sino ensamblaje complejo de saberes. A lo largo de esta disertación exploro sus manifestaciones concretas —caminatas por cafetales y solares, cuidado del suelo, memorias de plantas, encuentros multiespecie— para comprender cómo se construyen, transforman y erosionan estas formas situadas de conocer.

El problema antropológico que orienta esta investigación puede formularse así: en contextos donde el monocultivo cafetero se ha consolidado como proyecto económico e institucional, ¿cómo se mantienen, transforman o erosionan los vínculos sintientes que

conectan a campesinos y campesinas con las plantas? ¿Qué formas de conocimiento, cuidado y cohabitación emergen —o resisten— en medio de estas tensiones? La etnografía que aquí presento busca dar cuenta de esos procesos concretos, situados en la vida cotidiana de La Merced.

Objetivos de la investigación

El objetivo general de esta investigación es describir etnográficamente las relaciones multiespecie que campesinos y campesinas de La Merced establecen con las plantas, particularmente en el contexto del cultivo de café, comprendiendo estas relaciones como vínculos sintientes tejidos en la cohabitación prolongada.

Los objetivos específicos son:

1. Caracterizar las formas de conocimiento que emergen del trabajo cotidiano con plantas en solares y cafetales, atendiendo a las prácticas de siembra, cuidado y acompañamiento.
2. Analizar cómo la planta del café, como actor central en el territorio, reorganiza prácticas, tiempos, afectos y relaciones campesinas con el entorno.
3. Explorar las tensiones y coexistencias entre saberes heredados y lógicas productivistas, identificando cómo estas dinámicas afectan los vínculos con las plantas.
4. Proponer el concepto de “vínculos sintientes” como herramienta analítica para pensar formas de cohabitación multiespecie que emergen de la experiencia campesina.

Vínculos sintientes: una apuesta conceptual

La noción de “vínculos sintientes” que atraviesa esta disertación no es un concepto previo que se aplica al campo, sino una proposición que emerge de la experiencia etnográfica en La Merced. Surge de observar cómo campesinos y campesinas conocen las plantas no

mediante categorías abstractas, sino a través de encuentros repetidos, de atención sostenida, de cuidados que se cultivan en el tiempo.

Estos vínculos son *sintientes* en un doble sentido: primero, porque se construyen a través de los sentidos —tacto, vista, olfato, gusto, sonido— en la experiencia corporal del trabajo con la tierra; segundo, porque reconocen a las plantas como seres capaces de percibir, responder y afectar, más allá de su reducción a recurso o mercancía. Esta propuesta está en sintonía con las etnografías amerindias donde se describen las plantas como sujetos relacionales, incluso cultivadas y cuidadas desde las relaciones de parentesco (MORIM DE LIMA, 2017, 2019; CUNHA,2023), indicando que la agencia vegetal puede constituir principio organizador formas de cultivo y convivencia más que humana.

La propuesta teórica de los vínculos sintientes dialoga con varias corrientes de pensamiento. Por un lado, se nutre de los estudios multiespecie, particularmente la noción de *especies compañeras* de Donna Haraway (2019), que enfatiza las historias compartidas y las transformaciones mutuas entre especies; de los *ritmos polifónicos* de Anna Tsing (2021), que atienden a las temporalidades múltiples que se entrelazan en los encuentros interespecíficos; y del *cuidado multiespecie* de María Puig de la Bellacasa (2017,2023), que sitúa el cuidado como práctica ética y política en mundos compartidos, desde una perspectiva feminista.

Por otro lado, esta propuesta dialoga con la antropología de la técnica, especialmente en los trabajos de André-Georges Haudricourt (2013) sobre operaciones técnicas y modos de acción sobre la naturaleza, y de Tim Ingold (2000) sobre el conocimiento como habilidad cultivada en la práctica. La idea de que el conocimiento emerge del “habitar junto” —del compartir el mismo entorno a lo largo del tiempo— es central para comprender los vínculos sintientes.

Finalmente, esta noción dialoga con perspectivas latinoamericanas sobre relacionalidad y territorio, reconociendo que las formas campesinas de conocer no se separan de las condiciones ecológicas, históricas, políticas y económicas que las atraviesan. Los vínculos sintientes no son idealizaciones románticas sino prácticas situadas, que conviven con tensiones, contradicciones y presiones externas.

Lo que distingue a los vínculos sintientes de otras formas de relación con las plantas es su carácter procesual y su base en la repetición. No se trata de encuentros ocasionales sino de retornos constantes: caminar el mismo cafetal cada semana durante décadas, reconocer cada planta por su historia particular, ajustar los cuidados según las respuestas que se observan. Esta repetición no es mecánica sino atenta, sensible a las variaciones y particularidades de cada encuentro. Es en esa atención sostenida donde emerge un conocimiento que no puede ser transmitido solo mediante palabras, sino que requiere el cultivo de disposiciones perceptivas a través de la experiencia compartida.

Posicionamiento teórico-metodológico: entre la antropología multiespecie y el campo colombiano

Esta investigación se inscribe en el campo de los estudios multiespecie, una corriente de la antropología contemporánea que desplaza al humano como único sujeto de análisis para atender a las relaciones entre diferentes formas de vida. Sin embargo, este posicionamiento teórico no se asume de manera acrítica. La adopción de perspectivas multiespecie en contextos latinoamericanos exige una reflexión sobre sus implicaciones políticas y epistemológicas, particularmente en territorios marcados por historias coloniales y por la presión continua del capitalismo extractivo.

En Colombia (Figura 2), país donde el café ha sido no solo un producto de exportación sino una institución que ha modelado paisajes, economías e identidades nacionales, pensar las relaciones multiespecie implica también pensar las estructuras de poder que organizan esas relaciones. La planta del café en La Merced no existe en un vacío: su presencia está atravesada por la historia de la colonización antioqueña, por las políticas de la Federación Nacional de Cafeteros, por las fluctuaciones del mercado internacional, por las presiones hacia el monocultivo. Cualquier descripción etnográfica de los vínculos entre campesinos y plantas debe atender a estas condiciones materiales y políticas.

Esta disertación se posiciona, por tanto, en una intersección: por un lado, asume las herramientas conceptuales de la antropología multiespecie para descentrar lo humano y atender a las agencias vegetales; por otro, mantiene una vigilancia crítica sobre las condiciones históricas y estructurales que permiten o restringen ciertas formas de

cohabitación. No se trata de exaltar acríticamente la “agencia de las plantas” sino de describir etnográficamente cómo esa agencia se manifiesta, se reconoce o se ignora en contextos específicos.

El marco teórico que sustenta esta investigación será desarrollado con mayor profundidad en el Capítulo 2, donde se presenta la noción de vínculos sintientes en diálogo con los debates contemporáneos sobre multiespecie, cuidado y conocimiento situado. Por ahora, basta señalar que esta investigación busca contribuir a la antropología multiespecie desde una perspectiva latinoamericana, atendiendo a las especificidades de contextos rurales atravesados simultáneamente por saberes heredados y por presiones productivistas.

Figura 2– Ubicación de Colombia en América del Sur



Fuente: Google Earth. Imagen satelital de Colombia (2026).

Volver, estar, acompañar: metodología del habitar

La etnografía como método, entendida desde la perspectiva del habitar propuesta por Tim Ingold (2017), aparece menos como una técnica de recolección de datos y más como una forma de estar con en el mundo. En diálogo con Sautchuk y Sautchuk (2014), se trata de una etnografía que se hace mediante compromisos prácticos, en la que el investigador

aprende habilidades y ritmos locales en lugar de limitarse a observarlos a distancia. Más que recopilar relatos sobre la vida cotidiana, se busca acompañar cómo se hacen las cosas en el curso mismo de la existencia compartida. Una metodología basada únicamente en entrevistas abiertas o cerradas puede ser útil, pero deja un margen de error importante: muchas veces no decimos lo que hacemos, o decimos que hacemos cosas que en realidad no hacemos; hay situaciones y experiencias que no se narran, apenas se viven.

Para describir la relación de las y los campesinos con sus plantas, las entrevistas no bastaron para conocer dicha relación; también fue necesario habitar el espacio, estar y siempre volver. Las campesinas y los campesinos de La Merced han sido personas que me han enseñado y acogido; volver una y otra vez es un acto de aprecio, un gusto que nace de vivir con ellos y con las plantas. Habitar el lugar me permitió compartir alimento, conversación, caminatas y visitas. En este sentido, la etnografía se vuelve un modo de habitar con quienes trabajamos, y estas descripciones emergen de la escritura de un diario de campo que acompaña ese “estar-con”, que significa estar atento a los gestos, ritmos y vínculos que se tejen en el encuentro cotidiano.

Asimismo, la investigación estuvo atravesada por mi propia corporalidad y por las dinámicas de género presentes en el contexto. Como mujer, compartí espacios tradicionalmente asociados al cuidado, como la cocina, donde se concentran prácticas y saberes relacionados con la alimentación y el uso de plantas medicinales, en gran medida transmitidos por mujeres. Al mismo tiempo, participé en otros espacios socialmente ocupados principalmente por hombres, como los cafetales y las compraventas. Esta experiencia no implica que dichos lugares sean exclusivos de un género, sino que evidencia cómo las prácticas cotidianas están atravesadas por distribuciones diferenciadas de participación, lo que influyó en las formas de acceso, interacción y aprendizaje durante el trabajo de campo.

Como la investigación se centró en los conocimientos sobre las plantas, fue metodológicamente necesario habitar los espacios de cultivo, como los solares y los cafetales. La etnografía, como forma de aprender, permite interesarse por el trabajo tal como lo realizan quienes lo hacen cotidianamente: observar, escuchar y acompañar las actividades en torno a las plantas. Las historias aquí plasmadas corresponden a diferentes momentos de campo,

desde entrevistas sobre plantas medicinales durante 2019, 2022 y 2023, y posteriormente entrevistas relacionadas con el cultivo de café a comienzos de 2025. He vivido algunos meses en el municipio en distintos momentos del año, lo que me ha permitido estar presente en el beneficio del café, así como durante las temporadas de sol intenso y de lluvia.

Una historia que se narra desde las montañas y la convivencia con las plantas necesita algunas aclaraciones. Lo aquí expuesto son relatos, testimonios, historias de la vida de quienes trabajan y viven junto a las plantas, con el fin de identificar las redes de interacción y relaciones multiespecie que tienen los campesinos entre ellos y con las variedades de plantas que cultivan. Para la recolección de estas historias, utilicé entrevistas abiertas, ya que estas fueron en su mayoría hechas en las áreas de cultivo y trabajo. Estas entrevistas tuvieron que ser flexibles para cohabitar cultivos y huertas. Utilicé la observación participante para aprender sobre el trabajo, y así dimensionar los espacios de cultivos como escenarios cambiantes.

La vida con las plantas se configura a través de la observación, basada en técnicas y conocimientos que son producto de una relación empírica. Asimismo, la observación como técnica etnográfica permite reconocer compatibilidades y afinidades descubiertas en la práctica. Se trata de pensar la relación entre la vida más que humana, donde la técnica funciona como vínculo entre lo material, lo social y lo orgánico. Este enfoque se ha fortalecido a partir de las etnografías multiespecie (SCHIAVONI, 2023).

Desde el caminar y estar con los campesinos, la observación se vuelve parte fundamental del trabajo de campo, como se verá en los relatos etnográficos. El desplazarse fue parte constitutiva de la investigación: entre calles, cafetales, solares, jardines y potreros (Figura 3). En esos recorridos, las personas comparten historias y recuerdos sobre cómo era antes el lugar o sobre sus transformaciones. Así se reconocen plantas que no crecen en las huertas, se atraviesan cafetales, se conocen las montañas y se calibra la habilidad de moverse por los riscos. Esta metodología también dialoga con la propuesta de pensar “la dimensión material del trabajo de campo a través del movimiento de caminar, un gesto cognitivo que pone en contacto a la persona con el entorno” (SCHIAVONI, 2023, p. 485).

Figura 3 – Mapa del área de estudio con delimitación aproximada



Fuente: MICROSOFT. *Bing Maps*. Imagen satelital de La Merced, Caldas, Colombia (2026).

Las entrevistas realizadas fueron consentidas para ser grabadas y tuvieron lugar en distintos momentos y escenarios: caminando, observando, en el cafetal, así como en solares y jardines. Además de las entrevistas, participé en diversas actividades cotidianas que hicieron parte del proceso etnográfico, como la poda de plantas, la recolección de frutos y la permanencia en espacios de cocina. Asimismo, acompañé labores relacionadas con la producción cafetera, incluyendo la cosecha de café y otros frutos, el reconocimiento de fincas y viviendas cafeteras, así como la observación de procesos como el despulpado y el secado del grano, tanto en heladas como en calles y patios.

El café me llevó también a habitar la compraventa de la Cooperativa de Caficultores del Norte de Caldas —*La Cooperativa*—, así como a conocer cultivos más extensos y espacios de ganadería. Conocí a las personas de las que hablo aquí, como he mencionado, a través de las plantas: metodológicamente busqué y me acerqué a los espacios de cultivo,

encontrando en este recorrido una gran ventaja, pues a las personas les gusta hablar de sus plantas, lo que permitió pasar varias horas del día conversando sobre ellas.

La mayoría de las entrevistas se realizaron a hombres y mujeres mayores de 50 años, con una relación directa con las técnicas de cultivo y con las plantas. Solo entrevisté a un hombre de 30 años, quien emprende con el cultivo de especies diferentes al café. Las personas con las que hablé y me relacioné difieren en cuanto al acceso a la tierra: hay quienes alquilan terrenos para poder cultivar, personas con pequeños espacios, otras con una hectárea y algunas con más de tres hectáreas. El hecho de vivir en el municipio, en la casa de una mujer con una diversidad de plantas, me permitió presenciar y participar de intercambios realizados a través de ellas. Estar cerca de las plantas, convivir con sus cuidadores, observar los vínculos que se tejen entre ellas y sus transformaciones, así como el desconocimiento del mundo botánico y la motivación por aprender de quienes están siempre en esta relación, es lo que da lugar a los resultados que aquí presento.

Las personas autoras de las historias aquí narradas fueron informadas sobre esta investigación y, al aceptar participar, quedó explícito que tendrían una “voz” en el documento final, si así lo deseaban, con el ánimo de reconocer la coautoría de los resultados. Se trata de una etnografía realizada con los campesinos, que se distancia de investigaciones etnográficas unidireccionales (investigador–población) y busca escribir este documento en una doble vía, en la que los campesinos no quedan alejados de las historias narradas. Asimismo, las fotografías y las entrevistas grabadas contaron con consentimiento informado.

Estructura de la disertación

Esta disertación se organiza en tres capítulos, además de esta introducción y las consideraciones finales.

El Capítulo 1 – “La Merced: territorio, café y vida campesina” ofrece una contextualización histórica, geográfica y política del municipio. Se describe la ubicación de La Merced en el departamento de Caldas, sus características demográficas y ecológicas, y las dinámicas territoriales que han modelado el paisaje cafetero. Este capítulo sitúa el proceso

de colonización antioqueña, la consolidación del café como institución económica y técnica, las transformaciones en la tenencia de la tierra, y las tensiones entre campesinado y lógicas agroexportadoras. También se discute el papel de las plantas como vehículos de memoria y afecto en la construcción de identidades campesinas. El objetivo de este capítulo es proveer el contexto necesario para comprender las relaciones multiespecie que serán descritas en los capítulos siguientes.

El Capítulo 2 – “Habitar mundos compartidos: vínculos sintientes como propuesta conceptual” desarrolla el marco teórico de la investigación. Parte de la experiencia etnográfica en jardines, solares y cafetales para construir un diálogo con los estudios multiespecie, particularmente con las nociones de especies compañeras (Haraway), conjuntos polifónicos (Tsing), cuidado multiespecie (Puig de la Bellacasa) y vínculos animados (Kazic). A partir de estos diálogos, se propone la noción de “vínculos sintientes” como herramienta analítica para pensar las relaciones campesinas con las plantas. Este capítulo también discute las implicaciones metodológicas y políticas de adoptar perspectivas multiespecie en contextos rurales latinoamericanos, atendiendo a las tensiones entre saberes locales y lógicas productivistas.

El Capítulo 3 – “Caminar, cuidar, cultivar: vidas entrelazadas en La Merced” es el corazón etnográfico de la disertación. Aquí se presentan las narrativas de campo que dan cuenta de las relaciones concretas entre campesinos, campesinas y plantas en solares y cafetales. El capítulo se organiza en tres secciones principales: primero, se describen las caminatas por solares y cafetales como práctica de conocimiento y como forma de cultivar atención; segundo, se analiza el trabajo en los cafetales —el “bajar con mañita”— como técnica corporal que produce vínculos específicos con la planta del café; tercero, se exploran las trayectorias de vida vinculadas al café, mostrando cómo los campesinos “nacen en el cafetal” y tejen sus biografías en cohabitación con esta planta. A lo largo del capítulo, se atiende tanto a los momentos de cuidado y acompañamiento como a las tensiones que emergen de las presiones productivistas.

El Capítulo 4 – “Tierra viva: cuidados multiespecie y *cambalache*” explora cómo el cultivo campesino en La Merced se basa en una ética del cuidado y la convivencia multiespecie, donde humanos, plantas, suelos y otros organismos co-producen la vida

cotidiana. A través de experiencias con doña Blanca, don José, doña Esneda y Daniel, se muestra que las plantas no son recursos pasivos, sino seres con agencia que marcan ritmos, exigen atención y generan redes de intercambio —el cambalache— que sostienen tanto la fertilidad del suelo como los vínculos sociales. El retorno de residuos orgánicos a la tierra, la observación de ciclos lunares, el policultivo y el compartir semillas y alimentos revelan prácticas que contrastan con la lógica extractiva del monocultivo, al mantener circuitos de reciprocidad donde no hay “basura”. Se destaca que la fertilidad surge de un trabajo colectivo subterráneo entre microorganismos, plantas y humanos, y que habitar la montaña implica una coreografía atenta del cuerpo, guiada por pendientes, brotes y frutos. Así, el capítulo muestra que cultivar es también hacer mundo: una pedagogía viva donde comer, sembrar y cuidar son actos políticos que resisten la simplificación agrícola y afirman formas locales de soberanía alimentaria y vida compartida.

Las Consideraciones finales retoman los hilos argumentativos de la disertación, discutiendo las contribuciones de la noción de vínculos sintientes para pensar las relaciones multiespecie en contextos campesinos. Se reflexiona sobre las posibilidades y limitaciones de estas formas de cohabitación en un momento de crisis ecológica y de presión continua sobre los territorios rurales. También se señalan posibles caminos para futuras investigaciones que profundicen en las dimensiones aquí exploradas.

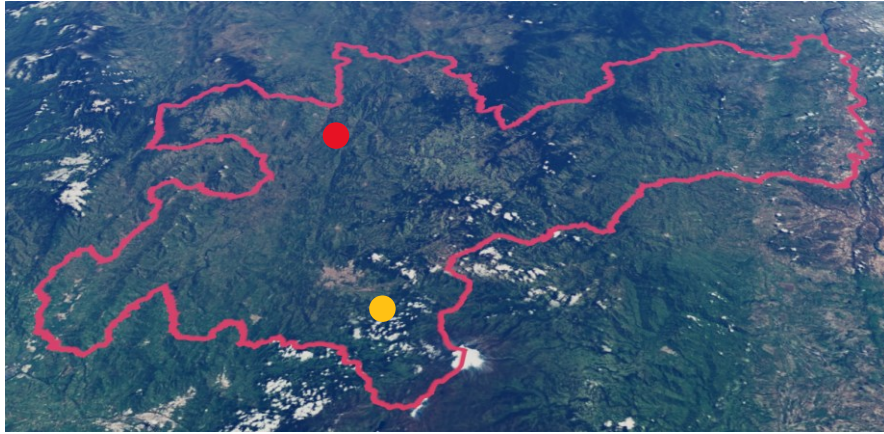
Capítulo 1 – La Merced: territorio, café y vida campesina

Ubicado en el noroccidente del departamento de Caldas (Figura 4), el municipio de La Merced (Figura 5) se asienta sobre las laderas de la cordillera Central y está bordeado por el río Cauca. Su territorio, profundamente modelado por la montaña, organiza no solo el

paisaje, sino también las formas de habitar, trabajar y desplazarse. Las variaciones de altura dan lugar a distintos pisos térmicos, conformando un espacio fértil en suelos y biodiversidad. El área urbana ocupa apenas 2 km², mientras que la zona rural se extiende por cerca de 96 km², con una altitud promedio de 1.819 metros sobre el nivel del mar. Estas condiciones geográficas han favorecido una diversidad ecológica estrechamente ligada a la montaña. La Merced es, ante todo, un municipio rural: sus habitantes se reconocen como campesinos y caficultores, y han tejido su vida cotidiana en relación íntima con las pendientes, los cafetales, los solares y las plantas que habitan este paisaje.

La Merced se encuentra a aproximadamente 86 km de Manizales, capital del departamento de Caldas, distancia que actualmente se recorre en cerca de dos horas, debido a las obras de ampliación de la Autopista del Pacífico sobre el río Cauca. Desde Medellín, la principal ciudad del noroccidente colombiano, el municipio está a unos 170 km; sin embargo, el tiempo de viaje puede extenderse hasta casi cuatro horas por las mismas intervenciones viales. Aunque estas distancias son menores en comparación con Bogotá, el trayecto desde la capital del país resulta considerablemente más largo: pese a que la distancia en línea recta es de aproximadamente 170 km, el recorrido por carretera alcanza cerca de 408 km, descendiendo la cordillera Central, atravesando el valle del río Magdalena y ascendiendo nuevamente por la cordillera Oriental. Este desplazamiento, marcado por curvas, ascensos y descensos propios del relieve andino, puede tomar alrededor de diez horas.

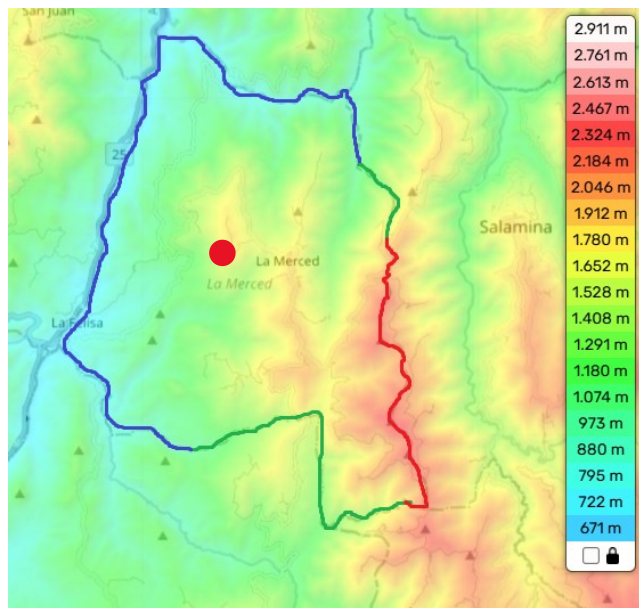
Figura 4— Mapa del departamento de Caldas, Colombia



Fuente: MICROSOFT. Bing Maps. Caldas, Colombia (2026).

Nota: El punto rojo indica el municipio de La Merced y el punto amarillo señala el municipio de Manizales, capital del departamento de Caldas.

Figura 5 – Mapa del municipio de la Merced- Caldas



Fuente: MICROSOFT. Bing Maps. Caldas, Colombia (2024).

Nota: Los límites indican el municipio, los colores representan la altitud con respecto al nivel del mar y el punto rojo señala el casco urbano.

Basada en los datos del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), el municipio cuenta con dos censos de diferentes años con los siguientes datos: para 2005 se registraron 6.324 habitantes y para 2018 se censaron 5.325 habitantes. El principal flujo económico es la agricultura y la ganadería, que representan el 67,27% de las actividades del municipio; en menor medida hay industria manufacturera, enseñanza, comercio, construcción y administración pública (LA MERCED, 2015, p. 44). Los campesinos acceden a recursos económicos a través de la comercialización de productos agrícolas y ganaderos.

Para ambos años, dos tercios de la población encuestada viven en zonas rurales y el resto en el área urbana. Además de haber disminuido un poco la población, se observa un cambio en los porcentajes de los patrones de vejez y nacimientos. Los datos indican que la población mayor de 59 años era del 12,1% en 2005, mientras que en 2018 la población mayor de 59 años ascendió al 20,8%. A su vez, el grupo de población entre 0 y 14 años pasó de representar el 28,4% en 2005 al 18,0% en 2018. La población de “edad media”, entre 15 y 59 años, disminuyó del 61,1% al 58,5% (DANE, 2025). Durante mi estadía en la Merced, dio para saber que las generaciones más jóvenes han migrado a otras ciudades. Me relacione principalmente con personas sobre los 50 años. Varios de tenían más de 70. Viviendo allí, estuve principalmente relacionada con personas que tienen una relación constante con la tierra. Esta etnografía se realizó junto con campesinos y campesinas de diferentes edades. Algunos de ellos, ya muy mayores sobrepasando los 70 años. Otros 40 y 60 años, y algunos hombres de 25 a 40 años.

En esta investigación, el objetivo es describir la vida campesina a partir de las relaciones multiespecie que se tejen con las plantas. Esto implicó que, durante el trabajo de campo realizado a inicios de 2025, retomara el contacto con personas directamente involucradas en el cuidado del cultivo de solares y cafetales. Es decir, campesinos y campesinas que mantienen una relación cotidiana con distintas especies vegetales, lo que permite comprender cómo se configuran sus vínculos con la tierra y con los espacios agrícolas donde transcurre su vida diaria.

1.1 Tramas del café en La Merced

Para comprender las dinámicas económicas y ecológicas del municipio de La Merced desde una perspectiva botánica, resulta clave explorar el paisaje cultural cafetero y los cafetales. Colombia, reconocida mundialmente por su café, alberga el Paisaje Cultural Cafetero —reconocido por la UNESCO como Patrimonio Mundial—, reflejo de su geografía montañosa y de las condiciones de ladera que favorecen el cultivo del grano. La topografía de las cordilleras tropicales ha generado suelos fértiles que han impulsado su producción desde el siglo XX hasta la actualidad. Este paisaje integra el esfuerzo de miles de familias campesinas, tejiendo una narrativa donde convergen ecología, territorio, política, economía, ciencia e identidad.

En diálogo con población campesina, esta investigación propone comprender a las plantas como sujetos con agencia, cuestionando su reducción a meros recursos productivos. Desde esta perspectiva, se problematiza la categoría de “Paisaje Cultural Cafetero”, poniendo en tensión aspectos como el monocultivo, las certificaciones, la selección de especies y las prácticas de cuidado que lo sostienen. En el caso del café, su historia está atravesada por desplazamientos transcontinentales: originario de Etiopía, se expandió hacia distintas regiones del mundo hasta establecerse en los trópicos americanos, donde se integró a paisajes montañosos, economías rurales y formas de vida campesinas. Al igual que otras plantaciones como la caña de azúcar, el cacao y el té, el café fue introducido en territorios colonizados para responder a las demandas de consumo europeo. Con el paso de los siglos, estos productos se incorporaron a la canasta alimentaria global, impulsando la expansión de su producción y consumo a gran escala (Mintz, 2010).

En Colombia, el café encarna la doble fractura colonial y ambiental del mundo moderno, donde "humanos y no humanos fueron confundidos como 'recursos' que alimentaban un mismo proyecto colonial" (FERDINAND, 2022, p. 47). Como agente que moviliza redes, conecta personas, ecosistemas y economías a través de territorios. Es proyecto de colonizaciones que ha marcado la historia colombiana y las vidas de quienes coexisten con ella, impulsando investigaciones e instituciones. Pensar la planta como agente implica verla en un conjunto polifónico (TSING, 2021), más allá de su rol como objeto productivo —económico o identitario nacional—. Así se reconoce su capacidad para moldear

historias y ritmos vitales, donde conviven temporalidades y agencias múltiples —a veces en tensión— en una co-evolución humana y multiespecie.

Autores como Shiva (2002), Mintz (2010), Federici (2017), Oyèwùmí (2021), Tsing (2021), Ferdinand (2022) Y Kazic (2024) han mostrado cómo ciertos cultivos —entre ellos el café, la caña de azúcar, el cacao y el eucalipto— se insertan en lógicas mercantiles de herencia colonial, subordinando tanto a humanos como a más que humanos a las demandas del desarrollo y del mercado global trasmarítimo. En este marco, el café, consolidado como producto de exportación, no solo reconfigura ecosistemas, sino que también, al inscribirse en la lógica del monocultivo, transforma prácticas locales, desplaza técnicas tradicionales y refuerza una noción de superioridad humana sobre otras formas de vida. Esta racionalidad moderna, al separar naturaleza y cultura, erosiona cuidados ancestrales y privilegia aquello que se presenta como “progreso”. En Colombia, estas dinámicas han impactado profundamente los suelos, las poblaciones rurales, las tradiciones, las identidades y las ecologías, entrelazándose con procesos económicos y políticos que continúan modelando el territorio.

1.2 Colonización Antioqueña en el noroccidente de Caldas: Oro y Café

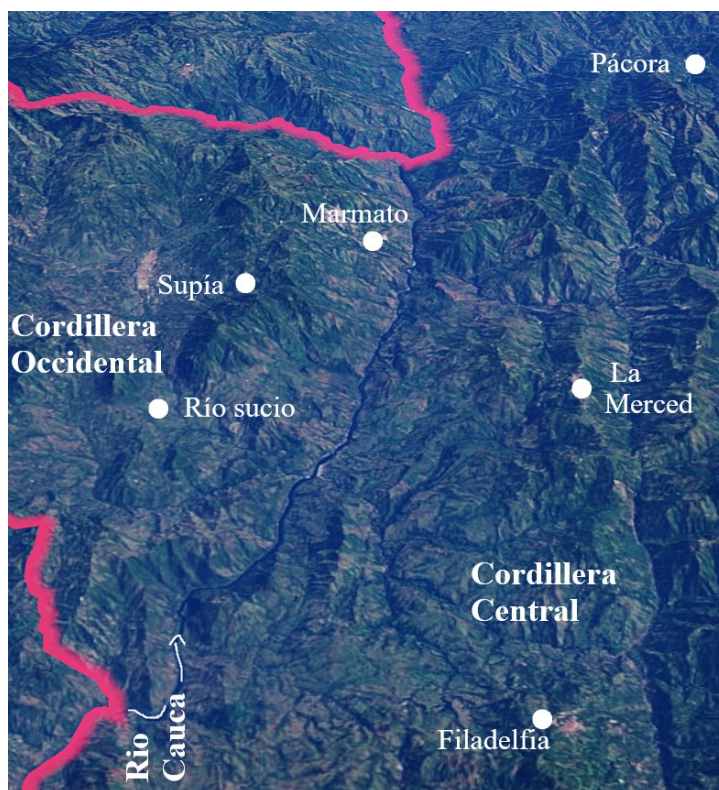
Durante los siglos XVIII y XIX, América incentivó migraciones para "productivizar" tierras. En el noroeste colombiano, antioqueños lideraron una colonización interna, ocupando resguardos indígenas tratados como baldíos. El Estado colombiano la promovió para convertirlos en tierras fértiles (APPELBAUM, 2007). Así surgieron ciudades, poblados y veredas en montañas ricas en oro, panela y café. De esta migración interna, nació la figura del arriero y colonizador que es icónica en el Eje Cafetero (Caldas, Quindío, Risaralda). En el imaginario, encarnan rasgos como "echados pa'lante", amables y emprendedores, en una épica de esfuerzo contra bosques densos, pendientes y depredadores. Esta narrativa heroica culmina en el Monumento a los Colonizadores de Manizales.

Esta narrativa incorpora una arista fundamental relacionada con la apropiación y transformación de las tierras, así como con la imposición de otras formas de comprender y habitar el mundo en territorios originalmente indígenas. Durante el siglo XVIII, además, se

registró la presencia de población afrodescendiente vinculada a la explotación de los acuíferos de Marmato, lo que complejiza aún más la configuración histórica y social de la región.

Dos cordilleras, separadas por el cauce del río Cauca, configuran un territorio de pendientes pronunciadas, valles estrechos y laderas fértiles (Figura 6). Esta geografía dio forma tanto a las ecologías locales como a los patrones de poblamiento. En la cordillera Occidental se encuentran centros históricos de minería aurífera como Marmato, Supía y Riosucio, mientras que, en la cordillera Central, municipios como La Merced, Filadelfia y Pácora desarrollaron paisajes campesinos dedicados principalmente a la caña y al café (Figura 7). Esta configuración territorial —dos cordilleras separadas por el cauce del río Cauca— entrelazó economías extractivas y agrícolas, reconfigurando las dinámicas sociales, productivas y ecológicas del territorio (DUQUE, 2013).

Figura 6 – Entre cordilleras y el río: configuración territorial



Fuente: MICROSOFT. Bing Maps. Imagen satelital del noroccidente de Caldas, Colombia.

2026.

Nota: Los municipios se disponen sobre las cordilleras Central y Occidental, bordeados por la cuenca del río Cauca, cuya agua fluye hacia el norte.

Figura 7 – Cafetal con vista a la cordillera Occidental desde la vereda El Tambor, La Merced (Caldas)



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: Territorios de la cordillera Occidental: Marmato, Supía y Riosucio

1.3 Café como institución y técnica

Palacios (2009), en su libro: *El café en Colombia, 1850–1970: una historia económica, social y política*; reconstruye cómo el grano pasó de ser un cultivo marginal en valles templados a convertirse en uno de los ejes centrales de la historia nacional entre los siglos XIX y XX, posicionando a Colombia como el segundo productor mundial de cafés suaves. Su expansión impulsó la integración del país a los mercados globales y transformó

profundamente las estructuras agrarias, sociales y políticas. A partir del análisis de archivos públicos y privados, tanto nacionales como extranjeros, el autor detalla la evolución de las sociedades cafeteras en regiones como Cundinamarca–Tolima y Antioquia, así como el proceso de colonización del Gran Caldas.

Palacios destaca la heterogeneidad del sector, marcada por la coexistencia de haciendas oligárquicas y fincas familiares, así como el papel de la comercialización exportadora en la articulación de regiones periféricas con los mercados internacionales. Subraya además el rol central de la Federación Nacional de Cafeteros (FNC) —fundada en 1927— y del Fondo Nacional del Café (FoNC) —desde 1940— en la modernización técnica del sector, la regulación de los precios internos y la defensa del café colombiano en escenarios internacionales, particularmente durante las crisis derivadas del colapso de los Pactos Internacionales del Café. El producto de la planta fue decisivo en la conformación de un Estado moderno cafetero, reordenando relaciones regionales y laborales, aunque sin generar una acumulación capitalista masiva, sino más bien una economía de subsistencia-exportación sostenida en gran medida por el trabajo de familias campesinas.

La FNC representa a 500.000 familias, ofrece asistencia técnica y desarrollo rural. Su Centro Nacional de Investigaciones de Café (CENICAFÉ, 1938) genera tecnologías sostenibles para productividad y calidad (CORTINA et al., 2013). Aunque la Federación Nacional de Cafeteros suele presentarse como organización creada por y para productores, su papel histórico puede leerse críticamente como parte de un proceso más amplio de colonialismo agrario y epistemológico. Desde esta perspectiva, la asistencia técnica, la estandarización varietal y la investigación promovida por Cenicafé no son neutrales: configuran un régimen de saber que privilegia la productividad, la calidad exportable y la resiliencia del cultivo frente al mercado global, subordinando otras formas de relación con la tierra y las plantas.

Este modelo se entiende como un "monocultivo de la mente": se impone una única racionalidad agrícola que desvaloriza conocimientos campesinos situados y reduce la diversidad biológica y cultural a variables técnicas (SHIVA, 2002). El café se inscribe en una economía trasatlántica que transforma plantas en mercancías y territorios en paisajes de extracción, articulando consumo global con trabajo rural precarizado (MINTZ, 2010). Donde

se reconoce cómo estos procesos reordenan cuerpos, géneros y formas de reproducción de la vida, desplazando prácticas de cuidado y autonomía campesina en favor de regímenes productivistas.

Desde una perspectiva multiespecie, se muestran que estas infraestructuras agrícolas disciplinan no solo a humanos, sino también a plantas: promueven variedades "mejoradas" —como Tabi o Variedad Colombia— seleccionadas por resistencia a enfermedades y rendimiento, marginando otras especies y formas de cultivo. Las plantas dejan de ser presencias vivas con historias propias para convertirse en unidades optimizadas de cadenas agroexportadoras. La FNC opera, así como dispositivo que traduce relaciones ecológicas complejas en parámetros técnicos, reforzando el control humano sobre lo más que humano. Leer este entramado técnico-institucional como ecología política heredada del colonialismo donde la diversidad biocultural queda subordinada al mercado global.

Estas montañas fueron institucionalizadas como Paisaje Cultural Cafetero de Colombia (PCCC), una categoría que articula territorio, biodiversidad y prácticas sociales bajo una narrativa patrimonial del café. Declarado Patrimonio Mundial por la UNESCO en 2011, el PCCC reconoce una convergencia histórico-ecológica entre paisaje, producción agrícola y organización social, consolidada a través de la acción de la Federación Nacional de Cafeteros (FNC) (UNESCO, 2011). Sin embargo, como expone Sarmiento (2012), más que un paisaje estático, el PCCC constituye un “patrimonio vivo”: un ensamblaje dinámico de saberes campesinos, infraestructuras productivas, políticas institucionales y transformaciones ecológicas, atravesado por tensiones entre conservación, mercantilización y desarrollo rural. Esta patrimonialización no solo visibiliza la herencia cafetera, sino que también reconfigura las formas de habitar la montaña, estandariza prácticas agrícolas y produce una estética del territorio funcional al mercado global. En este marco, el café opera simultáneamente como símbolo identitario y como commodity transnacional: un producto estandarizado, producido a gran escala y exportado desde su lugar de origen para ser consumido en distintos contextos del mundo.

1.4 Los campesinos y la tierra

En Colombia, hablar del campesinado no remite a una categoría estática, sino a poblaciones que se han constituido históricamente en los márgenes del Estado, atravesadas por procesos políticos, ambientales, económicos y culturales que se transforman con “el flujo cambiante de habitación, la propiedad, la escala productiva, el modo de producción y la relación con el medio ambiente” (MONTAÑA; ROBLEDO; YIE GARZÓN, 2022). Esta definición emerge de luchas concretas por reconocimiento, que abarcan desde la democratización de la propiedad rural y el ordenamiento territorial hasta el acceso al agua, la soberanía alimentaria y la defensa de los modos de vida frente a la modernización agrícola. En este contexto, términos como *campesinado*, *población campesina*, *comunidades campesinas* o *economía campesina* se cargan de demandas políticas específicas, entre las que se incluyen:

“la democratización de la propiedad, el ordenamiento territorial, el reconocimiento de derechos al campesinado y la definición de sus territorios, el derecho al agua y los usos de la tierra, los derechos territoriales de comunidades étnicas, el trabajo en el campo, la soberanía alimentaria, entre otros” (YIE GARZÓN, 2022, p. 140).

Estas luchas no son abstractas: se encarnan en cuerpos, territorios y prácticas cotidianas, configurando sujetos políticos que resisten la disolución de sus formas históricas de habitar. En La Merced, el campesino cafetero materializa esta tensión: hereda memorias de policultivo, cuidados del suelo y convivencia multiespecie, pero navega simultáneamente regulaciones de la Federación Nacional de Cafeteros (FNC), volatilidad de precios internacionales y presiones por "mejoramiento" técnico que priorizan rendimientos sobre equilibrios ecológicos.

Entre recomendaciones de Cenicafé, exigencias de calidad exportable y narrativas de progreso agrícola, su trabajo cotidiano se atraviesa por una racionalidad productivista que simplifica paisajes, homogeneiza prácticas y desplaza saberes situados. Persistir en cultivos diversos y relaciones sensibles con las plantas se convierte así en gesto político: disputa la lógica del monocultivo y afirma temporalidades, economías y coexistencias alternativas.

1.5 Globalización, tenencia de Tierra y agroexportación

Darío Fajardo (2018), en su tesis doctoral *Agricultura, campesinos y alimentos (1980–2010)*, cuestiona la supuesta neutralidad del desarrollo agrícola al señalar que “las relaciones entre el desarrollo del capital y los campesinos han formado parte de la historia del sistema económico mundial, constituido con el apoyo de políticas públicas establecidas para este efecto” (p. 15). En Colombia, estas políticas han configurado dinámicas agroexportadoras como las del café en municipios como La Merced, donde el grano se consolida como producto emblemático para mercados globales marcados por una competencia feroz. En este escenario, la tenencia de la tierra emerge como un eje central de conflicto: mientras las familias campesinas luchan por sostener parcelas heredadas y formas de vida locales, persisten presiones asociadas a intereses externos, reconfigurando continuamente el acceso al territorio y las condiciones de producción

El neoliberalismo de 1990 acelera esta fractura. Colombia adopta políticas de privatización y apertura económica que reconfiguran el agro: monocultivos expansivos reemplazan policultivos familiares; importaciones de alimentos básicos desplazan producción local; agroquímicos y semillas certificadas se imponen como "modernización". Fajardo documenta cómo la producción de café por la demanda de un mercado mundial implica grandes extensiones de tierra y mano de obra que las trabaje, generando violencias estructurales: desalojos por deudas, pérdida de autonomía alimentaria y dependencia de insumos transnacionales.

"Las políticas de privatización y apertura económica condujeron a un aumento progresivo de las importaciones de alimentos y, en consecuencia, a la pérdida de acceso a una parte considerable del mercado interno" (MONTAÑA; ROBLEDO; YIE GARZÓN, 2022). En La Merced, esta transición es palpable: solares familiares que antes integraban maíz, yuca, frutales y plantas medicinales ceden espacio al cafetal uniforme. Técnicas tradicionales —abonos orgánicos, rotación de cultivos, control biológico— son suplantadas por fertilizantes importados, herbicidas y variedades "productivas" como Castillo, promovidas por Cenicafé y la FNC.

El impacto ecológico es devastador: pérdida de biodiversidad (polinizadores, aves, microorganismos del suelo); erosión de suelos por laderas expuestas; proliferación de plagas como roya (*Hemileia vastatrix*) y broca (*Hypothenemus hampei*) que demandan más químicos. Culturalmente, se erosionan saberes transmitidos oralmente: el reconocimiento de plantas por texturas, olores, ciclos estacionales; la memoria de intercambios semilleros entre vecinos; la noción de cafetal como ecosistema vivo, no mera plantación. El campesino de La Merced no es reliquia premoderna ni empresario racional: es ensamblaje vivo de memorias heredadas, regulaciones estatales y agencias más-que-humanas.

Los intereses de producción de café en La Merced conviven en una maraña de relaciones multiespecie. La vida campesina se despliega como entramado de existencia compartida junto a las plantas, que —en su diversidad de variedades y estados de crecimiento— se convierten en agentes que configuran paisajes, ritmos de trabajo y estrategias de adaptación frente a amenazas biológicas y climáticas, como la roya y la broca que tanto preocupan a campesinos.

Las y los campesinos de La Merced encarnan el acumulado de procesos históricos y ecológicos que han configurado estas montañas. Sus conocimientos y formas de habitar el territorio se han tejido en relación con dinámicas de migración, economías de productos exportables, procesos de adaptación a la geografía montañosa y prácticas de cuidado y convivencia con diversas especies alimenticias. Estas experiencias se expresan en maneras particulares de relacionarse con el mundo más que humano, donde coexisten tensiones y acuerdos: contradicciones, amenazas, procesos de estandarización y, al mismo tiempo, la persistencia de lo diverso y lo que escapa al control, como las llamadas “plantas silvestres”.

1.6 Plantas como vehículos de memoria y afecto

Entre los campesinos, las plantas son mucho más que cultivos. Evocan familiares ausentes que conocían cada hoja por su textura, lugares transformados por el monocultivo cafetero, especies desaparecidas de los antiguos policultivos familiares. Siempre resalta el trabajo de cultivo —caminar senderos una y otra vez, observar cambios—, que exige cuidar las plantas y reconocer su lenguaje sutil: el tallo que pide agua, la hoja que habla de plagas.

A esta noción vivida por los campesinos —esa atención prolongada que forja memoria encarnada— la denomino vínculo sintiente.

Cuando se habla de plantas, cultivos y cultivadores, términos como producción y productividad tienden a imponerse. Como señala KAZIC (2024), esta narrativa posee raíces profundas: reduce las plantas a objetos inertes, convertidos en materia prima de agriculturas analíticas donde predominan el mercado global, el crecimiento exponencial y una supuesta objetividad científica que todo lo legitima —desde semillas certificadas por Cenicafé hasta protocolos de la Federación Nacional de Cafeteros contra la roya y la broca. Frente a esta mirada instrumental, las historias aquí expuestas no constituyen meras anécdotas; revelan, más bien, cómo las plantas median temporalidades campesinas que desbordan el reloj productivista.

Desde el trabajo conjunto con la comunidad campesina de La Merced, esta disertación cuestiona dicha lógica productivista y documenta espacios donde producir para vivir coexiste con vivir junto a lo no humano. La convivencia con las plantas genera vínculos vivos y saberes empíricos forjados en la práctica cotidiana —no en manuales técnicos—, y permite, como propone Kazic, animar a las plantas. En La Merced, los campesinos reconocen su agencia: admiten su sensibilidad, aprenden a habitar temporalidades interespecíficas y atienden los mensajes que emergen del cultivo, configurando relaciones que exceden el marco estrictamente económico.

Capítulo 2 – Habitar mundos compartidos: vínculos sintientes como propuesta conceptual

2.1 Jardines, solares y plantas maestras: etnografía como punto de partida

Algunos momentos del trabajo de campo resultaron fundamentales para comprender las formas de habitar la vida campesina y la vida en relación con las plantas. A partir de ello, presento dos breves relatos etnográficos que permiten contextualizar el marco teórico de esta investigación. El primero muestra cómo, a través de prácticas de cuidado, se tejen vínculos entre las y los campesinos y aquellas plantas que son indispensables en los jardines y solares de La Merced, Caldas. El segundo se centra en la diversidad que se sostiene mediante el policultivo, donde convergen distintos tiempos y ritmos de crecimiento, trabajo y convivencia.

El primero es sobre "las plantas maestras medicinales". Los jardines son, como me dijo un día don Fernando —campesino de 80 años—, "una farmacia casera". En los solares y jardines se sabe que las plantas enseñan. Una de las primeras lecciones que se aprende al querer conocerlas, en este caso aquellas con el poder de curar el cuerpo, la mente y el espíritu, es identificarlas. Por eso se vuelve necesario tomar como guía las palabras de don Fernando cuando me dijo: "húelala", "siéntala", "mírela bien", para no olvidar que es a través de nuestros sentidos que empieza el trabajo de identificar cada especie. Reconocer las plantas, entre otras cosas, es la delgada línea entre intoxicarse y curarse. En los lugares de cultivo las plantas crecen tan juntas que hay que entrenar los sentidos para distinguirlas.

En el prisma de diversidad de las plantas, algunas se confunden con otras. Ya que muchas comparten características similares, hay que aprender a distinguir sus colores, texturas, flores, tallos y hojas; no hay dos especies iguales, ese es el truco de esta magia. Después de mis recorridos por los solares y jardines, solía llegar a casa con los bolsillos llenos de hojas de diferentes plantas (Figura 8). Allí, en casa de doña Blanca, seguía experimentando sensitivamente cada hoja, para empezar a reconocerlas. Esta primera imagen es un

recordatorio sobre como diferencias sutiles en las hojas son captadas a través de los sentidos y se vuelven parte de la experiencia y de los recuerdos a medida que se establecen vínculos con dichas plantas.

Figura 8 – Algunas de las plantas con las que llegaba a casa.



Fuente: Archivo de la autora (2023).

Nota: de derecha a izquierda, hoja de Tomate Cherry (*Solanum lycopersicum*), Manzanillón (*Tanacetum parthenium*) y Artemisa (*Artemisa*).

El segundo relato se desarrolla a partir de la experiencia de habitar la casa de doña Blanca. Vivir con ella me permitió relacionarme con su solar, observarlo y habitarlo. Cada día había un momento para estar allí, de pie en la parte alta, contemplando las plantas y las montañas. Uno de esos días, mientras permanecía allí, empecé a sentir cómo varios insectos evitaban mi cuerpo mientras volaban entre las plantas. Cerca del mediodía, los bichos me

rodeaban, saltando y desplazándose de una planta a otra. Muchas de estas plantas con flores pertenecían a plantas que dan fruto —limones, naranjas, tomates, pepinos y ahuyamas— cuya diversidad hacía posible una circulación constante de polinizadores. Abejas, moscas, mariposas y otros insectos respondían a formas, colores y aromas específicos. Sin embargo, esta escena no se limita al intercambio directo entre plantas e insectos: distintos polinizadores atraen a su vez otras formas de vida que se alimentan de ellos (Figura 9).

Figura 9 – Ninfa, insecto predador entre las plantas del solar de doña Blanca



Fuente: Archivo de la autora (2022).

Nota: Hoja de árbol de limón mandarino.

Extendiéndose así una red más allá del acto de polinizar. Arañas, ninfas, mariquitas, lagartijas, aves, entre otros, participan de esta ecología relacional, desplazándose entre las plantas en busca de alimento. De este modo, se activa una cadena trófica compleja, que aquí

quiero exaltar como un entramado multiespecie donde las plantas funcionan como infraestructura viva, articulando encuentros, sosteniendo circulaciones y haciendo posibles formas de cuidado distribuidas.

Este escenario está dado por la diversidad de especies de plantas que habitan allí, en el solar de doña Blanca. En este espacio, las plantas operan como ejes articuladores que hacen posible la circulación de la vida. Se configuran como una infraestructura del cuidado, donde existen flujos e intercambios entre diferentes seres, en los que intervienen factores como el tiempo y el espacio, en relación con el agua, el sol y la altitud. La vida junto a las plantas, cultivadas a partir de la reunión de diversas especies —como ocurre en el solar de doña Blanca—, permite pensar críticamente las formas de habitar un mundo compartido.

Más que simples recursos, las plantas configuran relaciones, sostienen cadenas alimentarias y articulan formas de cuidado distribuidas, confirmándose como especies compañeras por excelencia. En ese instante comprendí que los alimentos que salían de la huerta de doña Blanca eran el resultado de un trabajo multiespecie, tejido cotidianamente entre ella, las plantas y los insectos. Ese día me detuve un tiempo a observar los insectos y las flores con una pequeña lupa, siguiendo sus trayectorias mínimas y los detalles de los pétalos, como una forma de acompañar ese entramado vivo desde una atención cercana. En ese movimiento entre especies se sostenía una red viva de intercambios.

2.2 Plantas animadas y ontologías campesinas

Un autor clave para esta discusión es Dušan Kazic (2024), cuyos aportes emergen directamente de interacciones y conversaciones con interlocutores campesinos. Él introduce las plantas animadas como propuesta para sobrevivir crisis ecológicas y extinciones, en contraposición al discurso productivista que despoja a las plantas de sensibilidad, inteligencia y agencia. Así, "plantas animadas implica ponerse en contacto con ellas para poder conectarnos y vivir juntos, reconocer que tienen una influencia, un poder sobre los humanos, que exige que seamos más generosos en el plano ontológico" (p. 28).

Cuando las plantas y las relaciones humanas con ellas —incluidos intercambios vecinales— se observan solo desde la lógica productiva, se corta lo viviente. Se refuerza la

herencia moderna que posiciona humanos como únicos sujetos, reduciendo el resto de la vida a objetos pasivos.

Desde la vida campesina junto a las plantas en La Merced, los conocimientos para interactuar con ellas se forjan en relación directa y práctica diaria. Muchos saberes están ligados al trabajo de cultivo: reconocer texturas de tallos que piden agua, observar hojas que anuncian plagas, acompañar ciclos estacionales del cafetal. Estas situaciones manifiestan un conocimiento eminentemente práctico, encarnado en el hacer.

Luis Villoro (2008) ofrece un marco clave para esta discusión: "la práctica es una condición del conocimiento" (p. 253). El trabajo del campesino —podar, abonar, cosechar— es conocimiento. Así, conocer es habilidad técnica repetida, juicio situado y comprensión causal que solo emerge en la acción.

Para Villoro, las relaciones que experimentamos con el mundo dependen de concepciones de realidad socialmente compartidas, moldeadas por contexto: ubicación geográfica, ecosistema, historia, economía y parentesco. En La Merced, los campesinos comparten una ontología situada en una vida junto a las plantas, donde representan presencias vivas inscritas en historias familiares, intercambios vecinales y ciclos de montaña. Sus creencias, saberes y conocimientos emergen precisamente de esta integración espacial. El conocimiento radica en las relaciones y en la forma en que se experimenta la realidad.

2.3 Estudios multiespecie: conjuntos polifónicos y especies compañeras

A partir de estas experiencias campesinas con otras especies —donde el conocimiento nace de cohabitación práctica, no de taxonomías científicas—, esta investigación se inscribe en los estudios multiespecie que:

Reitera que as ciências naturais estão longe de ser a única forma de conhecer as vidas de outras espécies. Para isso, concentra-se em estudar as relações construídas entre indivíduos de espécies biológicas diferentes, partindo de conceitos presentes dentro das ciências sociais e rompendo, com a barreira, antes imposta, entre o que seria objeto de estudo das ciências humanas e o que seria competente às ciências biológicas. (PEREIRA, 2018. P, 114).

Aquí en La Merced, la vida se sostiene porque humanos, plantas y animales se entrelazan en una trama de dependencias multiespecie. Muchas plantas alimenticias solo transforman flores en frutos cuando insectos y aves polinizadoras las visitan, convirtiendo cada cosecha en trabajo colectivo entre flores, bichos y personas que cultivan, observan y facilitan esos encuentros. La experiencia campesina con las plantas ocurre siempre en conjunto con otras especies. Los frutos consumidos por humanos dependen de polinizadores, mientras los solares de alta diversidad botánica atraen insectos, aves y pequeños mamíferos. Esta convivencia trasciende polinizadores: depredadores que controlan plagas participan igualmente, configurando el solar como entramado multiespecie donde plantas, insectos y aves cohabitan, sosteniendo colectivamente la circulación de vida y formas de cuidado distribuidas.

El aporte de la experiencia rural y campesina al campo de los estudios multiespecie se sitúa en tensión con categorías que pretenden ser fijas, excluyentes y dicotómicas. Prácticas como el trabajo conjunto para generar sombra y facilitar la recolección, sustentadas en suelos vivos con microbiota activa y en la presencia de polinizadores que posibilitan la transformación de las flores en frutos, evidencian relaciones de interdependencia que desbordan dichas categorías. Asimismo, estas experiencias se vinculan con el uso de los espacios domésticos, el manejo de los suelos y las formas de habitar un mundo compartido y sintiente.

En esta propuesta retomo a Anna Tsing (2021) y su concepto de conjunto polifónico, entendido como "la agrupación de todos esos ritmos como resultados de diversos proyectos de creación de mundos, humanos y no humanos" (p. 47). Entre solares y cafetales campesinos, coexisten multiplicidades rítmicas —en armonía y disonancia— que se componen conjuntamente, manteniendo una melodía unificada. Estos conjuntos no solo agrupan formas de vida, sino que las configuran.

Por lo anterior, esta escritura adopta un enfoque multiespecie desde las “narrativas que são ricas em anedotas, metáforas e figuras. (...) permitindo-nos mover para fora de um espaço estreito de “comportamentos típicos de espécie” para reconhecer a diversidade individual ou social e a capacidade criativa dentro de outros modos de vida” (VAN DOOREN; KIRKSEY; MÜNSTER, 2016, p. 7). Este trabajo es la reunión de diferentes

relatos de campesinos, en torno a las plantas que cuidan. Este estudio se alinea con los objetivos de los estudios multiespecie, donde se quiere descolonizar y desafiar los conocimientos dominantes botánicos. Este trabajo se une a la construcción de mundos mejores que requieren tomar en serio la alteridad, donde las narrativas plantean nuevos relacionamientos y responsabilidades con lo más que humano.

Las etnografías multiespecie atraviesan lógicas y ámbitos políticos, sociales y culturales. Se inscriben en un contexto de crisis climática, desaparición de especies nativas, pérdida de relaciones entre humanos y otras especies y, con ello, de saberes vinculados a esas interacciones. Estas consecuencias están atravesadas por colonialismos, por la presión de la producción capitalista y por relaciones de poder desiguales, todas situadas en una trama de vida más amplia, en la que las acciones humanas no pueden pensarse al margen de sus impactos ecológicos en un mundo compartido con otros seres. Así, en este caso, historias únicamente humanas no alcanzan a reflejar el proceso de destrucción biosocial (PEREIRA, 2018).

Para construir este puente teórico a la etnografía multiespecie que será presentada, empezaré por tomando la noción de *especies compañeras* formulado por Donna Haraway (2019). Entendidas como “presencias significativas junto a las cuales los humanos co-evolucionamos y co-habítamos en espacio común” (p. 23). En la vida campesina y en el trabajo del cultivo, las plantas tienen un lugar fundamental en la vida humana. Son especies que acompañan y moldean los espacios y los tiempos. Es a partir de la relación constante con ellas, que los campesinos adquieren diferentes conocimientos frente a cada especie. Cuando no tenemos relación directa con otras especies, pensamos que “la humanidad es la única que no forma parte del tejido de dependencias espaciales y temporales entre las especies” (p. 34). Cuando vives entre plantas, como muestra el segundo relato etnográfico, te ves inmerso en un entramado multiespecie. Sostengo que las plantas son especies compañeras por excelencia: a lo largo de millones de años han coevolucionado y cohabitado con innumerables organismos, tejiendo relaciones vitales que preceden y exceden lo humano.

2.4 Vínculos sintientes: una proposición teórico-conceptual

Este trabajo recurre a la especulación etnográfica como forma narrativa que da cuenta de relaciones más que humanas. En este sentido, "el arte de contar historias quiere decir fabricar realidad, una verdad situada, encarnada y real, donde el narrador o la narradora participa plenamente de la historia que cuenta y fabrica" (Kazic, 2024, p. 115). Desde esta perspectiva, las etnografías especulativas buscan construir narraciones que se libren de las restricciones de la modernidad: un pensamiento que sistemáticamente desanima plantas y otros seres, relegando el conocimiento biológico-botánico exclusivamente a métodos de las ciencias exactas. La especulación etnográfica, así, exalta narrativas ocultas bajo los discursos hegemónicos de producción y progreso.

En este espíritu especulativo, propongo la vida campesina como una vía para nutrir los debates en las etnografías multiespecie, a partir de las relaciones que las y los campesinos tejen con otras especies, particularmente a través de sus vínculos con las plantas. Se trata de tensionar y complejizar la vida más que humana, donde las relaciones no son horizontales ni pasivas, sino que revelan cómo la convivencia con otras especies conforma un mundo vasto de interacciones, pérdidas y ganancias. Es una coexistencia con la vida y la muerte, y, sobre todo, el reconocimiento de la voluntad intensa de las plantas —proporcional al trabajo que demandan para ser cuidadas—. En estos espacios de cultivo, categorías modernas presupuestadas se quiebran: objeto/sujeto, monocultivo/policultivo, conocimiento tradicional/conocimiento científico-agronómico. La diversidad vegetal exige nuevas ontologías: no la de pensar sobre las plantas —como objetos pasivos de análisis científico—, sino la de pensar con o en medio de ellas, como agentes que sienten, demandan cuidados y co-producen mundo junto a los humanos.

La convivencia prolongada con los campesinos de La Merced y sus plantas me llevó a percibir una forma específica de conocimiento que no encontraba nombre adecuado en la literatura. No se trataba apenas de "saber sobre" plantas como informaciones que podrían ser transmitidas a través de libros, manuales o aprendidas en un curso técnico. Se trataba de algo más denso: un conocer que emergía del habitar juntos, del cuidar cotidiano, del envejecer al lado de las mismas especies en el mismo pedazo de montaña. Cuando Don José mira un cafetal y percibe, casi instantáneamente, que aquellas plantas necesitan agua, o cuando Doña

Blanca camina por su solar reconociendo cada especie por el formato de las hojas, por la textura de los tallos, por los lugares donde prefieren crecer, estamos ante un tipo de saber que se constituyó a lo largo de décadas de atención sensorial reiterada. Propongo llamar ese modo de conocer *vínculos sintientes*.

La elección del término *vínculos sintientes* no es casual. "Vínculos", porque se trata de relaciones no unidireccionales —no un sujeto cognoscente frente a un objeto por conocer—, sino seres que se constituyen mutuamente a través de encuentros repetidos en el tiempo. "Sintientes", porque ese conocimiento pasa fundamentalmente por el cuerpo y los sentidos, y porque reconoce en las plantas una capacidad propia de sentir y responder al mundo, aunque en modos radicalmente distintos a los humanos. Los campesinos con quienes conviví no tratan a las plantas como materia inerte: hablan de ellas como seres que "oyen y entienden", que "se ponen tristes" cuando les falta agua, que tienen "caprichos" sobre dónde prefieren crecer. Los *vínculos sintientes* nombran, así, tanto el modo en que los humanos sienten y conocen las plantas como el reconocimiento de que las plantas, a su manera, también sienten y conocen.

Para delimitar con mayor precisión lo que entiendo por *vínculos sintientes*, es necesario distinguirlos de conceptos próximos con los cuales dialogan, pero de los cuales se diferencian.

La tradición antropológica ofrece una reflexión consolidada sobre el *conocimiento incorporado* —saberes que residen en el cuerpo, no en la mente proposicional, y que se adquieren a través de la práctica repetida. Marcel Mauss (1971), en su ensayo sobre las técnicas del cuerpo, ya demostraba cómo actos aparentemente naturales como caminar, nadar o cavar son, en verdad, técnicas culturalmente aprendidas y corporalmente sedimentadas. Tim Ingold (2000) desarrolló esa perspectiva al mostrar cómo habilidades perceptivas y prácticas se constituyen en el compromiso activo con el ambiente, no en la transmisión de representaciones mentales. Mucho de lo que observé en La Merced corresponde a esa descripción: la técnica de caminar "con mañita" por las laderas empinadas, equilibrando el cuerpo para no resbalar ni lastimar las rodillas; la habilidad de cosechar el grano de café sin arrancar el pedúnculo de donde brotará la próxima flor; el gesto preciso de distribuir el abono

alrededor de cada planta. Todo eso es conocimiento incorporado, adquirido a través de años de práctica e inscrito en la memoria muscular.

Sin embargo, los vínculos sintientes exceden el conocimiento incorporado. Puedo desarrollar una técnica corporal sin desarrollar un vínculo. Un trabajador temporario que viene solo para la cosecha puede aprender rápidamente a caminar por la montaña y a recoger café con eficiencia, pero no tendrá la misma relación con aquel cafetal específico que tiene el campesino que vive allí hace décadas. La técnica es transferible; el vínculo, no. El vínculo supone historia compartida, memoria acumulada, afecto constituido. Cuando Don José camina por su cafetal, no está apenas ejecutando técnicas corporales; está recorriendo un espacio saturado de recuerdos — dónde estaba el café pajarito que ya no existe, dónde su suegro plantó las primeras mudas, dónde él mismo trabajó durante cincuenta años. El conocimiento incorporado es condición necesaria para los vínculos sintientes, pero no suficiente.

Anna Tsing (2021), en su etnografía sobre los recolectores de matsutake, describe cómo el conocimiento tanto de los hongos como de quienes los recolectan se construye a través del olfato, el tacto y una atención minuciosa a los microclimas y a las texturas del suelo, permitiendo así identificar los lugares donde el hongo puede prosperar. Encontré algo muy semejante en La Merced: las hojas que yo llevaba en el bolsillo para aprender a distinguir por el tacto; el olor característico del café recién despulpado; el sonido de la semilla del café cuando se ha secado, la diferencia de temperatura entre el aire frío de la montaña y el calor húmedo dentro del cafetal; el sonido de las aves que marca el ritmo del día. El mundo de las plantas se conoce con el cuerpo entero, no apenas con los ojos.

Pero ese compromiso sensorial puede ser puntual y efímero. Puedo tener una experiencia sensorial intensa con una planta que encuentro por primera vez — su perfume, su textura, su color — sin que eso constituya un vínculo. Lo que caracteriza los vínculos sintientes es la duración y la recursividad: no se trata de una percepción aislada, sino de capas de percepciones acumuladas a lo largo de años, volviendo siempre a las mismas plantas, a los mismos caminos, a los mismos ritmos estacionales. Los vínculos sintientes son compromisos sensoriales sedimentados en el tiempo, que se transforman en disposiciones perceptivas durables. Doña Blanca no solo “ve” su solar; ella lo experimenta través de

décadas de convivencia, y cada percepción actual está impregnada de percepciones pasadas y presentes, en los sonidos animal, del olor de ciertas plantas, y de la presencia y ausencia de especies. Las plantas que "se pierden y vuelven y aparecen" son percibidas justamente en esa temporalidad larga — no como ejemplares de una especie, sino como presencias individuales con historias propias.

Thom van Dooren, Eben Kirksey y Ursula Münster (2016), proponen el concepto de *attentiveness* — una disposición ética y epistémica de prestar atención a otras formas de vida, un "arte de la atentividad" que permite percibir mundos que normalmente ignoramos. Esa proposición resuena fuertemente con lo que observé: la atención cuidadosa de Don José que me permitió ver la serpiente camuflada en la copa del árbol de café, la observación paciente de Doña Blanca que percibe cuándo una planta necesita ser trasplantada a otro lugar, la capacidad de los campesinos de leer en las hojas, en los tallos y en las flores el estado de salud de cada individuo vegetal.

No obstante, *attentiveness* es una disposición general, casi una virtud epistémica que puede ser cultivada en relación a cualquier forma de vida. No captura la especificidad del vínculo. ¿Por qué Don José conoce cada rincón de su cafetal de una forma que un agrónomo visitante jamás conocería, aunque este sea igualmente atento y entrenado? Porque el vínculo sintiente no es atención en general, sino atención moldeada por una historia compartida con aquel lugar y aquellas plantas específicas. Es una forma de *attentiveness situada y biográficamente constituida*. Los campesinos no desarrollaron una capacidad abstracta de percibir plantas; desarrollaron una percepción fina de aquellas plantas, en aquella montaña, en aquel clima, a lo largo de sus vidas enteras.

La reflexión de María Puig de la Bellacasa (2017; 2023) sobre el cuidado ofrece otro diálogo teórico fundamental. Ella propone pensar el cuidado como una relación material y afectiva que sustenta la vida, distribuida en redes que incluyen humanos y no humanos, no necesariamente recíproca ni reducible a intenciones individuales. Las plantas cuidan del suelo mientras los humanos cuidan de las plantas; los insectos polinizadores cuidan de la reproducción vegetal mientras las flores cuidan de la alimentación de los insectos. El cuidado, en esa perspectiva, es el tejido mismo de la vida, aquello que permite que los vivientes continúen viviendo.

Lo que observé en La Merced confirma plenamente esa visión. La relación de los campesinos con sus plantas es, fundamentalmente, una relación de cuidado: regar, abonar, podar, proteger de plagas, trasplantar cuando es necesario. Pero el cuidado, en sí, es una práctica; los vínculos sintientes son el modo de conocer que emerge de esa práctica. Puedo cuidar siguiendo instrucciones técnicas, sin desarrollar sensibilidad propia; puedo conocer una especie en laboratorio, sin jamás haberla cuidado. Lo que los campesinos demuestran es justamente la fusión: un conocer que emerge del cuidar, y un cuidar que depende de un conocer sensible. Don José sabe cuándo sus plantas necesitan agua no porque leyó un manual de irrigación, sino porque cuida desde hace décadas las mismas especies y aprendió a leer, en señales sutiles — la curvatura de las hojas, el tono del verde, la textura del suelo — lo que ellas le comunican.

Los vínculos sintientes son, en ese sentido, la *dimensión epistémica del cuidado*: el tipo de conocimiento que solo puede emerger en relaciones de cuidado prolongadas. Es por ello que esta propuesta pretende aportar al debate de los estudios multiespecie desde la realidad campesina de la Merced, donde se habita y co-habita desde los conocimientos prácticos del contacto constante, que evoca memorias, prácticas corporales y disposiciones éticas sobre ello.

La propuesta de Dušan Kazic (2024) sobre las "plantas animadas" dialoga muy directamente con la perspectiva aquí adoptada. El autor sostiene que reconocer las plantas como seres animados — dotados de sensibilidad, inteligencia y agencia propias — no es un error cognitivo o una creencia premoderna, sino una disposición necesaria para enfrentar las crisis ecológicas contemporáneas. El discurso dominante trata las plantas como objetos de producción, recursos a ser explotados, materia desprovista de interioridad. Contra esa visión, Kazic propone que "ponerse en contacto" con las plantas exige generosidad ontológica: reconocer que ellas tienen influencia, poder, capacidad de afectar a los humanos.

Los campesinos de La Merced ya viven en ese registro. Cuando Don José dice que las plantas "oyen y entienden, es como nosotros", cuando habla de que ellas "se ponen tristes" con la falta de agua, no está haciendo una afirmación metafórica o poética, está describiendo su experiencia de convivencia. Las plantas responden, tienen preferencias, aceptan o rechazan ciertos lugares, prosperan o decaen conforme el tratamiento que reciben. Los

vínculos sintientes incluyen, por lo tanto, esa dimensión de reconocimiento ontológico: conocer las plantas como seres capaces de sentir, no apenas como organismos biológicos o recursos económicos.

Desde esta perspectiva, las y los campesinos reconocen que las plantas poseen formas propias de sentir y percibir el mundo a través de sus cuerpos y raíces, siendo sensibles a las condiciones del suelo, a las variaciones de luz, a la disponibilidad de agua y a su convivencia con otras especies. En este sentido, la relación humano-planta puede entenderse como un encuentro entre distintas formas de sensibilidad, cada una con sus propias capacidades y limitaciones.

Los vínculos sintientes se sitúan en ese encuentro. Los campesinos desarrollaron, a través de décadas de convivencia, una capacidad de percibir la sensibilidad de las plantas: cuándo están estresadas, cuándo les falta nutrientes, cuándo el clima no les favorece. No que puedan sentir exactamente lo que las plantas sienten; pero aprendieron a traducir, a través de señales visibles, algo del mundo perceptivo vegetal. Esa traducción nunca es completa ni transparente. Hay siempre equivocaciones, malos entendidos y/o sorpresa, es una experiencia que esta activa constantemente. Las plantas hacen cosas inesperadas, "se pierden y vuelven y aparecen", desafían las expectativas. Pero es justamente ese exceso — el hecho de que las plantas siempre exceden lo que sabemos sobre ellas — lo que torna la relación un vínculo vivo, no una técnica estabilizada.

Eduardo Kohn (2021), en su etnografía sobre los Runa de la Amazonia ecuatoriana, argumenta que los humanos no son los únicos seres que interpretan signos; los bosques piensan, en el sentido de que están poblados de seres — animales, plantas, espíritus — que representan el mundo y actúan en función de esas representaciones. Habitar con otras especies implica aprender a leer sus modos de significación, entrar en una ecología de selva que excede lo humano. Aunque el contexto amazónico difiere significativamente de las montañas cafeteras de Caldas, la proposición de Kohn resuena con lo que observé: los campesinos habitan un mundo donde las plantas comunican algo, donde hay que aprender a interpretar lo que dicen a través de sus cuerpos vegetales. Los vínculos sintientes también son, una forma de semiótica multiespecie: un aprender a leer signos que no fueron hechos para nosotros.

Cabe aún una advertencia metodológica y ética. Al proponer el concepto de vínculos sintientes, no pretendo romantizar el conocimiento campesino como un saber "tradicional" o "puro" en oposición al conocimiento técnico "moderno". Los campesinos de La Merced no viven fuera del capitalismo ni de las redes institucionales que organizan la producción cafetera. Usan agroquímicos industriales, siguen recomendaciones de la Federación Nacional de Cafeteros, compran semillas certificadas en la Cooperativa de Caficultores, están atentos a los precios del mercado internacional. Don José usa abono químico y habla con sus plantas; no hay contradicción en eso. Los vínculos sintientes no son restos de un mundo premoderno en vías de desaparición; son formas de conocimiento que coexisten, a veces tensamente, con otras formas, en arreglos siempre específicos y situados.

El interés del concepto está precisamente en visibilizar una dimensión del conocimiento campesino que tiende a ser invisibilizada tanto por el discurso técnico-científico cuanto por ciertos romanticismos ecológicos. Contra el primero, los vínculos sintientes muestran que hay modos de conocer las plantas que no pasan por protocolos formalizados ni por instrumentos de medición, pero que no por eso son menos reales o eficaces. Contra el segundo, muestran que ese conocimiento no es estático ni dado, sino que es laboriosamente construido a través de prácticas cotidianas. Esto hace que sea susceptible a la pérdida cuando las condiciones que lo sustentan se desagregan como, por ejemplo: la migración de los jóvenes a las ciudades, la sustitución de variedades de café, o la estandarización del cultivo al "ideal" de imagen de la monocultura.

En los capítulos que siguen, exploraré cómo los vínculos sintientes se manifiestan en prácticas concretas: en el caminar por los solares y cafetales, en el cuidado con el suelo y la fertilidad, en las memorias evocadas por las plantas, en los encuentros con otras especies que comparten esos espacios. Cada relato etnográfico es una descripción, a partir de situaciones específicas, sobre cómo ese modo de conocer se constituye, se transmite y se transforma en la vida campesina de La Merced.

Capítulo 3 – Caminar, cuidar, cultivar: vidas entrelazadas en La Merced.

Tal como el resto de Colombia, La Merced es una ciudad ubicada en el trópico y cerca de la línea del ecuador. Al recibir las mismas horas de sol durante todo el año, se diferencia del norte y del sur global: el día y la noche duran alrededor de 12 horas cada uno.

La vida en el trabajo del cultivo se organiza para aprovechar al máximo esas horas de luz; por eso las jornadas empiezan temprano, entre las 4 y las 6 a. m., y terminan entre las 5 y las 6 p. m. La vida diurna comienza con el amanecer, te despiertas con las aves, y las personas *se guardan* —entran a sus casas— al caer la tarde. Es bastante común que las calles estén vacías a las 9 o 10 p. m., excepto en los alrededores de la plaza principal, donde se concentran los bares. Que esta investigación se sitúe en un país tropical implica que esas 12 horas continuas de luz solar permiten que muchas plantas mantengan hojas, flores y frutos durante todo el año, de modo que el trabajo con ellas es constante, al igual que el flujo de alimentos que proporcionan. Así, el ritmo solar no solo marca las temporalidades del cultivo campesino, sino también las de la propia vida cotidiana en La Merced.

Los campesinos clasifican el clima en dos estados: *invierno* y *verano*. El *invierno*, se caracterizan por días de lluvias intensas, cuando hace frío. Ese frío se siente en los huesos, una sensación que ellos nombran como *gelo* —hielo—. Durante estos días, las montañas son tapadas por las nubes y la neblina entra en los cafetales, las huertas y llega hasta las puertas de las casas (Figura 10). En aquellos días la neblina es tan densa que es difícil ver a más de un metro de distancia. En los días prolongados de *inverno*, la caída del agua empieza a moldear el paisaje, la tierra se moja y los ríos crecen, y ahí empiezan a aparecer “*volcanes*”, que son deslizamientos de tierra que se va y con ella, se lleva carreteras, casas, plantas...

Por otro lado, el *verano* son días de sol intenso, cuando se siente que pica la piel por la exposición del sol. Con un sol brillante y cielos azules con nubes blancas, se seca la tierra, y las plantas cambian. La prolongación de estos días genera sequías, baja el nivel de los ríos y riachuelos, la tierra se seca, se compacta. Estos cambios a veces se miden en periodos de días o meses. Por ejemplo, un día puede ser frío y con lluvia, y al siguiente día estará el sol

calentando y secando el agua que calló el día anterior. Pero también pasa que en ocasiones pueden pasar incluso uno o dos meses sin que cambie mucho el clima. Nombrar el cambio del clima es parte de la vida en las montañas y las plantas. El exceso de sol o agua afecta la vida de las plantas y de las personas, porque el clima también modifica los caminos y las prácticas de trabajo.

Figura 10– Neblina de invierno



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: Solar de doña Blanca

Entre las montañas y las plantas, el sonido de las aves marca el primer ritmo del día y después el ruido de los carros, motos y caballos que desplazan personas, cosechas y ganado hacia el casco urbano o hacia las veredas. Algo que hay que resaltar del municipio es que la mayoría de caminos no tienen cemento. Está pavimentada parcialmente la carretera que une el casco urbano con el municipio de Salamina, la vereda del Tambor y la vereda en de la Felisa al margen del río Cauca. La gran mayoría de los caminos como se dice son: *destapados o trochas*, —hechos de tierra, barro y escombros—. Muchos de los terrenos de cultivo están conectados por estos caminos; algunos son tan estrechos que solo se pueden bajar a *bestia* —caballo, mula o burro— o a pie. Lo que implica que muchas veces las cosechas salen de estos lugares cargada al hombro o a lomo de *bestia* hasta encontrar camino donde entre el Jeep o un camión. Como la vida se hace en la montaña, subir y bajar, es parte de la técnica para habitar estas tierras de cultivo. Aquí es fundamental aprender a caminar las montañas, es decir, movilizarse de forma correcta para que al subir y bajar no se lastimen las rodillas, ni la espalda, y donde dicha técnica también asegure el no rodar por la ladera. Aquí hay caminos, donde en un día de lluvia o después de muchos días de sol, resbalar podría significar caer por la montaña.

El trabajo que se hace en las montañas junto a las plantas se hace con el cuerpo, y así, el cuerpo es primer instrumento del trabajo. Entonces aquí sembrar no es solo una práctica, es también una forma de vida basada en técnicas corporales, con el desplazamiento por los lugares de cultivo, el trabajo de recoger y cargar. Hay cafetales tan empinados que es difícil imaginar cómo alguien consigue abonar y recoger café. Aun así, no solo se camina la montaña, sino que se *carga*. Caminar y cargar cosas es parte del trabajo, a veces es cargar herramientas como machete, palas o abonos y otras veces es cargar los dones de las plantas, hojas, frutos, raíces y/o troncos. Por ejemplo, se carga el *coco* —recipiente de plástico— cargado de café, la guadua, la caña, plátano, banano o guineo, junto con otras recolectas menos pesadas como hojas, tubérculos o frutos pequeños. A diferencia del cultivo del café en otras partes del mundo, el terreno montañoso (800–1800 msnm) dificulta seriamente el uso de maquinaria industrial para el manejo del cultivo, lo que obliga a depender en gran medida del trabajo manual. Así, en trabajo del cuidado y recolecta de las plantas es 100% manual.

Con el cuerpo y sus técnicas se trabaja recolectando, cortando, cargando, subiendo y bajando. El esfuerzo que implica es exaltado en la palabra utilizada por los campesinos como: *guapa* o un *guapo*¹. Ser *guapa* es una connotación que solo se le da a quien trabaja duro. Es un nombramiento que no es fijo, es dinámico y se gana a diario con el *que hacer* con las plantas. Así, en el caminar, recolectar y sembrar, es una forma de ganar un espacio social de aceptación y respeto dentro de la comunidad. Incluso conocí a un par de hombres que, a nivel local, son considerados personas con discapacidad física y/o intelectual, y que, mediante su trabajo de cargar y descargar café, llegan a formar parte activa del colectivo social.

Es común escuchar entre los habitantes que al trabajo también le dicen: *los destinos*, es decir, lo que se tiene que hacer. Aquellos destinos se ejecutan a lo largo del día y estarán basados en las necesidades de las plantas, que son demandas hechas en ese lenguaje corporal de cada especie en el que se expresan y se comunican. Los *destinos* se ejecutarán con el cuerpo en una variedad de técnicas basadas en la vida con la montaña. La demanda energética del cuerpo humano que es requerida por las plantas es muy alta. Cuando se trabaja con plantas “siempre hay algo que se tiene que hacer”. En estas prácticas diarias la vida junto a las plantas se vuelve literal. Un trabajo que empieza temprano con el sol y se acaba al atardecer.

3.1 Caminar por los solares y cafetales, un primer contacto con los Vínculos sintientes

Caminar fue una de las principales formas a través de las cuales se fue configurando esta investigación. En el ejercicio cotidiano de andar por las calles, observando con atención los caminos, los jardines y cafetales, fui conociendo a muchas de las personas vinculadas a este trabajo. Algunas aparecieron en el simple acto de caminar y observar; otras, al ir formando parte del entramado de relaciones que sostiene la vida diaria en el lugar. En el 2019 conocí a doña Blanca, mientras recorría las calles, mirando a través de jardines y puertas entreabiertas, su jardín captó mi atención: en apenas unos segundos de observación vi un pasillo angosto que conducía a un amplio espacio lleno de flores de colores vivos. Esa imagen me hizo detenerme. Me acerqué a la puerta y golpeé; desde el fondo del pasillo apareció una

¹ Su uso dependerá de la identidad de género de cada persona.

mujer mayor que, al aproximarse, dejó ver su cabello completamente blanco. Desde ese primer encuentro, doña Blanca se convirtió en una figura fundamental en la búsqueda de conocimientos sobre las plantas de uso medicinal, y el vínculo establecido entonces se ha mantenido a lo largo del tiempo.

Doña Blanca es una mujer campesina, bisabuela, que ha vivido toda su vida en La Merced. Su trayectoria vital está profundamente enredada en los vínculos multiespecie que sostiene con las plantas. Durante mi tiempo en el municipio, viví bajo su techo, recibiendo de ella cuidado, alimento y afecto. Juntas conversamos, compartimos y habitamos su solar y jardín. Nuestro vínculo también se sostuvo a lo largo del tiempo en nuestra forma de habitar el mundo como mujeres. La confianza y el afecto se enmarcan en una cierta “normalidad” del cuidado socialmente asociada al género femenino. En este sentido, junto a ella compartí espacios, prácticas y saberes que suelen ser habitados por mujeres, como la preparación de alimentos, el uso de plantas medicinales y diversas tareas de cuidado.

Doña Blanca, mantiene una colección diversa de plantas —más de cien especies para un observador atento—. Ella, distingue claramente entre jardín y solar, no por rejas ni muros, sino por organización y uso:

El jardín es un espacio pequeño donde hay algunas plantas, como por ejemplo el antejardín, un pedazo de tierra al frente de la casa. Y el solar es ya donde uno siembra más cosas, porque es más grande, no tan grande como una finca, pero sí suficiente para tener la huerta. (ENTREVISTA BLANCA, 2022).

Vivir en su casa me permitió observar —y a veces participar en— los intercambios cotidianos tejidos alrededor de las plantas: vecinos llegando por remedios medicinales, trayendo frutos de sus huertas para compartir.

Cuando hablo con doña Blanca, ella me relata como *cargar* ha sido parte de la vida. Incluso, en ocasiones me ha mostrado como unos de sus hombros es más agachado que el otro. Esto debido a que cuando ella era una niña, el agua que utilizaban en su casa debía ser transportada desde los pozos o quebradas. Así, aprendió a caminar la montaña subiendo agua, en su cuerpo hay marcas sobre ello. Desde pequeña, ayudaba a su abuela y a su mamá cocinando y organizando la huerta, ejerciendo el rol de cuidadora, alimentadora y

trabajadora. Siempre había que subir leña, cargar agua, cocinarles a los trabajadores, ayudar en los cafetales, recolectar el *pancoger* —cultivo de plantas para el alimento familiar: el maíz, el frijol, yuca, plátano— barrer, trapear, lavar, cuidar a los enfermos, entre otras tareas. En sus palabras, “yo desde niña fui muy *guapa*”, haciendo referencia al trabajo que ya sabía hacer desde pequeña. Incluso menciono que en los días más ajetreados debía comer parada y no reposaba.

Doña Blanca ha vivido entre trabajos y plantas. Muchas de las cosas que sabe sobre plantas y que haceres le fueron enseñadas por su abuela y su madre. Toda su vida ha estado junto a las plantas y sus frutos. Vivir con ella, me permitió observar estas especies como compañeras de vida campesina. En su solar y jardín siempre hay plantas con flores y hojas llamativas (Figura 11). El lugar donde están las plantas es un lugar dinámico. Las plantas se transforman, desaparecen y reaparecen. Ella intenta tener diferentes especies, las conserva, pero como me ha dicho “ellas se pierden y vuelven y aparecen”. Aceptando que algunas veces nunca vuelven. Así el jardín y el solar están en constante transformación, la convivencia de diferentes especies marca ritmos polifónicos, donde cada especie tiene una agencia, y al igual que doña Blanca, transforman el lugar que habitan.

Figura 11– Doña Blanca en la parte alta del solar



Fuente: Archivo de la autora (2019).

Nota: Doña Blanca se encuentra de pie en la entrada del solar, que se extiende cuesta abajo siguiendo la montaña.

El solar de doña Blanca parece ser un terreno difícil, es una ladera empinada. Ella, con su cabello blanco con más de 70 años, baja y sube con confianza el solar, conoce y reconoce lo que co-habita allí. Ella gestiona el terreno desde su propia energía y trabajo, y en ello, las plantas junto a otros bichos viven en este espacio de tierra. Los caminos que recorren el solar, se mueven horizontalmente. Algunos caminos dentro del solar están más marcados que otros. Ella conoce la montaña, sabe subir y bajar. La forma en que ella camina por el solar es una técnica basada en toda una vida de vivir en la montaña y en cultivo plantas que sustentan la vida. Los caminos del solar están marcados por los años las andanzas de ella, su esposo y sus hijas (o).

Las primeras veces que la vi bajando al solar, no me animaba a bajar con ella, no podía ver el camino, entonces, generalmente la esperaba arriba, observándola moverse con naturalidad. Fue de a pocos que empecé a entrar al solar, a medida que iba entrenando el arte de la observación de los caminos marcados por sus pasos. Las primeras veces que entre, siempre bajé con ella. Caminando detrás, siempre prestando atención donde pisa y como lo hace. Imitándola esperaba no caer o dañar el camino. Caminar por este solar, es observar atentamente. Durante los días de mucha lluvia doña Blanca no baja, porque la tierra se vuelve lisa y el terreno es inestable. Generalmente baja en los días soleados y cuando necesita recolectar algo de la huerta. Así, bajar es observar que plantas tienen frutos, o buscando plantas en específico. Del solar hemos subido café, plátanos, arracacha, naranjas, aguacates y en momentos específicos, plantas para usarlas como medicina, como poleo.

Caminar aquí, es un asunto de conocer y reconocer las plantas. En el solar de doña Blanca, donde conviven diversas especies, resulta fundamental reconocer las plantas en sus distintos estados de desarrollo. Allí coexisten plantas muy pequeñas, recién germinadas a partir de semillas, junto a otras en etapa reproductiva; algunas presentan ciclos de vida de pocos meses, mientras que otras llevan años creciendo en ese mismo espacio. Una

experiencia de más de 40 años habitando el espacio, un espacio que es cambiante por la diversidad que lo habita.

Ella siembra diferentes tipos de plantas, principalmente plantas para alimentarse, pero en su solar también hay plantas que llegan por el viento, el agua o porque son transportadas por otros animales. Reconocerlas en el terreno es importante para no lastimarlas o dañarlas. Convivir con plantas es una experiencia empírica que con el paso del tiempo se convierte en conocimiento. En este solar, las plantas crecen en una lógica marcada por la cohabitación, entre las plantas y doña Blanca, animales, insectos y hongos, microorganismos.

En esta relación multiespecie de doña Blanca con las plantas, pude observar por primera vez cómo categorías como “planta alimenticia, medicinal, ornamental, nativa, maleza, entre otras” se vuelven insuficientes cuando se miran desde un ángulo más amplio, en relación con otras especies. Estas categorías no desaparecen para doña Blanca —siguen orientando la forma en que nombra, clasifica y maneja las plantas—, pero se desdibujan y reacomodan cuando se considera el entramado de vidas con el que conviven. En una trama de vida más amplia, las plantas adquieren múltiples significados según los usos, relaciones y contextos en los que se inscriben. No se reducen a una única definición o uso; son polisémicas en tanto participan simultáneamente de múltiples relaciones que exceden las categorías humanas, articulando prácticas de cuidado, intercambio y vida compartida

Las plantas sostienen la vida y, en un espacio cultivado como este solar, atraen distintas especies de aves; hay diferentes tipos de arañas y otros bichos que viven y se alimentan allí. Las plantas, como seres, tienen la capacidad de moldear el entorno. Alimentan la vida misma a través de sus hojas, flores y frutos. También sirven como hogar: sus troncos, tallos y raíces son lugares de habitación para otras especies. Muchas semillas son dispersadas por el viento y el agua, pero también coexiste una complicidad para reproducirse. Hacen intercambios con nosotros (animales, microorganismos y hongos), y así sustentan la vida.

Vivir entre las montañas de la Merced, entre campesinos, plantas y otras especies, deja claro que la idea donde una planta que está “sola”, solo correspondería con una idea estéril de separación y purificación². Los campesinos están acostumbrados a interactuar con

² LATOUR, 2007.

otras especies que viven entre las plantas. Algunas de ellas son clasificadas³ como buenas y bienvenidas como algunas especies de mariposas y aves, y otras como nocivas o peligrosas, como serpientes, y algunas especies de orugas. Es que el cuidado como ética practica implica atención, prudencia y límites. Tiene que ver con lo que es aceptado en esas clasificaciones, y no solo de un afecto.

En el caso del solar, doña Blanca es una mujer de edad avanzada, por lo que las labores que actualmente realiza en este espacio están atravesadas por sus capacidades de movilidad y por sus propios ritmos de trabajo. En este sentido, el trabajo del cuidado también está mediado por la energía de quien lleva a cabo estas actividades. Es posible suponer que, en etapas anteriores de su vida, la huerta implicaba dinámicas de manejo más intensivas.

Cuando converso con doña Blanca sobre las plantas, sus relatos se entrelazan con memorias que remiten a su madre y a su abuela. Evoca vecinos, lugares que ha recorrido, trabajos realizados y especies que ya no se encuentran en el municipio, así como transformaciones del terreno y de los espacios. Se trata de recuerdos atravesados por dimensiones generacionales, en un contexto en el que parte de su familia ha migrado hacia otros lugares. No obstante, ella continúa viviendo y conviviendo con las plantas como una forma de habitar el mundo. Aunque existe la posibilidad de migrar junto a su familia, no se concibe fuera de La Merced, de su casa y de su solar.

En esta relación profunda con las plantas se configura un entramado de memorias que se activan a través de los sentidos. Esto se hizo evidente mientras me enseñaba sobre plantas medicinales: sus narraciones estaban acompañadas de descripciones detalladas de las características físicas de cada especie, aquellas que permiten diferenciarlas y reconocerlas en medio de la diversidad del entorno. Me narra sobre los caprichos de algunas especies, donde solo les gusta crecer en lugares específicos. Doña Blanca a través de sus narraciones y cuando me enseña con las plantas, también me demuestra que la experimentación de la vida humana con ellas se establece a través de vínculos sintientes.

³ “À medida que o tempo passa e que acumulamos experiencias, investimos cada vez mais no nosso sistema de etiquetas” (DOUGLAS, 1966. P.31)

Las plantas con su agencia son especies compañeras⁴, por excelencia, donde acompañan y son parte fundamental de la vida humana y más que humana. En estas historias entrelazadas se desarrolla el cultivo de diferentes especies. Vivir junto a doña Blanca, habitando su solar y su jardín, aprendiendo a caminar la montaña y aprendiendo a reconocer las plantas. Es una forma de reafirmar que caminar y observar es parte del quehacer cotidiano, los conocimientos botánicos no existen separados de las experiencias sensoriales y técnicas corporales. Conocer las montañas es conocer a sus habitantes y junto a ellos recorrer los caminos.

3.2 Hay que bajar con mañita: cafetales y casas cafeteras

Conocí a don José porque es vecino de doña Blanca desde hace varias décadas. Es un campesino de más de 70 años, oriundo de Támesis, un municipio de Antioquia. Desde que se casó con doña Esneda, vive en La Merced. Es una persona muy activa, siempre está haciendo diferentes *destinos* en su tierra. Los *destinos* lo ocupan casi todo el día: cosecha café, caña, plátano y cultiva otras plantas que alimentan vidas humanas y más que humanas.

Muchas veces, cuando yo no estaba en la casa de doña Blanca, es porque estaba en la casa de don José y doña Esneda. Allí solía pasar horas dentro del cafetal, observando aves, mirando flores, conversando con doña Esneda o escuchando las historias de don José. Este cafetal tiene diferentes especies sembradas en los bordes. Al igual que el espacio de doña Blanca, es una polifonía de ritmos: a lo largo de los años en que he visitado el lugar, he visto cómo las plantas cambian; algunas especies desaparecen por un tiempo y luego regresan, creando un ciclo constante de transformación cuya fluidez los campesinos saben manejar con cuidado y conocimiento.

La casa de don José y doña Esneda es una típica casa cafetera. Una casa construida para *beneficiar* el café —proceso de pelar el fruto y secarlo—. Este tipo de casas suelen tener uno o dos pisos, con pasillos largos y sobre la casa, hay una plancha de cemento para secar

⁴ HARAWAY, 2019

el café. Las casas tradicionalmente construidas de bahareque —técnica que utiliza la mezcla entre guadual y barro /arcilla—, ahora se construyen en cemento y ladrillos.

Esta casa cafetera, además de los cuartos de habitación —dormitorios, cocina y baño— tienen cuartos para guardar herramientas, bultos de abono y el café seco. Además, en algún lugar de las casas, por ejemplo, en los sótanos, es donde está la *despulpadora* —una máquina metálica que quita la cáscara del grano del café—. Estos granos caen a un tanque donde se lavan. Después de ese proceso, los granos se ponen a secar en la plancha de cemento del segundo piso —*Helda*—. La *helda* por lo general tiene un techo móvil que se abre y se cierra para dejar expuesto el café directamente al sol. La casa está compuesta por un pasillo largo con varias puertas, es una casa abierta. Normalmente el pasillo de la casa tiene de un lado las puertas para entrar a los cuartos y al otro una cerca de madera que hace de balcón. Generalmente en ese pasillo hay sillas, muebles o el comedor. Así se facilita la circulación, optimizando el espacio y adaptándose a las necesidades del cultivo y procesamiento del café. La casa está construida para estar sentado en el sofá o el comedor y a la vez poder mirar y estar atento al jardín o al cafetal. No suele haber una pared que separe las áreas comunes y el área de sembrado. La casa, rodeada por la huerta y el cafetal, refleja la relación que tienen los campesinos con sus plantas. Así, entrar a la casa es no sentirse encerrado, y salir de cualquier cuarto es encarar de frente el cultivo.

Como siempre estaba allá, un día don José me invito a caminar para conocer un cafetal de un amigo de él. Esta historia es más sobre el camino, la conversación y el paisaje, que sobre el amigo de don José. Un día a media mañana emprendimos el camino hacia allá. Don José llevaba botas de caucho negras y un sombrero blanco con rayas; en el cinturón, la vaina con el machete, y en la mano, un palo de madera que le ayudaba tanto en la bajada como en la subida. Empezamos a descender por una carretera en *trocha*, hecha de tierra y escombros. El día anterior había llovido, de modo que el camino estaba embarrado y resbaloso. Comenzamos a caminar y a descender rápidamente por la montaña (Figura 12). Mientras avanzábamos, Don José me decía: “Hay que bajar con *mañita*”, refiriéndose de manera explícita a la necesidad de hacerlo despacio, con calma y prestando atención al lugar donde se pisa, e implícitamente esta oración se refiere a la técnica de caminar en la montaña: alinear

la rodilla con el pie, bajar en algunos tramos de lado y asegurarse con pasos firmes, pisando con fuerza para evitar deslizarse.

Figura 12 – Entre cafetales: caminata con Don José en un día de invierno



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: Caminando por la trocha, entre cultivos de café. Al lado izquierdo un cafetal recién soqueado para la eliminación y, al lado derecho, un cafetal de plantas jóvenes.

El acto de caminar siempre se presenta como una oportunidad de hablar de las cosas que vemos y nos hacen pensar. Don José ha sido durante muchos años cafetero, y caminar entre los cafetales, nos permitió hablar sobre ello. El café es una planta presente en todo el municipio y muchas de las historias narradas por los campesinos está enmarcada entre

cafetales. Desde el inicio de la caminata podíamos ver como estaban las montañas parcialmente cubiertas por neblina, era un día frío, además, desde el inicio del descenso empezó a delinearse el paisaje que nos acompañaría hasta la casa de su amigo: distintos cafetales. Algunos tenían sombrío de plátano y otros no contaban con plantas que dieran sombra. Vimos cafetales con plantas maduras, llenas de flores blancas; otros con pepas verdes; otros con pepas rojas. También encontramos cafetales recién *soqueados*, es decir, podados para que el árbol crezca de nuevo, e incluso unas recién sembradas, con pequeñas plantas de aproximadamente cincuenta centímetros de altura.

Mientras caminábamos con mañita, Don José empezó a narrarme sobre el café:

¿Vio la luna anoche? Esta madrugada la miré y estaba muy hermosa... Tengo ganas de soquear los palos de café de la casa, eliminarlos, mejor dicho. Después de cortar los troncos bien arras del suelo, me gusta arreglar el suelo antes de sembrarlos. Yo abro los hoyitos del café y los dejo ahí hasta que les caiga agua de lluvia. Después de que llueva le voy a sembrar los palitos nuevos. Así los arbolitos tengan suelo con agüita y no seco. Es que eso se ponen más tristes, lo mismo que uno. Las plantas porque no hablan, pero ella sí oye y entiende, es como nosotros.

(...) Esto aquí no era así, usted veía todas esas laderas llenas de café, plantas lindas, pero ya no. El café daba a toda hora en este lugar, pero ahora el café se acabó. Antes era normal que hubiera café distribuido por grandes tierras. Eran común los terratenientes. Ahora, solo existen minifundios, pequeñas tierras, para que el dueño pueda trabajarlas solos o con la señora. Ya los grandes terrenos no existen porque no hay quién los trabaje (2025).

En el relato de Don José, el paso de grandes propiedades de terratenientes a minifundios no aparece como efecto de una reforma agraria formal, sino como resultado de un largo proceso histórico: la colonización antioqueña que consolidó la pequeña propiedad cafetera, las crisis sucesivas de la caficultura marcadas por plagas como la roya y la broca, la intensificación técnica que hizo el cultivo en ladera aún más laborioso y la migración de jóvenes, que redujo la disponibilidad de mano de obra⁵. En estas montañas donde todo se hace a pie y con el cuerpo, mantener grandes extensiones de café se vuelve inviable; por eso, como dicen los propios campesinos, hoy predominan pequeños pedazos de tierra que el dueño puede trabajar “solo o con la señora”.

⁵ PALACIOS, 2009.

Al llegar al lugar era una casa cafetera con un pasillo largo con puertas y con un balcón rojo con puertas rojas. En la casa no había nadie, entonces entrando por el cafetal de la casa empezamos a descender la montaña entre el café. Durante esta parte del recorrido nos acompañó una pequeña gata naranja, que saltaba entre las rocas y se movía entre los árboles de café. Don José me dice “Paulita, mire bien por donde pisa”, pues, como en el solar de doña blanca, caminar aquí, es un asunto de conocer y reconocer las plantas. La planta que más estaba presente era la del café, árboles altos, que nos cubrían la cabeza. Sembrados tan juntos que podía sentirse como dentro del lugar quedaba atrapado el calor y la humedad. Entonces, así resultaba contrastante el frío del día, con cielo parcialmente nublado y neblina cubriendo la montaña, en relación con el calor dentro del cultivo.

Dentro del cafetal siempre hay otras especies. Siempre hay que estar pendiente, pues algunas especies resultan inofensivas, como la gata naranja o los pájaros, sin embargo, otras como orugas y serpientes podrían lastimarnos en legítima defensa. De este cafetal me llamó la atención que tenían sembradas otras plantas, como plantas de plátano y banano, pero además de eso, vi una planta de yuca con hojas moradas, lo cual nunca había visto. La tierra que pisábamos estaba húmeda y negra, tierra bien abonada. Descendiendo por la ladera del cafetal, nos encontramos a una mujer que es pariente del amigo de don José, ella nos dijo que tal vez el pudiera estar más abajo, así, que seguimos descendiendo. Lo curioso de vivir en la montaña es la noción de saber que entre más bajas, más tendrás que subir. Bajando, entre el cafetal divisamos una casa. Fue allí que nos quedamos esperando al amigo de don José que estaba en el casco urbano.

Estar entre plantas es un ejercicio constante de observación. Como aprendiz de estos conocimientos botánicos, entrenar este sentido es vital, así que mientras esperábamos, empecé a caminar y observar las plantas cercanas a la casa. Con el paso de los años he ido construyendo un inventario personal. En mi mente relaciono las características físicas de las plantas con sensaciones y recuerdos. Así, he podido notar cómo cada vez me resulta más fácil diferenciar y reconocer las especies. Esto se debe a la práctica constante a lo largo del tiempo y a un interés innato por las plantas con las que me relaciono en mi día a día, lo que me permite conocerlas y reconocerlas con mayor claridad. En aquel lugar, la especie más presentes era el café y el segundo lugar, el plátano. Sin embargo, cerca de la casa había

sembrada una variedad de plantas como yuca (mandioca), maíz, romero (alecrim), sábila (babosa), aguacate. También, había limoncillo (capim-limão), brevo (figo), cebolla, cidrón (erva-cidreira), cilantro (coentro), papaya (mamão), limón y naranja. Además, había muchas plantas de flores había heliconas, zapatos de Obispo y otras que no tienen un nombre común, pero sí una presencia en los jardines del municipio. Incluso entre las plantas pude reconocer una de marihuana.

La casa al estar en medio del cafetal, se sentía el ambiente húmedo, había mucha sombra y desde allí no se alcanzaba a ver desde donde veníamos, ni las montañas de alrededor. Don José y yo tardamos unos 30 minutos en bajar. Lo impresionante: su amigo llegó en 15 minutos, descendiendo a gran velocidad. Lo vi bajar por el cafetal dando pequeños saltos entre plantas: cuerpo seguro, pisadas firmes, un abalanzamiento preciso que le permitía descender rápido sin rodar. Hasta me hizo relacionarlo con el descenso de la gata naranja. Porque caminar en la montaña es cuestión de confianza: bajar con miedo es probablemente caer. Presentada al amigo, don José propuso subir de nuevo. Así empezamos el ascenso —esta vez más rápido que el descenso—. El esfuerzo físico aumentó; aquel día comenzó con un clima frío, pero terminó caliente por el aumento de mi temperatura corporal tras la caminata.

Mientras subíamos, don José y su amigo comenzaron a hablar sobre los cafetales:

Don José: los terrenos se miden por su capacidad cafetalera, dependiendo de cuántos árboles de café se pueden sembrar. Hay fincas con 300 hasta más de 1000 árboles.

Sobre los minifundios, se prefieren pequeños pedazos de tierra que puedan ser trabajados con las propias manos antes que grandes extensiones que exijan contratar mayordomos y trabajadores. Es más fácil reclutar trabajadores si llegan en moto, pero muchos caminos solo son transitables a pie o a caballo. Los trabajadores no se animan a bajar, y si no tienes un terreno grande, se te pierde el café. Por eso optan por minifundios manejable, para poder trabajar nosotros sin depender de terceros ni cuartos.

Después de toda la travesía de bajar y subir nuevamente la montaña. Se pueden denotar algunas cosas: conocer un territorio se hace a través del movimiento de caminar y la observación activa. Habitar el espacio de esta forma, es poder tener conciencia de la transformación de los espacios que son habitados por plantas, de lo dinámicos que pueden

llegar a ser. Un mundo más que humano que constantemente se transforma. Caminar y observar te permite experimentar estos cambios, el cambio sutil de una planta, un suelo que cambia de tono por sus compuestos, montañas por las que corre el agua y se modifica, tierra que se desliza, situaciones que no son estáticas. Las plantas cambian, mueren, nacen, y junto con ellas, las demás especies. Una vida multiespecie a través del caminar y el observar, nos lleva a un tiempo de -ahora-, caminar prestando atención, cuidando el paso, mirando las plantas y quienes las acompañan, observar que la vida y la muerte están presentes. Viviendo un tiempo compartido donde lo más que humano vive a su ritmo, y nosotros lo acompañamos.

Ese conocimiento de las plantas nace de los sentidos y de los vínculos que se establecen con ellas. Don José me habla de lo que observa en los cafetales que recorrimos; sus recuerdos y percepciones se activan para reconocer lo que cada planta de café expresa. Identifica el estado del cafetal a partir de las características de las plantas: el ancho, largo y forma del tronco; los colores y texturas de las hojas; la cantidad y las sutiles variaciones cromáticas de las flores; así como el tamaño y la forma de la semilla dentro del fruto una vez abierto, y la manera en que crece.

Los cambios son observables para quienes mantienen una relación constante con las plantas. Quienes desarrollan un vínculo sintiente pueden decir que las conocen: saben qué necesita cada planta y se preocupan por su bienestar. Esto implica conocer y habitar un tiempo más que humano, al que se accede a través del hábito de caminar y del trabajo cotidiano de cuidado.

Cultivar implica remover y nutrir la vida del suelo para que la planta pueda crecer en él; dar agua y sol, y observarla con atención para brindarle cuidado. Desde la perspectiva campesina, lo vegetal mantiene formas de comunicación perceptibles para quienes cuidan la tierra. A través de variaciones sutiles: movimientos, cambios en la coloración o modificaciones morfológicas, las plantas transmiten información sobre la calidad del suelo, la disponibilidad de agua o la intensidad de la luz solar. Se trata de un lenguaje tenue, pero inteligible para quienes desarrollan una relación atenta con el cultivo, en el que lo viviente expresa su “sentir” y su capacidad de agencia. Las especies gestionan sus propios ritmos: aceptan o rehúsan ciertos espacios, prosperan cuando las condiciones les resultan propicias y detienen su crecimiento cuando no lo son. Los vínculos sintientes radican en la misma

naturaleza de la relación del cuidado. Por eso, cuando se cuidan plantas de cultivo se trabaja desde la conciencia de la agencia de las plantas.

3.3 “Yo nací en el cafetal”: vínculos sintientes con la planta del café

La Merced tiene una trayectoria histórica con la planta del café. Como mencioné, representa el principal ingreso económico del municipio. Los cafetales constituyen la base de la economía local, articulan trabajos y prácticas que giran en torno a esta planta.

Para encontrar caficultores, caminé atravesando el casco urbano hacia el sur, dirigiéndome hacia la vereda de Llanadas. Las historias de esta sección pertenecen a campesinos-caficultores. Principalmente son hombres quienes cultivan café, ya sea en tierra propia o como trabajadores.

Los campesinos con quienes conversé —y junto a quienes recorrí los cafetales— dicen: "Yo nací en el cafetal". Cada uno narró historias sobre el cuidado de la planta, acompañadas de muestras concretas: hojas, tallos, flores y frutos. Incluso observamos cómo interactúa con otras especies —algunas nocivas para la producción—, como el grano verde infectado por la broca o las hojas manchadas por la roya.

En los cafetales, las vidas se mezclan y siempre hay algo más que la planta del café. Aunque existen manuales técnicos sobre su cuidado y métodos para medir la producción, las historias que emergen aquí forman parte de la narrativa campesina sobre una vida vivida en cercanía constante con la planta. No se trata solo de prácticas productivas, sino de una relación prolongada en el tiempo (Figura 13).

Figura 13 – Recorrido por el cafetal que trabaja don Luis.



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: Don Luis camina por el cafetal. Un terreno habitado, cuidado y trabajado por más de veinte años, donde se entretienen memoria, práctica y paisaje.

Lo que caracteriza los vínculos sintientes es su duración y recursividad: no son percepciones aisladas, sino capas de experiencias acumuladas a lo largo de los años. Estas relaciones se observan y se escuchan en relatos cotidianos. Frente a técnicas estandarizadas, los campesinos describen sus propias formas de sembrar...

La planta de café necesita condiciones óptimas —suelo, clima, altitud— para generar flores que eventualmente se transformen en frutos. Frente a técnicas estandarizadas, los campesinos siembran cada "palo" a 1-1.5 metros de distancia. Me explican que tarda tres años en producir las primeras flores.

Los árboles se dejan crecer durante 5-7 años hasta la primera soquea, cuando la producción de flores y frutos disminuye. Soquear consiste en cortar la planta casi por completo, dejando una pequeña parte del tronco para que retoñe. La mayoría renace y rinde otros 5-7 años, según su vigor. Cuando produce cerezas pequeñas, secas o pocas flores —"mala calidad"—, se soquea de nuevo, esta vez para eliminar el cafetal.

Algunos campesinos nombran como otras variedades de café tenían más tiempo de vida con los frutos, como el Caturra, que no crecía mucho, pero duraba unos 12 o 15 años para soquearlo la primera vez. Esas otras variedades son muy susceptibles al hongo de la roya, así que los campesinos siembran la variedad Castillo, que es más resistente y es promovida por la FNC.

El manejo del cafetal requiere conocimiento especializado y técnicas corporales específicas. Además de los cortes, la planta es cuidada con abonos y fertilizantes que le ayudaran a fortalecer las raíces y tener muchas hojas. Al igual que el *soquear*, el abonar es una práctica que se realiza en todo el cafetal, es un proceso que se hace planta por planta. Aplicar el abono es cargar un recipiente con la sustancia y distribuirlo en cada planta. Es probable que el lector que no esté relacionado con estos temas agrícolas tenga una imagen acústica del abono del café como tierra, pero no, en realidad son unas pepitas pequeñas de colores, son azules, rojas y negras, que son una mezcla de nutrientes esenciales para la planta⁶. Este uso del abono industrial es una característica de la mayoría de los cultivadores de café en la Merced.

Los campesinos aplican abono según las necesidades de la planta. Existe abono para el "levante" —cuando son pequeñas y necesitan fortalecer raíces y hojas—. Hay otro para la planta adulta, que estimula flores destinadas a convertirse en granos: se aplica tres veces al año —antes de que comience la cosecha, al final de esta, y a mitad del ciclo entre cosecha y nueva floración—.

Me advierten que los químicos no son lo mejor para el suelo: en exceso, queman la planta. Prefieren aplicarlos en invierno, cuando el suelo

⁶ Como nitrógeno (N), fósforo (P) y potasio (K).

está húmedo —así se protege mejor la planta y el abono se aprovecha íntegro—. En verano, el viento lo dispersa y el suelo seco no lo absorbe.

Los caficultores que conocí realizan el beneficio —despulsar, lavar y secar el grano post-cosecha—. Esto genera cascarilla, que tras descomponerse se convierte en abono orgánico.

Cuando hablamos del cultivo del café y los suelos, los campesinos hacen referencia al cambio de la forma de cultivar. Fue común escuchar: “Antes usted no necesitaba echarle nada al árbol” (ENTREVISTA JOSÉ, 2025). Esta afirmación condensa una memoria compartida sobre un suelo que, en el pasado, parecía sostener por sí mismo la producción. En ese entonces, el café crecía acompañado de otras plantas, y la tierra se nutría de manera orgánica, sin mayores intervenciones externas.

Por ejemplo, Doña Sol me dijo: “hoy en día uno tiene que trabajar más duro. Hoy en día no da el café como antes... Antes sí daba mucho, no se abonaba y dando. Hoy en día si no se abona no da nada. (...) Mi papá nunca abonaba, y usted hubiera visto esas cosechas” (ENTREVISTA SOL, 2025). En su relato, el suelo aparece ligado a la memoria familiar y a una forma de cultivo heredada, donde la productividad no dependía del uso constante de abonos químicos.

Ahora, “la tierra sin agroquímico ya no da. (...) A la tierra hay que ayudarle con el químico” (ENTREVISTA FERNANDO, 2025). Estas voces permiten comprender cómo el suelo no es concebido únicamente como un soporte físico del cultivo, sino como una entidad que se cansa, se empobrece y necesita ser “ayudada”. En las narraciones campesinas, la historia del café es también la historia de la transformación del suelo y de las relaciones que se establecen con él para que continúe dando vida, no solo al café, sino a cualquier planta que se intente sembrar.

Las memorias campesinas sobre un “antes” en que “usted no necesitaba echarle nada al árbol” y en que “no se abonaba y dando” contrastan con el presente en que “la tierra sin agroquímico ya no da” y “hay que ayudarle con el químico”, componiendo narrativas de un suelo que se cansa, se empobrece y exige cada vez más trabajo para seguir produciendo. Leer estas voces junto con la propuesta de María Puig de la Bellacasa en *Matters of Care* (2017) permite desplazar el suelo de un mero soporte inerte del cultivo para pensarlo como parte de

un “mundo más que humano” en el que “las relaciones de cuidado humano-suelo y las ontologías del suelo están enmarañadas, y aquello que “se piensa” sobre lo que es el suelo, claramente afecta los modos en que se maneja y se cuida. Desde esta clave, el “cansancio” de la tierra narrado por los campesinos revela un desfase entre los tiempos lentos de la regeneración ecológica y las temporalidades aceleradas de la agricultura intensiva, aproximando sus experiencias a la crítica que la autora hace a las formas de cuidado orientadas por la productividad, que invocan el cuidado mientras mantienen el suelo atado a un régimen de insumos y de extracción continua.

Aunque el cultivo de café se rige por lógicas productivas —se cultiva para vender granos, no para consumo local—, las relaciones humanas con la planta están atravesadas por prácticas de cuidado. Las plantas deben estar saludables para producir flores y frutos; así, los campesinos se ponen al servicio del cafetal para maximizar su rendimiento. Hablar de café es hablar de podas, abonos, insumos; pero también del pasado, de recuerdos y experiencias compartidas con la planta. Los campesinos forjan vínculos sintientes que les permiten leer su lenguaje: tras días de sol intenso, notan hojas más claras, ramas arqueadas.

A través de ella evocan otros tiempos, especies desaparecidas, formas de cultivar olvidadas. Esta convivencia constante revela las especies compañeras del café: roya, broca, musgos, enredaderas, aves, mariposas, abejas, serpientes. Caminar con Don José entre cafetales —escuchándolo diagnosticar cada rincón solo con la mirada— refleja un conocimiento acumulado: observa, interpreta, sabe qué necesita la planta.

3.4 Compañeras incómodas del cafetal: la roya y la broca

Escuchar las historias de los campesinos con el café es una situación común en estas montañas. Hasta ahora he argumentado como moldea la vida económica, y como el cultivo marca técnicas corporalidades y ritmos a través en la vida fértil de la planta — flores y frutos—. Siguiendo esta idea hay unos aspectos de la vida humana junto a esta especie, que quisiera resaltar. La idea de un cultivo “ideal” donde solo se tiene una única especie, se rompe en estos cafetales. Incluso en aquellos espacios de cultivo donde solo se siembra café, esta especie nunca está sola. Estar entre los cafetales y observarlos es una forma de corroborar

esta historia. Esta planta se inscribe en una polifonía de ritmos y de encuentros multiespecie, que por lo general los campesinos experimentan de primera mano.

Hablar con campesinos que tienen más de 60 años, es escuchar las historias del cambio de las especies de café. Escuché que antes se cultivaba el café pajarillo que “eran árboles muy grandes, sembrados a más de tres metros de distancia y aun así se tocaban las ramas. (ENTREVISTA GONZALES, 2025). Doña Esneda recuerda que eran tan grandes, que “cuando niños nos subíamos a jugar en ellos” (ENTREVISTA ESNEDA, 2025). Eran tan grandes que doña Blanca me dijo: “daba mucho fruto, esos *cocos* —recipiente donde se recolecta el café— se llenaban y aun el palo seguía con café” (ENTREVISTA BLANCA, 2025). Pero ¿qué les pasó a estos árboles enormes que describen? Apareció una de las especies compañeras más emblemáticas del café: el hongo de la Roya (*Hemileia vastatrix*), y ella modificaría el paisaje cafetero.

En términos agronómicos, la roya del café (*Hemileia vastatrix*⁷) se clasifica como un hongo parásito biotrófico y una plaga del café; sin embargo, en la experiencia cotidiana del cultivo se vuelve también un “compañero indeseado” del cafetal, parte del paisaje vivo del cultivo, cuya presencia obliga a afinar la observación, ajustar cuidados y recomponer una y otra vez las relaciones entre plantas, suelos y humanos. Vale la pena resaltar que el hongo actúa como hospedero de las plantas de café, estableciendo una relación de dependencia en la que requiere de la planta para subsistir. Esta precisión permite comprender la roya no únicamente como una plaga, sino como parte de una ecología más amplia. Su carácter problemático emerge, sobre todo, cuando se desborda en contextos de monocultivo, donde la ausencia de barreras ecológicas favorece su propagación y la convierte en una amenaza para la producción económica del café. No obstante, se trata de un organismo vivo que, como otros, busca persistir y reproducirse dentro de las condiciones que le son favorables.

⁷ “*Hemileia vastatrix* es un hongo biotrófico perteneciente al phylum Basidiomycota, orden Pucciniales (Uredinales), que causa la roya del café y puede provocar fuertes pérdidas de rendimiento en plantaciones. El género *Coffea* constituye su único hospedero conocido, por lo que el patógeno requiere contacto con tejido foliar vivo del café para completar su ciclo de vida.” Véase, por ejemplo: CROPLIFE LATIN AMERICA. *Roya del café (Hemileia vastatrix)*. Bogotá: CropLife Latin America, 2024. Disponible en: <https://croplifela.org/es/plagas/listado-de-plagas/roya-del-cafeto>. Acceso en: 4 feb. 2026.

Este hongo afecta directamente las hojas de la planta. Empieza como una mancha y se esparce por la hoja, haciéndola secar (Figura 14). Una planta necesita hojas sanas para prosperar; sin hojas no hay flores ni frutos. Cuando llegó la roya, las plantas enfermaron y la producción se vio afectada. Fue devastador para la economía y para los campesinos que vieron sus plantas afectas. Los campesinos suelen hablar de cómo la federación (FNC) y el laboratorio del café (Cenicafé) cruzaron plantas para crear otras variedades resistentes.

Los campesinos, junto a los cafetales, cambiaron para dar paso a nuevas variedades: Caturra, Colombia, Borbón y la más común en el municipio, Castillo. Para que el grano sea de calidad, es necesario el bienestar de la planta como individuo y del cafetal como conjunto. Los caficultores siguen la recomendación de la Federación (FNC): comprar semillas certificadas en la tienda de insumos de La Cooperativa.

Aquí convergen prácticas diversas: algunos compran semillas certificadas, otros adquieren plántulas en viveros, algunos seleccionan los mejores granos para germinarlos ellos mismos e incluso, cuando los frutos caen en condiciones óptimas, las plantas nacen espontáneamente. Todos coinciden: la variedad Castillo resiste la roya, porque la planta regenera las hojas afectadas, sin que la enfermedad sea mortal.

Así, caminando por los cafetales, los campesinos me mostraron plantas con las manchas amarillo-anaranjadas del hongo. "No la mata, pero ahí está", me dijeron.

La roya, que acompaña al café colombiano desde los primeros registros en 1983, transformó profundamente la relación de los campesinos con la planta. Su llegada marcó la desaparición de variedades como el pajarito: árboles de porte imponente, con más de dos metros de diámetro, donde los campesinos recuerdan haber jugado de niños y cosechado sin necesidad de abonar. Aquellos cafetales albergaban también árboles frutales de gran altura. La roya alteró las condiciones de adaptabilidad del pajarito hasta hacerlo inviable. Los campesinos lo recuerdan, hablan de él con nostalgia, pero concuerdan: ya no se encuentra, ya no se ve, desapareció.

Figura 14 – Don Luis mostrándome las manchas que deja la roya



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: La roya del café se manifiesta primero como pequeñas manchas amarillentas en las hojas, visibles en la superficie; esta planta es de la especie Castillo, resistente a la roya, pero no inmune.

Otra compañera indeseable del paisaje cafetero es la broca, un pequeño insecto (*Hypothenemus hampei*) que devora el fruto del café. Entra al fruto por un hueco que hace en la parte de abajo, de apenas unos milímetros. Una vez dentro, comienza a comerse el grano. Hablando sobre las plantas, escuché decir: "La broca es un animal devastador. Si la cosecha está en un clima caliente, se le devora al menos el 50% (...). Yo no conocí una plaga más brava que la broca pal café, ¡eee! plaga maldita" (ENTREVISTA JOSÉ, 2025).

Caminando por el cafetal, don Gonzales me dijo: "Mire, este granito puede producir cientos de brocas. Estas brocas salen a seguir invadiendo más (...), es un cucarroncito ahí, que vuela" (ENTREVISTA GONZALES, 2025). Me lo decía mientras abría un grano de café con la uña, mostrándome cómo lo que en condiciones normales es de color verde muy claro, cuando está infectado presenta una mancha café oscura.

La broca —insecto que prospera en climas calientes— impide y/o hace inviable tener cafetales en tierras bajas (0-1200 msnm) con poca lluvia, aunque está presente en muchos cafetales del país. Para los campesinos no es secreto: la mayoría de colombianos consumimos café de menor calidad, proveniente de granos afectados por broca, clasificados como pasilla.

Esta geografía desigual del gusto no es exclusiva de Colombia: el café premium va al Norte Global, mientras productores tropicales bebemos pasilla —frutos defectuosos por roya, broca u otras afectaciones⁸—. La broca oscurece y amarga el grano (Figura 15); es por ello que se tuesta el hasta casi quemarlo para disfrazar el "mal gusto" y venderlo.

La vida junto a la broca elevó el valor del café de montaña: a mayor altitud, mejor cosecha —la broca no prospera—. Esto lo comprobé en la compraventa de la Cooperativa de Caficultores del Norte de Caldas: el café triple A llegaba desde fincas ubicadas en la parte alta de La Merced (1600–2500 msnm). En contraste, la pasilla o el café de consumo, como explica Don José: “[En las compraventas] todo eso lo compran allá, así sea pasilla, todo eso lo compran (...) [ese café] es lo que nosotros nos tomamos, es más barato (ENTREVISTA, 2025).

⁸ Diversos análisis señalan que, pese a la imagen de Colombia como productora de café de alta calidad, el mercado interno se abastece en gran medida de cafés de menor calidad y de pasilla, mientras los granos de mejor perfil se destinan a la exportación (COOPCAFER, 2021; CAFÉCAFETERAS, 2022; EDUCAFÉS, 2023). En estos análisis se indica que gran parte del café de mejor calidad se orienta a los mercados internacionales, mientras que el consumo cotidiano en Colombia se realiza sobre todo con pasilla y mezclas de menor precio. A su vez, diferentes reportes sobre la pasilla describen este tipo de grano como el resultado de frutos defectuosos o de menor tamaño, tradicionalmente orientados al consumo interno o a segmentos de bajo precio, en contraste con los cafés especiales que se comercializan en mercados del Norte global (GAMBOA, 2022; CELIS, 2015; CAFÉCAFETERAS, 2022).

Figura 15 – Secado de café: granos sanos y afectados por la broca



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: Granos de café en proceso de secado, ubicados cerca del cafetal, donde se distinguen granos sanos (claros) junto a otras dañadas por la broca (oscuros). Una escena cotidiana que evidencia tanto el cuidado del grano como las marcas del insecto en la cosecha.

Para los cafetales que no están en la alta montaña, el cafetal requiere unos tratamientos que lo protejan o manejen la broca. Por ejemplo, se utilizan químicos que se esparcen en forma de aerosol. Todos los campesinos con los que hable me dijeron que no les gustaba fumigar. “La broca tiene una cura muy toxica” (ENTREVISTA GONZALES, 2025). En efecto, el químico que se debe poner al cafetal para matar la broca es muy fuerte. Los campesinos hablan de como el olor se esparce por los terrenos y enferma. Doña Martha, esposa de un administrador de un cafetal me dijo “Las gentes no tienen el equipo, no tienen las máscaras y así. Solo tienen el veneno y la cosa de fumigar —fumigadora—. Es que eso

enferma mucho, cuando fumigan en el cafetal de abajo, se sube ese olor a veneno” (ENTREVISTA, 2025).

Como cada campesino administra su cafetal a su manera, hay quienes fumigan a pesar de no quererlo, y otros que rechazan los químicos, siguen la recomendación de la FNC: la técnica RR. Esta consiste en recoger todo el café del suelo —sin dejar ni un grano que la broca pueda colonizar—. Un solo fruto caído pone en riesgo la producción entera.

En la tienda de insumos de la Cooperativa de Caficultores del Norte de Caldas, la mujer que atendía me explicó: "El RR es una iniciativa donde todos deben trabajar juntos. Este vecino puede controlar bien, pero si el de al lado no hace nada, no sirve. Es muy difícil. Hay caficultores más *juiciosos*⁹ que otros.” (ENTREVISTA LOCAL, 2025). Para tratar la broca con químicos, "todos los productos son líquidos. Cualquiera los puede aplicar porque llevan franjas amarilla y azul. Si fueran de franja roja, necesitarían fórmula de agrónomo. (...) Está el fentopen¹⁰, ese huele horrible y se tarda por ahí un mes el olor.” (ENTREVISTA LOCAL, 2025). Ese hedor persistente parece garantía de eficacia.

3.5 Entre granos y escamas: un día de cosecha

Durante la cosecha de noviembre de 2023. Había estado hablando con doña Blanca sobre la recolección de café, entonces ella me dijo “hay que aprender a recoger el café, sin lastimar a la planta” (ENTREVISTA, 2023). Esto me dejó curiosa, porque ella me explicaba que el asunto con “no lastimar la planta”, sería que, al tomar el grano hay que solo desprender el grano y no “el palito” que lo sostiene a la rama. De este palito crece una nueva flor, de manera más rápida, en comparación a si se recoge el café con el palito del que cuelga. Un

⁹ Expresión coloquial del español de Colombia empleada para describir comportamientos asociados con la responsabilidad, disciplina y constancia.

¹⁰ “El fentopen es utilizado para el tratamiento en diferentes plagas como la broca en el café, en el Maíz para el gusano cogollero, en la papa para el gusano blanco”. Disponible en <https://co.gowanco.com/sites/default/files/2023-04/FT-018-01-DEV%20FICHA%20T%C3%89CNICA%20FENTOPEN%20GC.pdf>. Acceso en 04 de fevereiro de 2025

buen recolector de café, ejecuta la técnica de manera eficaz, rápida y a su vez, solo recolecta la cereza.

Generalmente el pago por la recolección del café se calcula en kilos de cereza. En ese momento, estaban pagando 1 kl por 1.000 pesos colombianos. El trabajo consiste en recoger la mayor cantidad de granos al día para una buena ganancia. Doña Blanca me contaba que los más expertos podrían recoger 200kl, incluso más. La planta suele dar una gran cosecha unificada en el año. Es decir, durante el año las plantas en diferentes momentos de vida están produciendo o no. Cuando llega la bonanza que es cuando la mayor parte de los cafetales está lleno de cerezas. Los habitantes empiezan a trabajar directamente más con la planta y el tratamiento del fruto —el *beneficio*—.

Curiosa por la recolección, le pregunté a don José si podría recoger café con él. Al inicio de la conversación, él pensó que era una broma, a lo que le conté un poco lo que había hablado con doña Blanca. Le dije que quería que él me enseñara a recolectar. Aceptó abiertamente y quedamos en que podía acompañarlo al siguiente día en la mañana.

Cuando llegó el momento, el clima había estado lluvioso, de modo que el cafetal estaba embarrado. La ropa ideal para trabajar es pantalón y buzo de manga larga —que se ensucian sin remedio—, un sombrero, botas de caucho y el *coco*, que es un recipiente de plástico con el que se recoge el café. Este se amarra al frente del cuerpo con una cuerda en la cintura. Además, don José llevaba la vaina con el machete amarrada al cinturón.

Así preparados, nos adentramos en el cafetal. Recoger café en la montaña está basado en el movimiento corporal: el cuerpo es el primer instrumento de trabajo. Caminar, observar, recolectar y estar atento a la situación son acciones que se entrelazan constantemente. El cafetal de don José, como la mayoría de la zona, se encuentra en una pendiente pronunciada, de modo que caminar aquí es una cuestión de atención y cuidado. Un paso en falso podría terminar en una caída y, si el *coco* está lleno de café, en la pérdida de lo recolectado. Además, de exponer el cafetal a la invasión de la broca por los granos que se cayeron y serían difícil de recoger después.

Empecé a bajar por el cafetal detrás de don José, observando cómo descendía la montaña con seguridad, sin lastimarse las rodillas. Cada paso suyo revelaba un conocimiento

acumulado: dónde pisar, cómo distribuir el peso, cuándo apoyarse en el terreno firme. Comprendí entonces que esa técnica no se aprende en manuales: es un saber que se inscribe en el cuerpo a través de décadas de convivencia con la pendiente. Caminar por las montañas ya es particularmente exigente, pero en esta ocasión se sumaba el acto de cargar. Cuando se sube y se baja con el *coco* lleno de café, es necesario saber equilibrar el cuerpo junto a ese peso adicional. Además del equilibrio y la técnica al caminar, el clima es una variable importante: en época de bonanza, el café se recoge independientemente del sol o de la lluvia, y el estado del terreno afecta directamente la estabilidad y la seguridad del movimiento.

Caminando detrás de don José, él me dijo, que podíamos recolectar en la zona. Para ello, me explico la técnica para recoger el café. Hay que seleccionarlo: solo se recogerían los frutos rojos. Al tomar el fruto hay que hacerlo con cuidado y agilidad. Lo ideal es que en el *coco* solo debe haber cerezas rojas y no tanto pepas verdes, hojas y ramas. Así, empezamos la jornada, estábamos en el medio del cafetal, con algunas plantas de plátano cerca y el guadual al fondo. Estando de pie en la ladera, escuchando los sonidos de las aves pasar, en mi mente solo tenía una cosa clara, “hay que prestar mucha atención”. Atención para todo: para ver donde se pisa, ya que en el suelo hay ramas, hojas, y algunas veces partes de la planta del plátano, que cuando llueve —como el día anterior—, esas partes se ponen como babosas y lisas, un mal paso sobre esta materia y puedes deslizarte. Resaltando el hecho de que deslizarse con el *coco* lleno de café es algo que no puede pasar. También hay que prestar atención a la recolección, no lastimar la planta, tomar los granos. Además, observar las hojas, ya que algunas especies están por allí, hasta ese momento pensaba específicamente en orugas, algunas causan alergia en la piel por el tacto.

Mientras trabajábamos, don José me llamó. "Paulita, venga y vea esto". Cuando me acerqué a él, me señaló la copa de un árbol de café, de más o menos dos metros de altura. Me dijo: "¿Sí la ve?". Observé, pero no veía nada aparte de la planta. Me repitió: "Mire bien, ahí". Buscando con detenimiento, observé y encontré. En la copa del árbol había dos tonos sutiles de verde: el de las hojas brillantes del café, en un verde oscuro intenso, y otro tono más claro y mate. Era una serpiente.

Ella era grande. Su cabeza medía unos cinco o seis centímetros, y se veía larga ya que estaba enrollada en el tronco del árbol dando dos vueltas completas. Verla me dejó en shock.

Quedé fascinada observando su color y su presencia: toda una maestra del camuflaje. Estábamos allí los tres, observándonos.

En ese instante, el cafetal dejó de ser solo un espacio de trabajo para revelar su condición de territorio habitado por múltiples especies. La serpiente no era una intrusa: estaba allí porque ese también era su espacio. Su presencia, imperceptible a primera vista, daba cuenta de una agencia propia, de un estar-haciendo-mundo que excede la mirada humana orientada hacia la producción. Don José, con décadas de convivencia en el cafetal, había aprendido a leer esos signos sutiles —el leve desajuste de tonalidades, la forma no-planta entre las ramas— que delatan la presencia de otros seres. Su llamado a que yo mirara no era casual: era una enseñanza sobre cómo habitar un mundo multiespecie, donde prestar atención significa reconocer que nunca estamos solos entre las plantas.

Sin embargo, reconocer la presencia de otros seres no implica necesariamente aceptar su co-habitación. En cuanto mi mente estaba procesando la información, don José, sin pensarlo, sacó el machete de la vaina y mandó un *taje* —un golpe contundente con el filo del machete—. Por azares de la vida, la serpiente desapareció. Sé que el machete no la lastimó porque no hubo sangre y no la vimos en el piso, a pesar de que el golpe fue a matar.

Don José se justificó: "Las serpientes son peligrosas". Esta afirmación condensa una idea basada en experiencias específicas de personas con especies venenosas. En La Merced circulan historias que involucran serpientes, relatos que alimentan un sistema de clasificación¹¹ donde la especie queda marcada como mala, peligrosa o repulsiva. La serpiente, que momentos antes me había fascinado como presencia viva, se revelaba también como figura amenazante dentro del imaginario campesino: un ser que, aunque co-habita el cafetal, no puede ser tolerado cuando se hace visible.

Después del susto compartido por la serpiente, don José y yo seguimos. La vida continúa, la serpiente desapareció y nosotros continuamos con la recolección del café. El cuerpo permanecía alerta; la mirada, más atenta que antes. Grano por grano, uno a la vez, el trabajo continuó. Caminábamos con *mañita* para no resbalar en la pendiente, mientras nuestras cinturas, donde se amarra el *coco*, cargaban el peso del café hasta la parte alta del

¹¹ DOUGLAS, 1966.

terreno. Al terminar esa zona, subimos con don José el café recolectado. Más tarde, una vez finalizada la jornada de recolección, don José me llevó a despulpar el café y a dejarlo en la alberca.

Después del encuentro, y durante la jornada, mientras nuestros cuerpos seguían el ritmo del trabajo, mi mente insistía en volver a la escena: ¿qué hacer?, ¿cómo interpretar esa presencia? La serpiente, con su cuerpo, la intensidad de su color y la firmeza de sus ojos, se me revelaba como una figura desafiante. No solo estaba allí: su presencia cuestionaba la idea del cafetal como un espacio productivo dominado por una única especie, pensado desde una lógica de aislamiento y control.

Solo más tarde le pregunté a Don José si diferenciaba tipos de serpientes, reconociendo algunas como peligrosas y otras como inofensivas. Me explicó que sabe cuáles son altamente venenosas —como la mata ganado—, pero que, en general, opta por matarlas. Esa misma tarde, Doña Esneda me interpelló sobre cómo pude seguir recogiendo café sabiendo que una estaba cerca: "No descanso sí sé que la serpiente está por ahí". Ambos coinciden: representan un peligro inmediato y "lo mejor" es eliminarlas sin riesgos. Esta lógica nace de una convivencia prolongada: conocen sus hábitats —lugares húmedos, bajo rocas— y, desde esa experiencia acumulada, priorizan la seguridad corporal sobre la preservación del animal. ¿Cómo pude seguir trabajando? Pensé que ella también tendría miedo —al fin y al cabo, casi la matan—. Quizás asumía que había huido; además, me obligó a agudizar aún más mi atención y observación.

La justificación de Don José —"las serpientes son peligrosas"— condensa una lógica construida desde experiencias encarnadas, tanto propias como compartidas en La Merced. Circulan relatos que clasifican serpientes como malas, repulsivas, letales, alimentando un sistema preventivo donde "lo mejor" es eliminarlas. Esta postura no es irracional, sino cuidado situado: prioriza la seguridad corporal humana en cafetales húmedos donde serpientes frecuentan rocas y hojarasca. Mi dilema como investigadora activa la dimensión especulativa del cuidado: ¿intervenir en estas muertes sistemáticas que amenazan especies, o respetar las construcciones de clasificación campesina forjadas en décadas de convivencia territorial?

Sin conocer esta presencia, y sabiendo solo que "al ser serpiente debía ser eliminada", mi inquietud me llevó a buscarla. Ese mismo encuentro despertó en mí un impulso contrario: el deseo de conocerla. La identifiqué solo por la huella cromática que dejó en mi recuerdo... Me sumergí en la Guía de serpientes de Colombia (2025). Entre imágenes y descripciones hallé una correspondencia: la boa esmeralda (*Corallus batesii*). Alcanza hasta dos metros de longitud y se distribuye desde Colombia hasta Bolivia, incluyendo el norte y occidente de Brasil. Habita entre 0-1200 msnm —poco común sobre los 900— y está registrada en Caldas. Es ovípara, de actividad diurna y nocturna, predominantemente arbórea; su dieta: aves y murciélagos. No es venenosa (Figura 16).

Este ejercicio de identificación no neutralizó del todo el miedo, pero sí lo reconfiguró. Nombrarla, situarla ecológicamente, entender sus hábitos y su forma de vida permitió desplazarla del lugar de amenaza absoluta hacia el de un ser vivo con una historia propia, inserta en una red ecológica que también atraviesa el cafetal. El conocimiento, en este caso, no elimina la tensión, pero la vuelve habitable. Mi búsqueda bibliográfica posterior me permitió clasificar a la serpiente como inofensiva, pero ese conocimiento no estaba disponible en el momento crítico del encuentro. Si don José hubiera sabido con certeza que se trataba de una especie no venenosa, ¿habría actuado de otra manera? O, por el contrario, ¿su principio de precaución opera independientemente de clasificaciones específicas, privilegiando la seguridad ante cualquier serpiente en el espacio de trabajo?

La serpiente dejó una huella reflexiva: un recordatorio de que el cafetal no es solo un espacio de producción, sino un territorio multiespecie donde distintos ritmos de vida coexisten, se friccionan y, a veces, se confrontan. Un territorio donde las preguntas no formuladas revelan tanto como las respuestas obtenidas, y donde los límites de la cohabitación se negocian entre el conocimiento disponible y la urgencia de la decisión.

Figura 16– Serpiente Boa Esmerada (*Corallus batesii*)



Fuente: iNaturalist, CC-BY-NC, en BERNAL, 2025, p. 61. Acceso en 03/02/2025

3.6 Leer el cafetal: cuidado, abandono y memorias vegetales

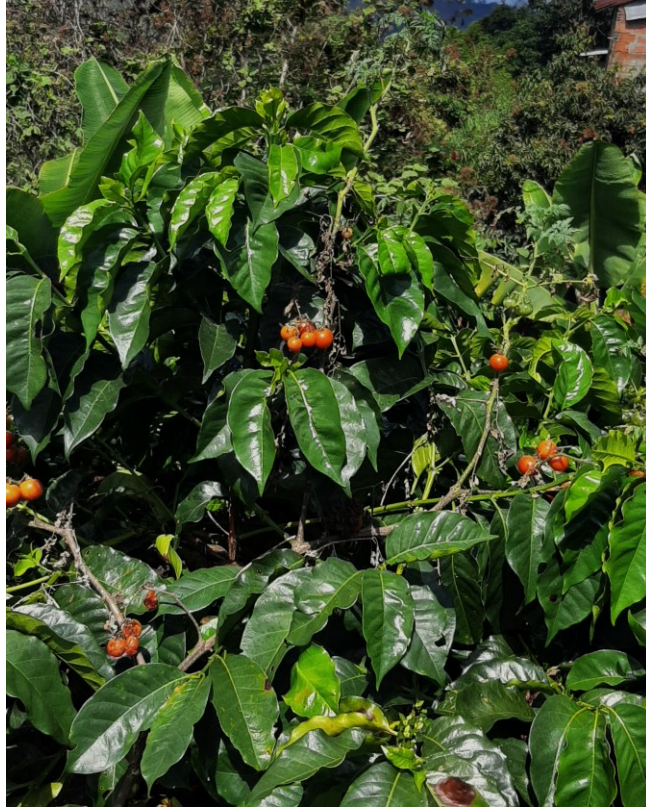
La relación entre la roya y la planta se escucha también plasmado en las historias del café como una especie que se relaciona en cultivo con otras. Las narraciones de los campesinos respecto a las relaciones con las plantas, los lleva a recordar como antes la asociación del cultivo era más común. Antes, las otras especies de café se dejaban asociar más, entonces, había muchos árboles. Es común escuchar como ya no hay más *sombrío* “porque acabaron con todos los árboles y solo hay café” (ENTREVISTA BLANCA, 2025). Incluso se habla con nostalgia, pensando en aquellos árboles frutales que antes había y ya no hay, como las chirimoyas, mangos, naranjas, guanábanas, guayaba, entre otras. O sobre lo bueno que era tener su maíz, frijol, plátano, entre otros alimentos. Ahora lo que no se siembra, se compra en las *verdulerías* del pueblo. Realmente, por las historias que escuché, parece que las especies de café diferentes a las del pajarito, necesitan más luz solar. Por ello, muchos

campesinos dejaron de sembrar el café en asociación con otras plantas. Algunas personas me dijeron que el sombrío no es bueno, porque la planta no produce tanto.

El cuidado del cafetal se puede observar en la presencia o ausencia de ciertas especies de plantas. Caminando por los cafetales y las calles, observé plantas de café con otras especies creciendo sobre ellas. Cuando el cafetal no es cuidado, es común encontrar plantas trepadoras (Figura 17) como la batatilla, la flor de poeta, el tomate cherry o, en algunas ocasiones, la ahuyama. Algunas de estas especies afectan el desarrollo del café al competir por luz solar, nutrientes o alimentándose directamente del café. Un cafetal en esta situación es uno al que, por lo general, no se le presta atención. El campesino que trabaja y convive con las plantas suele arrancar aquellas que se trepan al café. Algunas pueden afectar el cafetal, mientras que otras no necesariamente. Estas plantas trepadoras muchas veces son dispersadas por otros animales, el viento o el agua, llegando al cafetal de manera espontánea. En las ocasiones en que caminé con campesinos junto a plantas de café cubiertas por trepadoras, ellos aludieron a ello como un signo de descuido en el manejo del cafetal.

La presencia de trepadoras funciona, entonces, como un marcador visible del cuidado —o de su ausencia—. Un cafetal "limpio", libre de plantas que compitan con el café, es señal de un campesino atento, que dedica tiempo y trabajo a mantener el orden productivo del cultivo. Por el contrario, un cafetal donde las trepadoras han ganado terreno revela una falta de atención que puede tener múltiples causas: enfermedad del dueño, migración a la ciudad, falta de mano de obra, o simplemente el abandono gradual de una finca que ya no resulta económicamente viable. En este sentido, el estado del cafetal se convierte en un indicador de las condiciones de vida del campesino y de las tensiones que atraviesan la agricultura familiar en La Merced.

Figura 17 – Café con tomate cherry enredado



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: Por el lugar donde se encuentra la planta de café, es poco probable que el cherry haya sido sembrado de manera intencional o que sus frutos sean consumidos por humanos; además, es probable que no dañe directamente al árbol de café.

Finalizo esta sección con una anotación sobre lo curioso de las plantas: cuando empiezas a hablar de ellas, las personas que tienen vínculos con ellas empiezan a narrar historias relacionadas. Por ejemplo, hablar sobre insumos agrícolas con la mujer de la tienda desembocó en que me narrara sobre su papá y su vecino. Me dijo que su papá tiene una finca en otra vereda donde se cultiva café, pero resaltó que el vecino "cultiva de todo un poco". Hablamos sobre lo bueno que es alimentarse con lo que hay en la huerta. En el caso del vecino de su padre, sembrando diversas especies y teniendo gallinas, se asegura la cebolla, el tomate, el cilantro, la arveja, el frijol, el maíz, además de huevos y carne.

Esta mención casual revelaba una forma distinta de relacionarse con la tierra: no el monocultivo orientado al mercado, sino la diversificación orientada a la autonomía alimentaria. Pensando esto desde la noción de conjuntos polifónicos de Tsing (2021), un cultivo con más especies crea condiciones para que las plantas se protejan entre sí. Algunas plantas dan alimento, otras alejan plagas, otras fijan nitrógeno en el suelo. En estos espacios de policultivo, el café coexiste como un agente entre otras agencias humanas y más que humanas, dejando de ser el centro absoluto del sistema productivo. Cuando se siembra café en asociación con otras plantas, otras especies encuentran lugar para vivir o pasar algún tiempo: insectos polinizadores, aves, pequeños mamíferos que contribuyen al equilibrio ecológico.

El contraste entre el cafetal "limpio" —donde trepadoras son arrancadas para mantener el orden productivo— y el cafetal diversificado del vecino anónimo revela dos lógicas de cuidado que coexisten en La Merced: una orientada por la eficiencia comercial, otra por la resiliencia y soberanía alimentaria. Ambas son formas legítimas de vivir con las plantas, pero generan paisajes y ecologías distintos. La historia narrada por la mujer de la tienda —surgida espontáneamente en una charla sobre fertilizantes— me recordó que las plantas son vehículos de memoria y relación: hablar de ellas es hablar de quienes las cuidan, de sus decisiones, de los mundos posibles que construyen juntas.

Lejos del ideal de especie solitaria del monocultivo, las plantas de café revelan — como he expuesto en este capítulo— una polifonía multiespecie. Cada ser, con sus ritmos y formas de habitar, confluye en los cafetales. Allí se experimenta una vida basada en observación y movimiento: técnicas corporales —caminar la montaña, cargar el *coco*, identificar el grano maduro— y agrícolas —podar, abonar, eliminar trepadoras—.

La vida humana con las plantas de café cohabita en una ecología marcada por montañas, suelos y clima. Esta configuración territorial propicia encuentros y desencuentros con otras especies. Las plantas, como especies compañeras en el sentido de Haraway (2019), son transversales: sus relaciones exceden lo humano para abarcar vínculos con múltiples formas de vida. Sus flores alimentan polinizadores, sus raíces transforman el suelo, sus hojas y tallos hospedan aves, serpientes, hongos.

La insistencia en modelos que aíslan al café como especie solitaria generó, paradójicamente, crisis ecológicas: roya y broca se volvieron plagas devastadoras en monocultivos simplificados, donde la ausencia de diversidad dejó las plantas vulnerables. Estas no son meros fenómenos biológicos, sino resultado histórico de ecología y economía: productividad versus empobrecimiento ecosistémico.

Así cambió el paisaje cafetero: de agricultura diversificada para alimentación local y familiar, hacia monocultivo de mercado; de variedades como Pajarito, Caturra y Borbón —árboles imponentes— al Castillo, más resistente pero dependiente de agroquímicos. Los campesinos relatan estos cambios como respuestas adaptativas a crisis sucesivas —roya, broca, encarecimiento laboral—, pero también como pérdidas: saberes, autonomía, soberanía alimenticia.

En estas relaciones multiespecie tensionan control y convivencia. El cafetal revela la contradicción de maximizar producción en una polifonía movida por agencias más que humanas: la serpiente enrollada en la copa, plantas trepadoras en cafetos descuidados, la broca perforando granos. Todas recuerdan que el cafetal nunca es completamente controlable, siempre escapan, resisten o reconfiguran los planes humanos de orden productivo.

El café, como planta con necesidades propias y acompañada por otras especies, configura el cultivo como una práctica relacional que exige aprender y conocer su cuidado. Estas interacciones multiespecie hacen posible el grano, base de una de las bebidas más consumidas del mundo.

Capítulo 4 – Tierra viva: cuidados multiespecie y *cambalache*

“Antes usted no necesitaba echarle nada al árbol. Ahora usted tiene que cuidarlo, como un niño cuando nace. Vitaminarlo, alimentarlo bien, llevarlo a control, así mismo es un árbol. ¿Qué es la vitamina? El abono que usted le echa.” (ENTREVISTA JOSE, 2025)

Mi primer encuentro con el municipio y los campesinos estuvo marcado por la búsqueda de conocimientos sobre plantas de uso medicinal. Habitando en la casa de doña Blanca y visitando solares y jardines, pude escuchar cómo muchas de estas plantas y sus usos medicinales evocan una relación entre la vida humana y vegetal, que se entrelazan en las memorias, la curación y el trabajo.

Sin embargo, a medida que convivía entre campesinos y plantas, resultó evidente que esta narrativa de historias iba acompañada de intercambios. Al inicio, predominaba lo humano: las personas compartiendo plátanos, yucas, maíz, hojas, semillas y plantas. Después, al habitar entre las plantas de estos cultivos, se hizo claro el intercambio de ellas con su entorno: modificando suelos, alimentando, sirviendo de vivienda e, incluso, repeliendo en algunos casos.

La polifonía de ritmos (TSING, 2021), encarnada por las especies que habitan estos espacios, hace posible el intercambio humano, incluso en las compras y ventas de café. Habitar con campesinos entre montañas y plantas ofrece un panorama que rompe con la idea de que solo lo humano forja el mundo. En su vida cotidiana —caminando, observando y trabajando—, los campesinos experimentan interacciones multiespecie con las plantas y quienes habitan con ellas. Las prácticas del cultivo campesino siguen una lógica de cuidado de las plantas, forjada en décadas de convivencia, donde el bienestar del cultivo es condición para el bienestar humano. Así, “estamos rodeados de numerosos proyectos de creación de mundos, humanos y no humanos. Dichos proyectos surgen de actividades prácticas destinadas a configurar vidas; y al hacerlo, alteran nuestro planeta” (TSING, 2021, p. 43).

Los cafetales y solares de La Merced son uno de esos proyectos: las plantas moldean suelos, atraen polinizadores, dictan ritmos de trabajo; los campesinos riegan, abonan, comparten cosechas. De esa convivencia emerge un circuito donde frutos y semillas transitan entre casas, sosteniendo tanto la vida de las plantas —que se reproducen y dispersan— como la vida social campesina —que se teje en el intercambio—. Caminando por huertas, solares y cafetales, se hace evidente como las plantas, como especies compañeras, co-coproducen los espacios.

La vida campesina entorno al trabajo de la tierra, dota a las plantas de agencia: cuando se acepta cómo modifican los tiempos humanos del cultivo —que requieren atenciones—, cómo transforman el espacio, las montañas y la forma de vida de quienes las cuidan. Las plantas, como especies compañeras, alimentan, acidifican suelos, acogen a otras especies, crecen donde quieren y, si las condiciones físicas no les gustan, simplemente no crecen. Algunas demoran años en dar frutos; otras no lo hacen si no son polinizadas.

4.1 Tierrita fértil para crecer

Las campesinas y campesinos saben que, antes de que prosperen las plantas, éstas necesitan un suelo fértil donde vivir. Alimentar los suelos es una tarea fundamental para cuidarlas. Hablar de plantas implica, inevitablemente, hablar de suelos. En estas montañas —como se mencionó—, el uso de abonos para cultivos extensivos como el café es común. Paralelamente, los campesinos aprovechan residuos orgánicos: cáscara, ceniza de fogones de leña, heces de conejos, pollos y vacas, restos de cocina e incluso cartón mojado. El suelo es el primer sustento de la planta, aunque no veamos sus estructuras físicas radiculares desarrollándose bajo tierra.

Cuando llegué a casa de doña Blanca en 2019, me sorprendió que la cocina tuviera una ventana de madera que da al solar. Esta ventana (Figura 18) sirve para lanzar residuos orgánicos directamente al jardín; es decir, no hay recipiente de basura. Lo que sobra de la cocina —huevos, papas, plátanos, huesos— sale volando por ella. La ventana ubicada en la cocina que da hacia el jardín, solar o cafetal, es una característica presente en las casas cafeteras (Figura 1).

Doña Blanca me contó que, cuando compraron la casa con su esposo difunto, el área del actual jardín y huerta era un espacio cementado. Venían de una vereda y, en su visión de vida, no concebían habitar sin plantas. Así que picaron el cemento y lo retiraron para alcanzar la tierra. Al principio, el suelo carecía de materia orgánica, pero ahora es evidente que décadas de adaptación han forjado una red que degrada cualquier residuo orgánico. Al lanzar restos por la ventana, estos desaparecen en días. Pareciera que el jardín recicla esa energía orgánica.

Figura 18 – La ventana de doña Blanca



Fuente: Archivo de la autora (2022).

Nota: Desde la ventana de madera de la cocina de doña Blanca, una naranja de un árbol que habita el solar desde hace décadas y, al fondo, el jardín de flores que recibe la materia orgánica devuelta cotidianamente a la tierra.

Viviendo con campesinos y observando, aprendí algo básico: no es la tierra ni el jardín quienes degradan, sino los seres que los habitan. Esta comprensión resuena con lo que María Puig de la Bellacasa (2017) denomina *matters of care* —asuntos de cuidado—, donde el cuidado no es únicamente una práctica humana dirigida hacia otros, sino un trabajo colectivo que involucra múltiples agencias. Para Puig de la Bellacasa, los suelos son 'criaturas' vivas que resultan de innumerables colaboraciones entre organismos, minerales y materia orgánica en descomposición. Cuidar los suelos implica reconocer que estos no son simples superficies inertes donde plantamos, sino ensamblajes multiespecies que generan las condiciones mismas de la vida. En el jardín de doña Blanca, los residuos orgánicos lanzados por la ventana de madera no desaparecen por arte de magia: son transformados por artrópodos, lombrices, hongos y bacterias que trabajan incansablemente bajo tierra, digiriendo, metabolizando y convirtiendo lo que para otros podría ser 'basura' en tierra fértil.

La capacidad de absorción del jardín de doña Blanca refleja un trabajo multiespecie, donde diversos organismos transforman residuos en suelo fértil para las plantas. Para comprender esto, consideremos lo siguiente: en el ciclo vital de las plantas, los nutrientes absorbidos por las raíces se devuelven al suelo cuando caen hojas, flores y frutos. Allí, otras formas de vida —artrópodos, invertebrados, vertebrados, hongos, microorganismos— los degradan, recreando tierra fértil. La degradación no es obra de las plantas, sino de esta comunidad subterránea. Una tierra fértil resulta, así, de un trabajo colectivo de formas de vida en el suelo.

Cuando este ciclo de reutilización se quiebra —como en cultivos donde plantas extraen nutrientes, pero hojas, frutos y flores se recolectan como "producto" vendible o "basura"—, surge el desgaste del suelo. Anna Tsing (2015) nos ayuda a comprender esta ruptura cuando distingue entre las lógicas de la *plantation* —la plantación— y las ecologías salvajes que emergen en sus márgenes. La plantación, según Tsing, es una forma de organización agrícola basada en la simplificación: una sola especie, cultivada a escala industrial, destinada a mercados globales, mantenida mediante insumos externos —fertilizantes químicos, pesticidas—. Esta lógica extractiva rompe los ciclos de reciprocidad multiespecie que regeneran los suelos. Sin retorno de materia orgánica, los suelos se vuelven

secos y estériles, no solo en nutrientes, sino en vida: desaparecen los organismos que reponen energía. A esto se suma que los "productos" vegetales se movilizan a otros lugares, donde sus residuos se convierten en basura problemática en rellenos sanitarios, contaminando suelo, aire y agua.

En contraste, las prácticas campesinas en La Merced —donde el café a veces convive con frijoles y maíz en policultivo, donde los residuos regresan a la tierra, donde los frutos se intercambian en redes de *cambalache*— representan formas de hacer mundo que resisten la simplificación de la plantación. No se trata de idealizar la agricultura campesina como paraíso preindustrial, sino de reconocer que estas prácticas sostienen ensamblajes multiespecies más complejos, donde humanos, plantas, animales y microorganismos co-constituyen paisajes vivibles. Viviendo, observando y participando en la práctica de devolver orgánicos a la tierra, resulta evidente que en estos hogares lo orgánico no es basura. Esto cuestiona el concepto mismo de basura y nos invita a preguntarnos colectivamente: ¿en qué momento el residuo orgánico se volvió basura? Esta interrogante es política, porque cuestiona nuestro modo de habitar el mundo desde las acciones de consumo.

El cuidado de las plantas, basado en la reutilización de residuos orgánicos de cocinas, cenizas y animales criados, puede ser suficiente para sustentar especies frutales alimenticias, medicinales o de flores vistosas. Pero no es suficiente para sustentar un cultivo a gran escala, esto deja a la vista la inviabilidad ecológica de los monocultivos.

Los vínculos con las plantas se construyen a través de prácticas cotidianas que las reconocen como seres capaces de sentir. Estos cuidados se orientan al habitar con otras especies, cada una con necesidades y ritmos distintos. La vida entre montañas y plantas es, ante todo, una práctica de observación atenta.

Una noche de cielo despejado, doña Blanca me dijo antes de dormir: "No hay luna esta noche; mañana aparecerá la luna nueva por allá", señalando hacia las montañas del río Cauca. Luego agregó que, cuando está llena —"como una arepa"—, se posa al otro lado, sobre las montañas rumbo a Salamina. ¿Cuántas veces no habrá visto esa mujer la luna? La lleva grabada en su reloj biológico. Después prosiguió explicándome que antes era más común sembrar con la luna, práctica que ella aún sigue. "Cuando la luna está creciendo, se siembran las plantas que crecen hacia arriba: árboles, maíz, plátano. Y en menguante, lo que

crece hacia debajo de la tierra: yuca, arracacha, papa" (2025), me dijo, acompañando sus palabras con gestos de las manos, señalando hacia arriba y hacia abajo.

Observar la luna, los suelos, las plantas, la montaña y el clima es la forma de habitar aquí. Estos elementos guían las decisiones y quehaceres —*destinos*— diarios. Esa misma observación fina —de ciclos lunares y tierras vivas— explica la frase de don José al inicio de este capítulo: "Antes usted no necesitaba echarle nada al árbol". Esta nostalgia por árboles que daban cosecha sin abonos químicos es común entre interlocutores mayores de 50 años. Como me contó doña Esneda, esposa de don José: "Uno antes todo lo comía fresquito: los sapotes, los mangos" (ENTREVISTA ESNEDA, 2025). Antes, las dinámicas agrícolas diferían porque las relaciones personas-plantas priorizaban la alimentación familiar: poco se comercializaba y se intercambiaba mucho más.

Un día, doña Blanca lo resumió así: "Antes, se sembraba en unas hileras, y cuando la planta del café estaba pequeña se le sembraban surcos de maíz y frijoles; cuando el café empezaba a crecer, se quitaban esas otras plantas para dejar el cultivo solo de café. (...) Con eso nos alimentábamos todos, incluso los marranos y las gallinas. En ese tiempo ambos animales se tenían libres y comían lo que encontraran (...) nadie compraba un aguacate. Los aguacates eran tantos que se caían al piso y otros animales los comían. La gente hacía 'cambalache' o 'cambalachiar' —intercambios—" (ENTREVISTA BLANCA, 2025).

Ese '*cambalache*' —el intercambio— no es solo recuerdo nostálgico, sino práctica viva que sostiene la vida en La Merced. Vivir aquí me permitió observarlo en acción: una mujer trayendo plátano cachaco de su finca, un vecino con maíz blanco, alguna vecina llegando con un pie de planta para intercambiar, otras pidiendo esquejes que doña Blanca les regalaba generosamente, y otro vecino obsequiándole yuca fresca. Quienes cultivan no acumulan; comparten frutos con vecinos cercanos, tejiendo una red de reciprocidad que trasciende lo humano y responde a los ritmos de las plantas mismas.

Estas narrativas campesinas —teñidas de nostalgia por suelos vivos, ciclos lunares y cambalaches generosos— revelan un habitar que trasciende la dicotomía humano/planta. Doña Blanca, don José y doña Esneda no solo recuerdan un pasado autosuficiente de policultivos y excedentes compartidos; testimonian una ontología relacional donde las plantas dictan ritmos, exigen cuidados y devuelven frutos. El contraste entre el "antes" —

árboles sin químicos, animales libres comiendo aguacates caídos— y el monocultivo cafetero actual evidencia cómo la economía extractiva rompe ciclos: nutrientes extraídos no regresan, residuos se vuelven "basura", la observación lunar cede ante abonos industriales. Sin embargo, el *cambalache* vivo —yuca por esquejes, plátano cachaco por maíz— demuestra resistencia: una red multiespecie que teje afectos, suelos fértiles y soberanía alimentaria frente al mercado global. Así, el Paisaje Cultural Cafetero (PCC) no es solo geografía UNESCO, sino pedagogía viva: las montañas de La Merced enseñan que habitar bien significa danzar con los ritmos polifónicos de plantas, suelos, luna y vecinos, reconociendo la agencia de cada no-humano en la forja colectiva del mundo.

4.2 Días entre solares

Aquí el día empieza temprano. Doña Blanca me había dicho la noche anterior que, si amanecía con buen clima —con sol—, bajaría al solar a recoger alimentos. Esa mañana preparamos el desayuno. La mayoría de las comidas que se preparan en esta casa van acompañadas de arepa, una preparación a base de maíz. A veces, doña Blanca la elabora con el maíz que cultiva; otras, compra el grano en la tienda. Siempre es maíz amarillo y se cocina a fuego de leña.

Entre la cocina y el cultivo hay un plano de cemento con techo de lata. Contra la pared de la cocina, un pequeño espacio techado donde ella guarda la madera para el fogón —principalmente guadua y trocos de café—. Al lado está el fogón de leña, construido con ladrillo y cemento: tiene un hueco para introducir la madera y otro con un tubo que expulsa el humo al exterior. Allí sobre la placa de metal caliente por el fuego, el maíz hierve durante horas. Una vez el grano de maíz esté suave, doña Blanca separa el claro —el agua sobrante—, que usa para mazamorra¹² o para beber. Luego muele el grano y, con sus manos, forma la masa. La deja reposar unos minutos y la asa en una parrilla sobre el mismo fogón.

Doña Blanca también aprovecha las cenizas del fogón para esparcirlas en el solar. Esa mañana, ella comió su arepa con un pedazo de carne de cerdo. Yo preparé un huevo con

¹² Es un plato tradicional hecho principalmente de maíz pelado cocido en agua. Tiene una textura líquida o espesa y sabor muy suave. Se suele acompañar con panela y/o leche.

tomate y cebolla de su huerta. El huevo era de su gallina ponedora. Todo se acompañó con arepa y agua dulce.

El agua dulce —bebida popular en Colombia— se prepara con panela de caña. Aquí, la caña no solo se refina en azúcar, sino que se procesa artesanalmente en bloques caramelizados. Se calienta con agua para obtener esta base de café, chocolate o limonadas. Ideal en días fríos, ya que calienta el cuerpo. En La Merced no hay trapiches que procesen la caña, pero los campesinos sí cultivan la planta.

Después de la arepita y el agua dulce, bajamos juntas al solar. Entrar allí me hace sentir turista. No se puede caminar distraído: hay que mirar el suelo constantemente. Se puede resbalar por la pendiente, pero también porque la tierra está viva. Plantas sembradas desde semilla comparten espacio con brotes espontáneos, siguiendo una lógica que aún me resulta ajena. El ojo aprende a distinguir mínimos brotes: maíz, alfalfa, fríjol, yuca, poleo y otras hierbas. Caminar se vuelve ejercicio de cuidado: cada paso evita pisar una vida naciente. El cuerpo adopta una coreografía lenta y atenta.

Una vez en la parte baja del solar, en la sombra del aguacate y los yarumos, me muevo entre plantas de café, yuca y plátano. Desde abajo diviso un arbusto lleno de frutos morados brillantes. La planta logra su cometido: captar mi atención. Desde allí, emprendo una caminata subiendo la montaña, todo para tomar unas moras. El ascenso no es directo, sino una negociación con la pendiente, raíces expuestas y barro que cede bajo la suela. Cada paso exige presencia. El aire se refresca; el olor húmedo de tierra y los diferentes tonos de verde. La mora, pequeña y brillante, guía mi subida.

Subir por la mora fue casi una obligación instintiva, un llamado que la planta misma dictaba con su brillo morado desde lo alto. Estando cerca de ella, sus espinas diminutas en las ramas, se enredan en mi ropa y arañan la piel de mis manos. Esta pequeña incomodidad no lastima, pero despierta los sentidos, demostrando que el esfuerzo vale la recompensa.

Allí arriba, entre hojas verdes y ramas retorcidas, las moras cuelgan: pequeñas, brillantes, con un terciopelo púrpura claro que muda de color con la intensidad del sol. La primera que tomo me refresca, es dulce con tonos ácidos. No hay nada como comer fruta recién tomada del árbol: estas allí, en el solar, en plena bajada, comiendo fruta fresca

observando las montañas al fondo. El sabor lleva el pulso mismo de la montaña y habla de un ciclo. La mora me llamó, yo subí, ella se entrega, y en ese intercambio el cuerpo recuerda que comer es también habitar, estar vivo en el mismo ritmo de la planta.

Tomé algunas moras para doña Blanca y bajé nuevamente la montaña, con las manos manchadas de púrpura, satisfecha. Sabía que el solar no solo me alimentaba: aquella planta, con sus flores, nutre a otras especies; sus raíces amarran el suelo, impidiendo que se desmorone con las lluvias. Las plantas sostienen la montaña misma, tejiendo un entramado vivo que retiene la tierra y la vida.

El solar de doña Blanca no sigue líneas rectas. Es un entramado de caminos descendientes: algunos marcados por su tránsito diario, otros apenas sugeridos por rastros en la tierra. Hay que bajar de lado, apoyando el pie contra el tronco; Subir exige agarrarse de árboles y equilibrar el cuerpo sobre escalones mínimos —huellas repetidas, memoria humana grabada en la pendiente—. No son escaleras construidas; son caminos vivos. Las plantas conviven apretadas, en zigzag orgánico, sin parcelas rígidas: café junto a yuca, plátano dando sombra, hierbas medicinales entre las alimenticias.

En el solar de doña Blanca, esta idea se hace visible: la agricultura no se impone, se acompaña. El terreno habla a través de su pendiente, del barro, de los senderos mínimos. Las plantas llaman —como aquella mora que me hizo subir—. Yo respondo con el cuerpo, aprendiendo a leer este espacio. Como turista, observa; como caminante, siento; como visitante del solar, empiezo a entender que habitar la tierra es también escucharla.

Estando en el solar de doña Blanca, escuché que al otro lado alguien más trabajaba la tierra. Ella me dijo que era Daniel, un joven sembrando lechugas y cilantro. En ese momento comentó que quería pedirle que cortara ramas del aguacate y le ayudara a controlar las hormigas arrieras, que habían invadido el árbol.

A medida que nos acercábamos, se oía el azadón removiendo la tierra. Desde el lindero se asomó Daniel, nos saludó y le preguntó a doña Blanca si tenía remolacha. Ella respondió que sí y, entre lo que para un ojo inexperto parecería ser solo monte, ella revolvió la tierra con las manos. De allí jaló una planta de hojas largas y verdes, y de la tierra salieron unos tubérculos con cáscara color café, húmedos y llenos de tierra oscura.

El gesto fue sencillo, pero cargado de sentido: semillas que cambian de manos, conocimiento que viaja con ellas. Esto me recordó las palabras de un amigo: que los humanos también esparcimos semillas constantemente, tendiendo redes vivas de intercambios humanos y más que humanos.

Pensar el regalo junto a las plantas, desde la propuesta de Marcel Mauss en *Ensayo sobre el don* (1971), genera obligaciones recíprocas que no se limitan a los humanos. Los regalos contractuales —semillas húmedas de remolacha que pasan de las manos de doña Blanca a Daniel, tubérculos por futuros favores— trascienden la esfera antropocéntrica para anclarse en el habitar multiespecie. Las propias plantas propician estos intercambios: sus frutos llaman, exigen cuidado y, al madurar, establecen un ciclo de dar-recibir-devolver que incluye insectos polinizadores, suelos vivos y redes vecinas.

Desde La Merced, personas y vecinos intercambian no solo alimentos de solares y huertas —yuca, plátano cachaco, esquejes—, sino favores, trabajo, visitas y compañía. Estar allí es ver plantas circulando entre casas, permitiendo lo que históricamente se llama "intercambio social". Pero este tiene raíces más-que-humanas: los cultivadores saben que las flores se transforman en frutos gracias a intermediarios —insectos principalmente— que llegan con la diversidad vegetal. Una vida con plantas viene siempre con otras especies, conviviendo en ecologías ricas. Los vínculos sintientes no enfrentan sujeto cognoscente vs. objeto conocido, sino seres que se constituyen mutuamente a través de encuentros repetidos en el tiempo. Reconocer en las plantas capacidad de sentir y responder —aunque en modos radicalmente distintos— genera cuidados que permiten frutos compartidos.

4.3 Relaciones a través de intercambios

De Daniel me llamó la atención que, hasta entonces, quienes sembraban plantas distintas al café eran adultos mayores de sesenta años. En cambio, él rondaba los treinta y cultivaba otras especies. Por eso quise hablarle: en el municipio, casi no hay población de su edad, y las personas de su edad que aún viven allí se dedican mayoritariamente al café. Y como en otros lugares de Colombia muchos trabajan tierras ajenas, sin tener acceso a su propia parcela.

La primera charla con Daniel se dio ese mismo día. Después de salir del solar de doña Blanca, me dirigí donde don José. Generalmente me gusta pasar a ver qué *destinos* está realizando don José. Siempre está haciendo algo, especialmente en días soleados como ese. Como tiene un cultivo variado, las plantas requieren atención constante. Al entrar a la casa, los vi subir: él y Daniel subían por el solar cargando en su espalda caña cortada envuelta en costales. Usan telas y/o costales porque la caña, tiene pelitos que irritan la piel. Aunque sus manos están acostumbradas al pringue de la planta, otras partes del cuerpo —especialmente la espalda— no lo están. Verlos subir fue, una vez más, observar las técnicas corporales de carga en la montaña.

Una vez terminaron de descargar, me presenté formalmente con Daniel y le pregunté si tendría tiempo para una entrevista. Aceptó, y quedamos en hablar esa tarde. Cuando llegó la hora, me invitó al solar de su casa. Como hago con todas las personas con quienes converso sobre plantas en el municipio, le expliqué el propósito de la investigación, el destino de la información y mi interés por los conocimientos botánicos y las relaciones multiespecie campesinas.

Todo fue distinto a las veces anteriores. Daniel es contemporáneo mío y, en La Merced, es la primera persona joven que conozco interesada en la tierra y dedicada a cultivarla. Hablar con él resultó especialmente significativo: Esto lo sabía de primera mano, ya que notaba cómo las personas mayores del municipio encontraban curioso que una persona joven —como yo—, venida de la ciudad y sin vínculo formal con la agronomía, mostrara interés por las formas de cultivo y las plantas. No parece común que la juventud se interese por el campo. Más bien, predomina el impulso de migrar a ciudades, buscando oportunidades fuera de la ruralidad, o de jóvenes atentos a otras ocupaciones. Y, aun así, allí estábamos Daniel y yo hablando de plantas, mientras mirábamos las montañas, las aves pasar, entre sonidos de grillos, pájaros y el batir de los árboles cercanos movidos por el viento.

En ese momento, Daniel cultivaba tanto en el solar de su casa —donde nos encontramos— como en un terreno frontal que arrendaba a unos señores mayores. Estar en su solar fue revelador: nunca había cruzado al otro lado del de doña Blanca. Aunque están paralelos, el de Daniel parecía "más organizado" a primera vista. Está dispuesto en terrazas —cuatro o cinco franjas de un metro- metro y medio de ancho, tan largas como la casa—. Al

lado izquierdo hay escaleras para bajar; desde la parte alta se observa hacia abajo el límite del terreno y se distinguen unas ocho o diez especies cultivadas. Esto contrasta con el solar de doña Blanca, donde desde arriba no se ve el final y resulta difícil reconocer plantas por sus distintos estadios de crecimiento y especies.

Daniel me contó que antes ese solar tenía una pendiente similar a la de doña Blanca y que sus abuelos cultivaban plátano y aguacate. Cuando él decidió trabajar la tierra, construyó las terrazas y comenzó a sembrar remolacha, apio, lechuga y otras. En la parte alta, cerca de la casa, reservó un espacio para semilleros y plantas polinizadoras como romero y margaritas. Recordó que antes era complicado bajar: incluso se había deslizado por el barranco.

También compartió su historia. Como muchos jóvenes del municipio, al terminar el colegio se mudó a la ciudad. Vivió seis años en Medellín con su hermana mayor. De regreso, quiso cultivar, pero el café no le atrajo. Experimentó entonces con hidroponía: plantas creciendo en agua enriquecida con nutrientes, sin suelo directo. Me explicó sus ventajas: mayor control, rentabilidad, mejor uso del espacio, menos maleza y desyerbe constante. Para empezar, arrendó tierra a un vecino mayor que ya no podía trabajarla e instaló allí la infraestructura para lechugas.

Al preguntarle cómo había aprendido hidroponía —práctica poco común en el municipio—, Daniel admitió que era difícil, ya que lo hizo solo. En Colombia, este conocimiento suele ser enseñado privadamente a cambio de dinero. Él se formó a través de Facebook e Instagram: transmisiones en vivo, cursos gratuitos, hasta montar su producción.

Me contó que lidiar con las especies que se alimentan de la lechuga fue un desafío. Las lechugas sufrían pulgones —insectos chupadores que deforman hojas—. Aunque no dañan directamente, las hacen menos vistosas; aun así, se lavan y consumen. A demás, favorecidos por la humedad de La Merced, los hongos eran otro problema constante. Aprendió a lidiar con esto participando en seminarios virtuales y enviando fotos a expertos para identificar enfermedades.

El manejo de fórmulas fue lo más complejo de la hidroponía. Aunque podría haber ampliado para rentabilizar, debía bajar a Supía y Riosucio a vender, pues el mercado local

era limitado. Considerando las inversiones, decidió desmontar y volver a Medellín por unos años. Finalmente, decidió volver a la Merced, ya que en sus palabras "sentí que la ciudad no es para mí". Al volver, optó por empezar de nuevo con las plantas, esta vez en suelo firme. Diversificó: lechugas, cilantro, coles. Cercano a lo orgánico, elabora abono con lombrices y composteras, desyerba manualmente, cuida cada planta sin químicos.

"Hay que observarlas y estar atentas a sus cambios", me comentó que, con el tiempo comprendió que muchas afectaciones provenían de deficiencias nutricionales. En hidroponía, las plantas en agua necesitan nutrientes constantes; sin fórmula química adecuada, el cultivo sufre. Algo similar ocurre en el suelo, cuando la planta no tiene los nutrientes suficientes podría morir por el ataque de otra especie.

Me explicó: "Una planta enferma o muerta siempre atraviesa una deficiencia. Si no es fuerte, se la van a atacar" (ENTREVISTA DANIEL, 2025). Para crecer sanas, necesitan suelos fértiles. Solo se vuelven vulnerables cuando carecen de fuerza para revitalizarse antes de ser consumidas. Sin plantas robustas, cualquier organismo arrasa el cultivo. Para Daniel, se trata de respetar sus ciclos, tiempos y conocer las especies que se sienten atraídas por el cultivo.

Por ejemplo, esparce cenizas del fogón de su abuela sobre las hojas: "A las mariposas no les gusta". Las "chapolas" (orugas de mariposas) devoran lechugas y coles; la ceniza las repele. Siembra coles los días tres, como su mamá y abuela: "Así casi no salen gusanos". Usa también purín de ortiga y tomatera que tienen olores fuertes que ahuyentan depredadores. Caminamos por su solar. Me mostró tomates tutorados con hilos, hojas con las cenizas, el lindero trasero invisible de doña Blanca. Vi ruda de castilla, aromáticas, hasta una planta de iwi sembrado desde semilla, Daniel me dijo. "Crece lento; quizás no dé frutos por el clima, pero la cuido para ver qué pasa".

Unos días después, Daniel me contó que en la tierra arrendada habían brotado plantas de maíz. Él no las había sembrado, pero al verlas crecer decidió dejarlas. Para entonces, el maíz estaba listo: su ciclo culminaba en fruto. Daniel recolectó las mazorcas y las compartió con su familia y vecinos.

Doña Blanca descascaró el maíz, lo desgrano y lo puso a *pilar* — hervir — en su fogón de leña, para hacer arepas blancas. Parte también fue para doña Esneda. Entre ella, doña Blanca y yo pelamos el maíz. Mientras lo hacíamos, doña Esneda me contó que a la cáscara verde se le dice *capacho*. Me preguntó si conocía la frase "capacho no es mazorca". Le dije que no, y explicó que a veces uno cree la mazorca es grande, pero solo son las hojas que la envuelven.

Le pedí que me enseñara a quitar el capacho. Con sus manos arrugadas tomó una mazorca, acomodó los pelos hacia arriba y el "culito" hacia abajo. Retiró las hojas una por una —movimientos firmes, precisos— hasta descubrir los granos. Al final, arrancó la base y desprendió los filamentos con un solo gesto. El maíz viene perfectamente empacado: en una punta, la unión a la planta; en la otra, esos pelos suaves. Doña Esneda dijo que, en infusión, los pelitos suaves sirven para los riñones: lo aprendió en un programa de radio sobre plantas medicinales.

En casa de Daniel, su mamá y abuela también pelaron maíz. La abuela hizo torta y nos la compartió. Cada familia preparó algo distinto con las mazorcas: arepas, tortas, sopas. Un maíz no sembrado creció fuerte y dio frutos generosos.

Todos devolvieron el *capacho* a sus solares, para que nutriera el suelo. Así como este maíz, otras especies circulan entre vecinos: se transforman en alimento, se comparten. Son intercambios cotidianos que sostienen relaciones, activan memorias y tejen vínculos más allá de la producción. La tierra da, alguien recoge, alguien cocina, y todos comen.

Los encuentros con las personas que encarnan estas historias —Daniel, doña Blanca, doña Esneda— y mi convivencia personal en solares y jardines me han permitido ver las interacciones relacionales que animan estos lugares. Otra narrativa emerge: la de suelos, semillas, plantas, observaciones y cuidados. Estas relaciones nacen de un vínculo constante que trasciende manuales o cursos; es un conocer que surge del habitar juntos, de vivir y envejecer junto a las mismas especies en el mismo pedazo de montaña. Así como se compartieron el maíz o la remolacha, también circularon plantas medicinales, hojas, semillas, esquejes y frutos de yuca, plátano, naranjas, limones, pepinos y tomates. Las plantas posibilitan distintos intercambios (Figura, 19).

Figura 19– Daniel cosechando yuca



Fuente: Archivo de la autora (2025).

Nota: Daniel compartió con su familia y vecinos la yuca que cosechó.

Pensados desde Marcel Mauss (1971), estos lazos configuran un circuito del don que trasciende lo humano, integrando plantas, suelo y vínculos sociales donde la reciprocidad es principio organizador de la vida. Aquí las cosas no son inertes: las plantas y los frutos cargan la agencia de quien las cultivó y las vicisitudes de su crecimiento. La triple obligación de dar, recibir, devolver no circula solo entre personas: un vecino llega con yuca porque sus plantas produjeron más de lo que su familia puede consumir antes de que se deterioren; doña Blanca regala esquejes cuando las plantas "piden" ser podadas; el plátano cachaco se comparte porque maduró todo al mismo tiempo. El don está condicionado por lo que las plantas hacen: sus relaciones con otras especies, sus ciclos, sus excedentes y que sean perecederas.

Estos intercambios condicionados por las plantas evidencian que las reciprocidades cotidianas que sostienen la vida en La Merced no son antropocéntricas. Si el don maussiano circula entre personas creando obligaciones sociales, aquí el don atraviesa fronteras de especie, tejiendo ecologías de cuidado mutuo. El suelo fértil, el clima, los ciclos lunares y las etapas de crecimiento vegetal participan activamente en el circuito: el maíz brota espontáneamente entre los cafetales, ofreciendo granos sin que nadie lo haya sembrado intencionalmente; el capacho se devuelve al suelo, alimentando lombrices y hongos que regenerarán la tierra; las cenizas del fogón repelen chapolas, protegiendo las plantas sin necesidad de químicos. En La Merced, las plantas no son meramente regaladas, sino que regalan.

Consideraciones finales

Esta investigación partió de una pregunta aparentemente simple: ¿cómo conocen y cohabitan con las plantas quienes viven y trabajan cotidianamente en las montañas de La Merced, en un contexto marcado por el monocultivo del café? Sin embargo, las respuestas resultaron mucho más complejas y ricas de lo que cualquier marco conceptual previo podía anticipar. A través de las narrativas en el diario convivir con los campesinos y campesinas, encontré que esta convivencia no se reduce a un “saber campesino sobre plantas”, categoría que suele romantizar o simplificar el conocimiento rural. Más bien, emerge una forma de estar en el mundo donde conocer y cuidar, sentir y trabajar, recordar y sembrar se entrelazan. Esta coexistencia se sostiene en vínculos sintientes y prácticas de cuidado situado, que reconocen la agencia vegetal y del suelo más allá de lógicas puramente productivistas.

Los vínculos sintientes, tal como los he propuesto en este trabajo, no son una técnica que se aprende ni una habilidad que se adquiere. Son el resultado sedimentado de vidas compartidas: décadas de Don José caminando su cafetal, de Doña Blanca observando la luna y devolviendo cenizas al solar, de Daniel experimentando con terrazas y composteras. Cada gesto —bajar "con mañita" por la pendiente, reconocer por el tacto una hoja en el bolsillo, saber cuándo una planta "se pone triste"— porta una historia de atención acumulada, de encuentros reiterados, de fracasos, y aciertos que moldean tanto al cultivador como al cultivo.

A lo largo de los capítulos etnográficos, he mostrado cómo estos vínculos se manifiestan en prácticas concretas. Los suelos vivos de La Merced —esa tierra negra y húmeda que degrada residuos orgánicos en días— no son naturaleza prístina, sino resultado de trabajo multiespecie: humanos que devuelven capachos y cenizas, lombrices y hongos que transforman materia orgánica, raíces que amarran montañas. Los solares de Doña Blanca y Daniel no siguen la lógica del monocultivo ni la fantasía del policultivo armónico; son espacios de negociación constante donde plantas "se pierden y vuelven y aparecen", donde

maíz espontáneo brota y se comparte, donde moras llaman desde lo alto y serpientes se camuflan entre plantas de café.

Los cafetales, por su parte, revelaron la tensión constitutiva de la vida campesina contemporánea. El café no es apenas una mercancía global ni un símbolo nacional; es una especie compañera que moldea cuerpos —técnicas de carga, de cosecha—, temporalidades —ciclos de floración, tiempos de soqueo, aplicación de abonos— y relaciones sociales —quien es "*guapo*" en el trabajo, contratar personas para ayudar en la cosecha—. Pero el café tampoco está solo: convive con broca y roya, con plátanos que dan sombra, con maíz y frijoles que se sembraban entre las hileras. Las narrativas campesinas sobre "antes" —árboles enormes, la siembra sin químicos, aguacates cayendo al suelo, cambalache generoso— no son nostalgia pasiva, sino crítica implícita a un modelo extractivo que rompe ciclos: nutrientes que no regresan, residuos que se vuelven "basura", conocimientos que se pierden con la migración juvenil.

El episodio del maíz de Daniel condensa, quizás mejor que cualquier otro, lo que intenté capturar con el concepto de vínculos sintientes. Nadie sembró aquel maíz, pero Daniel decidió dejarlo crecer. Cuando maduró, las mazorcas circularon entre vecinos: Doña Blanca hizo arepas, Doña Esneda preparó sopa, la abuela de Daniel hizo torta. Yo aprendí a quitar el capacho a través de las manos arrugadas de Doña Esneda, y todos devolvieron las cáscaras al solar para nutrir el suelo. En ese circuito —maíz que brota, manos que cosechan, intercambios vecinales, fogones que cocinan, capachos que vuelven a la tierra— opera una economía del don que trasciende lo humano. No son las personas quienes regalan plantas; son las plantas quienes regalan, y los humanos responden con cuidado, atención y reciprocidad distribuida.

Esta forma de habitar no cabe en las dicotomías modernas que aún estructuran buena parte del pensamiento occidental: sujeto/objeto, cultura/naturaleza, conocimiento científico/saber tradicional, producción/subsistencia. Los campesinos de La Merced usan abonos químicos y hablan con sus plantas; siguen ciclos lunares y compran semillas certificadas; venden el café al mercado global —a través de FNC—, y comparten yuca con los vecinos. No hay contradicción en eso. Lo que hay es una pragmática situada, una

capacidad de negociar entre lógicas distintas sin perder de vista que las plantas tienen voluntad propia, que los suelos se cansan, que la tierra está viva.

Las implicaciones teóricas de este trabajo apuntan en varias direcciones. Para la antropología multiespecie, los vínculos sintientes ofrecen una forma de conceptualizar el conocimiento que emerge de convivencias prolongadas sin caer en esencialismos sobre "saberes ancestrales" ni en utopías de horizontalidad interespecie. Las relaciones humano-planta en La Merced no son simétricas —Don José decide cuándo soquear el cafetal, no el café— pero tampoco son unilaterales —las plantas aceptan o rechazan lugares, prosperan o declinan conforme el tratamiento—. Conocer las plantas es aprender a traducir sus modos de comunicación —hojas que se curvan, tallos que se arquean, flores que no aparecen—, sabiendo que esa traducción siempre será parcial e imperfecta.

A lo largo del documento se evidencia parte del proceso histórico de construcción del campesino como figura política y económica; sin embargo, esta disertación privilegia una dimensión que suele darse por sentada en el campesinado, pero que raramente se explora desde los propios términos de su vida cotidiana. El trabajo en la tierra. Y ello fue analizado mediante categorías como conjuntos polifónicos (Tsing), especies compañeras (Haraway) y la animación de las plantas (Kazic), revelándose como vía fértil para aproximarse a la realidad campesina en La Merced.

Este escrito demuestra cómo esa red polifónica sostiene interacciones a gran escala —políticas agrarias, economías agroexportadoras como el café de la FNC—, revelando que dichas dinámicas están profundamente entrelazadas con vínculos cotidianos, afectivos y más que humanos. En La Merced, los cafetales no son solo plantaciones uniformes de la variedad Castillo, sino ensamblajes vivos donde los campesinos conviven cotidianamente con serpientes, insectos, aves y una multiplicidad de especies que, fuera de ciertos equilibrios, pueden convertirse en plagas, como la roya, la broca y diversas plantas trepadoras. Estos espacios están atravesados por relaciones de cuidado, vigilancia y negociación constante, donde el control nunca es absoluto y la vida se despliega en formas impredecibles. El cafetal emerge, así como un territorio compartido, tejido por presencias humanas y más que humanas, donde el trabajo agrícola se entrelaza con afectos, saberes locales y prácticas de convivencia que sostienen tanto la producción como la vida.

Para los estudios de técnica y práctica, este trabajo muestra que las técnicas corporales (Mauss) y las habilidades perceptivas (Ingold) son condiciones necesarias, pero no suficientes para los vínculos sintientes. Se puede aprender a caminar con mañita en un mes, pero llevar décadas cultivando el mismo pedazo de montaña es otra cosa. El vínculo supone historia compartida, memoria encarnada en el paisaje, afectos que no se transfieren junto con las instrucciones técnicas. Esto tiene consecuencias para pensar la transmisión de conocimientos en contextos de migración juvenil: no basta con enseñar técnicas; lo que se pierde es la capacidad de sentir junto con las plantas.

En sintonía con las propuestas de Puig de la Bellacasa (2017, 2023), entiendo que, en las teorías del cuidado, los vínculos sintientes son parte constitutiva de su dimensión epistémica. El cuidado no es solo una “práctica ética” ni únicamente una carga de trabajo feminizado —aunque también lo sea. Es, al mismo tiempo, una forma de producir conocimiento. Don José sabe cuándo sus plantas necesitan agua no porque mida la humedad del suelo con instrumentos, sino porque aprendió a leer señales sutiles a lo largo de cincuenta años de regar, abonar y observar. Ese conocimiento no se encuentra en manuales agronómicos ni se aprende en cursos técnicos: se constituye en el hacer cotidiano, en la recursividad de los gestos, en la atención sostenida a lo largo de una vida.

Políticamente, visibilizar los vínculos sintientes es también una forma de resistencia epistémica. En un momento histórico donde la agricultura industrial avanza sobre formas de cultivo diversificadas, donde jóvenes campesinos migran a las ciudades buscando futuros que el campo ya no ofrece, donde el conocimiento botánico se reduce a paquetes tecnológicos certificados, defender que existe un modo de conocer las plantas que solo se constituye en convivencias prolongadas es un acto político. No se trata de idealizar la vida campesina — las montañas de La Merced son lugares de trabajo duro, de cuerpos cansados, de economías precarias— sino de reconocer que allí se sostiene algo que, una vez perdido, no se recupera: la capacidad de habitar con otras especies en relaciones de mutua constitución.

La ventana de la cocina de Doña Blanca, por donde vuelan residuos orgánicos que desaparecen en días, es mucho más que un detalle etnográfico pintoresco. Es una cosmopolítica material: una forma de organizar la vida donde "basura" como residuo orgánico, no existe porque todo retorna a los ciclos que sustentan la vida. Es una pedagogía

silenciosa sobre lo que significa cuidar suelos, no como recurso productivo, sino como comunidad viviente. Es una crítica encarnada a sistemas de producción que extraen sin reponer, que transforman lo orgánico en desecho tóxico, que separan radicalmente lo humano de lo más que humano.

Este trabajo, por supuesto, tiene limitaciones. No abordé en profundidad las dimensiones de género en el cultivo campesino, aunque sea evidente que mujeres y hombres tienen relaciones distintas con las plantas. No exploré suficientemente las tensiones generacionales en la transmisión de conocimientos, más allá del caso excepcional de Daniel. No analicé las dinámicas económicas que estructuran la producción cafetera ni las políticas públicas que afectan a pequeños productores. Cada uno de estos temas merecería investigaciones propias.

Lo que espero haber logrado es mostrar que los campesinos de La Merced no son "informantes" sobre plantas, sino interlocutores cuyas prácticas, saberes y narrativas permiten repensar categorías centrales de la antropología: conocimiento, técnica, cuidado, agencia, don, reciprocidad. Cuando Doña Blanca dice que las plantas "se pierden y vuelven y aparecen", cuando Don José afirma que "las plantas oyen y entienden, es como nosotros", cuando Daniel explica que "una planta enferma siempre atraviesa una deficiencia", no están traduciendo para el antropólogo saberes locales que necesitan legitimación académica. Están articulando comprensiones profundas sobre vida, muerte, cuidado y coexistencia que desafían las certezas modernas sobre dónde termina lo humano y dónde comienza lo vegetal.

Los vínculos sintientes no son, entonces, una contribución conceptual más para engrosar el catálogo de términos de la antropología multiespecie. Son una invitación a repensar qué significa conocer, a partir de formas de vida donde el conocimiento no se separa del cuidado, donde sentir junto con otras especies no es metáfora poética sino condición de supervivencia. En un planeta cada vez más devastado por la lógica extractiva, tal vez valga la pena escuchar a quienes aún saben caminar montañas sin rodar, observar la luna para saber cuándo sembrar, devolver cenizas a la tierra, compartir mazorcas con los vecinos y dejar que las plantas regresen cuando quieran.

Finalmente, a lo largo de estos años he acumulado aprendizajes tanto personales como académicos. Mi interés no se limitó únicamente a conocer las plantas desde la visión

campesina, sino que se amplió hacia el habitar del mundo botánico. En este proceso, las enseñanzas de La Merced se han transformado y adaptado constantemente para acompañarme, permitiéndome generar vínculos en distintos territorios a través de las plantas, aprendiendo y ampliando mis comprensiones.

Mis motivaciones han estado —y continúan estando— atravesadas por preocupaciones ecológicas que se extienden hacia lo más que humano: ecosistemas que requieren ser cuidados desde el habitar y desde el conocer. Así, esta experiencia no solo consolidó un recorrido investigativo, sino también una manera situada de relacionarme con el mundo, donde el aprendizaje emerge del encuentro, la práctica y la reciprocidad con los territorios vivos.

Estos encuentros me han llevado a reflexionar profundamente sobre las posiciones éticas y políticas de la antropología y de la etnografía como modos de describir, comprender y pensar un mundo humano y más que humano desde sus propios términos. En un contexto marcado por el desgaste de los territorios, los cambios climáticos, la deforestación y la toxicidad ambiental, surge una pregunta ineludible: ¿puede la antropología asumir un papel más activo en la conservación del entramado de la vida, o quedará relegada a un rol meramente descriptivo?

Entrevistas

BLANCA. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2022.

BLANCA. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2023.

BLANCA. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2025.

DANIEL. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2025.

ESNEDA. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2025.

GONZALES. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2025.

FERNANDO. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra, en su cafetal. La Merced (Caldas), 2025.

JOSÉ. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra, en su cafetal. La Merced (Caldas), 2025.

MARGARITA. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2022.

MARTHA. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2025.

SOL. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra, en la compra-venta de la Cooperativa de Cafeteros. La Merced (Caldas), 2025.

VENDEDORA DE LA COOPERATIVA. Entrevista concedida a María Paula Saldaña Parra. La Merced (Caldas), 2025.

Referencias

APPELBAUM, Nancy. **Dos plazas y una nación: Raza y colonización en Riosucio Caldas 1856-1948**. Bogotá: ICANH, 2007 .

BERNAL, Rodrigo. **Serpientes de Colombia: guía de campo**. Bogotá: Conservación Internacional Colombia, 2025.

CAFÉCAFETERAS. **¿Qué pasa con el café pasilla en Colombia?** 3 dez. 2022. Disponível em: <https://www.cafecafeteras.com/cafe-pasilla-colombia/>. Acesso em: 4 fev. 2026.

CELIS, Teresita. Pasillas serán también un producto de exportación de café nacional. **La República**, Bogotá, 16 out. 2015. Disponível em: <https://www.larepublica.co/economia/pasillas-seran-tambien-un-producto-de-exportacion-de-cafe-nacional-2312251>. Acesso em: 4 fev. 2026.

COOPCAFER. **Café en Colombia: por qué es importado y de baja calidad el que se toma en el país cafetero por excelencia**. 7 set. 2021. Disponível em: <https://www.coopcafer.com/cafe-en-colombia-por-que-es-importado-y-de-baja-calidad-el-que-se-toma-en-el-pais-cafetero-por-excelencia/>. Acesso em: 4 fev. 2026.

CORTINA, H. A., ACUÑA-ZORNOSA, J. R., MONCADA BOTERO, M. del P., HERRERA Pinilla, J. C., & MOLINA, D. M. . Variedades de café: Desarrollo de variedades. En Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, **Manual del cafetero colombiano: Investigación y tecnología para la sostenibilidad de la caficultura** (Vol. 1, pp. 169–202). Cenicafé, 2013.

CUNHA, Manuela Carneiro da. Agricultura de brincadeira nas terras baixas da América do Sul? **Cadernos de Campo**, São Paulo, v. 32, n. 2, p. 1–6, 2023.

DANE. **Información para todos: Departamento de Caldas (17); Municipio de La Merced (17388)**. Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadística, out. 2024. Disponível em: <https://sitios.dane.gov.co/cnpv/app/views/informacion/fichas/17388.pdf>. Acesso em: jan. 2026.

DOOREN, Thom van; KIRKSEY, Eben; MÜNSTER, Ursula. Estudos multiespécies: cultivando artes de atenção. Tradução de Susana Oliveira Dias. **ClimaCom**, Campinas, ano 3, n. 7, p. 39–66, 2016. Disponível em: <http://climacom.mudancasclimaticas.net.br/wp-content/uploads/2014/12/07-Incertezas-nov-2016.pdf>. Acesso em: 4 fev. 2026.

DOUGLAS, Mary. **Pureza e perigo: ensaio sobre a noção de poluição e tabu**. São Paulo: Perspectiva, 2014.

DUQUE ESCOBAR, Gonzalo. **Noroccidente de Caldas: un territorio forjado en oro, panela y café.** Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2013. Disponível em: <https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/20175/gonzaloduqueescobar.201333.pdf>. Acesso em: 4 fev. 2026.

EDUCAFÉS. **La oferta y demanda puso al colombiano a tomar mal café.** 19 out. 2023. Disponível em: <https://educafes.com/2023/10/19/la-oferta-y-demanda-puso-al-colombiano-a-tomar-mal-cafe/>. Acesso em: 4 fev. 2026.

FAJARDO, Dario. **Agricultura, campesinos y alimentos (1980-2010).** 2016. Tesis (Doctorado en Estudios Sociales) – Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

FERDINAND, Malcom. **Uma ecologia decolonial: pensar a partir do mundo caribenho.** São Paulo: Ubu, 2022.

FAJARDO Dario. **Agricultura, campesinos y alimentos (1980-2010).** Tesis (Doctorado en Estudios Sociales) – Universidad Externado de Colombia, Bogotá. 2018.

FEDERICI, Sílvia. “Colonização e cristianização: Calibã e as bruxas no Novo Mundo”. In: FEDERICI, Sílvia. **Calibã e a bruxa: mulheres, corpo e acumulação primitiva.** São Paulo: Editora Elefante, 2017. p. 377–418.

GAMBOA, María Margarita. ¿Qué es la pasilla? Aprende a evitarla y a aprovecharla. **Perfect Daily Grind Español,** 14 mar. 2022. Disponível em: <https://perfectdailygrind.com/es/2022/03/14/que-es-la-pasilla-aprende-a-evitarla-y-a-aprovecharla/>. Acesso em: 4 fev. 2026.

HARAWAY, Donna. **Cuando las especies se encuentran: introducciones.** Tabula Rasa, Bogotá, n. 31, p. 23–75, 2019.

HAUDRICOURT, André-Georges. Domesticação de animais, cultivo de plantas e tratamento do outro. **Série Tradução.** n. 7, Departamento de Antropologia, Universidade de Brasília, Brasília, 2013.

HOWES, David. **Sensual relations: engaging the senses in culture and social theory.** Ann Arbor: University of Michigan Press, 2003.

INGOLD, Tim. **The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill.** London: Routledge, 2000.

INGOLD, Tim. Antropologia versus etnografia. Tradução de Rafael Antunes Almeida. **Cadernos de Campo,** São Paulo, v. 26, n. 1, p. 222-228, 2017.

KAZIC, Dušan. **Cuando las plantas hacen lo que les da la gana: concebir un mundo sin producción ni economía.** Buenos Aires: Cactus, 2024.

KOHN, Eduardo. **Cómo piensan los bosques: hacia una antropología más allá de lo humano**. 1. ed. Quito, Ecuador: Ediciones AbyaYala (Hekht, colección Narcosis), 2021. Yala (Hekht, colección Narcosis), 2021.

SECRETARÍA DE SALUD MUNICIPAL DE LA MERCED. **Perfil epidemiológico**. La Merced, Caldas, 2015.

LATOUR, Bruno. **Nunca fuimos modernos: ensayo de antropología simétrica**. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2021.

MAUSS, Marcel. "Las técnicas del cuerpo." In: MAUSS, Marcel. **Sociología y antropología**. Madrid: Editorial Tecnos, 1971. p. 337–356.

MAUSS, Marcel. "Ensayo sobre el don: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas". In: MAUSS, Marcel. **Sociología y antropología**. Madrid: Editorial Tecnos, 1971. p. 155–258.

MINTZ, Sidney W. **O poder amargo do açúcar: produtores escravizados, consumidores proletarizados**. 2. ed. rev. e ampl. Recife: Editora Universitária da UFPE, 2010.

MONTAÑA, Vladimir; ROBLEDO, Natalia; YIE GARZÓN, Soraya. La categoría campesino y sus representaciones en Colombia: polisemia histórica y regional. **Revista Colombiana de Antropología**, v. 58, n. 1, p. 9–24, 2022.

MORIM DE LIMA, Ana Gabriela. A cultura da batata-doce: cultivo, parentesco e ritual entre os Krahô. **Mana**, v. 23, n. 2, p. 455-490, 2017.

MORIM DE LIMA, Ana Gabriela. Etnografias Jê e as plantas cultivadas. **Revista de @ntropologia da UFSCar**, v. 11, n. 2, p. 305-314, jul./dez. 2019.

OYĚWUMÍ, Oyèrónké. **A invenção das mulheres: construindo um sentido africano para os discursos ocidentais de gênero**. Rio de Janeiro: Bazar do Tempos, 2021.

PALACIOS, Marcos. **El café en Colombia, 1850–1970: una historia económica, social y política**. México, DF: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2009.

PARRA, María Paula. **De las plantas medicinales a las relaciones interespecie: etnografía sobre los conocimientos de plantas de uso medicinal en el barrio Riobamba del municipio de La Merced – Caldas**. Trabajo de conclusión de curso. Universidad de Caldas, Manizales, 2023.

PEREIRA, Thais. Estudos multiespécies: uma breve análise da teoria e de suas aplicações. **Revista Ensaio**, v. 13, jul./dez. 2018.

PINK, Sarah. **Doing sensory ethnography**. London: Sage, 2009.

PUIG DE LA BELLACASA, María Puig de la. **Matters of care: speculative ethics in more than human worlds**. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2017.

PUIG DE LA BELLACASA, María Puig de la. O pensamento disruptivo do cuidado. **Anuário Antropológico**, Brasília, v. 48, n. 1, p. 106–122, jan./abr. 2023.

SANTOS, Gilton Mendes dos. Transformar as plantas, cultivar o corpo. In: OLIVEIRA, Joana Cabral de et al. (org.). **Vozes vegetais: diversidade, resistências e histórias da floresta**. São Paulo: Ubu Editora; IRD, 2020. p. 140–153.

SARMIENTO NOVA, Juan Manuel. Paisaje cultural cafetero del centro occidente de Colombia: un patrimonio vivo. **Revista Labor & Engenho**, Campinas, v. 6, n. 2, p. 8–15, 2012

SAUTCHUK, Carlos Emanuel; SAUTCHUK, João Miguel M. Enfrentando poetas, perseguindo peixes: sobre etnografias e engajamentos. **Mana**, Rio de Janeiro, v. 20, n. 3, p. 575–602, 2014.

SCHIAVONI, Gonzalo. Materia etnográfica: de la observación de las técnicas a la técnica de la observación. **Etnográfica**. Lisboa, v. 27, n. 2, p. 473–491, 2023.

SHIVA, Vandana. **Monoculturas da mente: perspectivas da biodiversidade e da biotecnologia**. São Paulo: Editora Gaia, 2003.

TSING, Anna Lowenhaupt. **La seta del fin del mundo: sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas**. Madrid: Capitán Swing, 2021.

UNESCO. **Paisaje Cultural Cafetero de Colombia**. 2011. Disponível em: <https://whc.unesco.org/en/list/1121>. Acesso em: 28 set. 2024.

VAN DOOREN, Thom; KIRKSEY, Eben; MÜNSTER, Ursula. Estudos multiespécies: cultivando artes de ativididade. **ClimaCom**, ano 3, n. 7, 2016. Disponível em: <https://climacom.mudancasclimaticas.net.br/estudos-multiespecies-cultivando-artes-de-ativididade/>. Acesso em: 06 fev. 2026.

VERDE, Felipe. A cristandade dos leopardos, a objetividade do antropólogo e outras verdades igualmente falsas. **Etnográfica**, Lisboa, v. 1, n. 1, p. 113–131, 1997.

VILLORO, Luis. **Crear, saber, conocer**. México: Siglo XXI Editores, 2002.

YIE GARZÓN, Soraya. Aparecer, desaparecer y reaparecer ante el estado como campesinos. **Revista Colombiana de Antropología**, v. 58, n. 1, p. 115–152, 2022.